

Estas composiciones suelen ser correctas; pero carecen de inspiracion. El autor imita á Gallego y Quintana, y no presenta ningun rasgo propio, por lo cual sus obras nacen muertas.

POESÍAS.

POESÍAS

DE

D. JOSÉ MARÍA RUIZ DE SOMAVÍA

Y

RAMOS.



SANLÚCAR DE BARRAMEDA.

IMPRENTA DE INOCENCIO DE OÑA, EDITOR.

1869.

Á LA MEMORIA

de la

SEÑORA DOÑA ROSA DE TERAN

DE

RUIZ DE SOMAVÍA.

En tu sepulcro, inolvidable Rosa, *derramará siempre mi corazon lágrimas, mi musa flores.—Más de una vez te prometí dedicarte mis pobres versos cuando coleccionados viesen la luz pública.—Acéptalos, pues, desde el cielo donde habitas, y ruega en cambio por*

José María.

Sanlúcar de Barrameda 26 de Octubre de 1869.

CUATRO PALABRAS DEL EDITOR.

Deseo que la docta crítica se fije con detenimiento en las producciones que contiene este libro. Ciertamente, léjos de encontrar en ellas los resabios del moderno *romanticismo,* escuchará los variados y acordes tonos de la lira CLÁSICA española; los que tanto nos arrebatan vigorosos en LEON y HERRERA, los que tiernos y dulces nos hacen suspirar en FRANCISCO DE LA TORRE y RIOJA, los que incomparables nos inflaman en QUINTANA, GALLEGO, REINOSO y LISTA, lumbreras las más ilustres, en época reciente, de las famosas escuelas de Salamanca y Sevilla. Admirará sin duda el profundísimo respeto á las reglas del hermoso idioma de los MARIANAS Y CERVANTES, la robusta y sostenida versificacion del EGREGIO CISNE DE LEPANTO Y DEL LAUREADO CANTOR DE LA IMPRENTA; en una palabra, los brios sin segundos de los vates de Castilla y el matiz rico y delicado de los del Bétis. Así, me congratulo en creer que presto un gran servicio á la patria literatura dando á luz pública las OBRAS POÉTICAS DEL SR. D. JOSÉ MARÍA RUIZ DE SOMAVÍA Y RAMOS, que ha sabido unir su nombre al catálogo de los más insignes y gloriosos del Parnaso español.

Á CELINA.

A ti mis versos envio,
Ecos de paz y ternura,
Gotas de blando rocío,
Que vierte el corazon mio
En la flor de tu hermosura.

Si alzas los ojos al cielo,
Se baña el cielo en fulgores,
Y al fijarlos en el suelo,
Adivinando tu anhelo,
Cúbrese el suelo de flores.

Si cruzas del mar la orilla
Perlas te regala el mar;
Y me causa maravilla
Que cuando á nadie se humilla
Te sepa manso adular.

Si en la colina reposas,
Como en lecho de esmeralda,
Verás venir presurosas
Á tus labios mariposas
Y palomas á tu falda.

Si suspiras de contento
Y ensayas cantos de amores,
Acudirán voladores
Los céfiros por tu aliento,
Por tu voz los ruiseñores.

Si te acercas á la fuente,
Aunque al punto marches léjos,
No cesará su corriente
De dibujarte riente
En argentados espejos.

Si el vergel llegas á hollar,
Su cáliz la rosa inclina,
Como queriendo espresar:
«Mejor es, que aquí reinar,
Ser esclava de Celina.»

Natura ufana y gozosa
Te ofrece encantos sin fin,
Culto rindiendo á la hermosa,
Que tiene el rostro de diosa
Y el alma de serafin.

Tu faz envidia hechicera
De la ventura la fada;
Y hasta el sol de primavera
Hurtar su lumbre quisiera
Á un rayo de tu mirada.

Tus ojos...! Pues su fulgor
Vierte raudales de amor,
No es mucho haberlos creido
Astros que se han desprendido
De la frente del CREADOR.

En la tuya reverbera
De virtud almo destello;
Y tu blonda cabellera
Prende, flotante y ligera,
Un alma en cada cabello.

Tu boca, do virginal
Sonrisa angélica mora,
Es un rasgado coral
Que recogió de la aurora
El aljófar matinal.

Tu airoso cuello nevado,
Bien que de enhiesto presuma,
Parece que está formado
De aquella cándida espuma
De que emana el dios vendado.

Tu ebúrneo seno turgente,
Que velan mal los encajes,
Imita el alba naciente
Cuando asoma por oriente
Entre calados celajes.

Y tu mano nacarada,
Aventajando al armiño,
Es cual la mano adorada
Que abre de amor la morada
Al alma vírgen del niño.

Por lo gentil y lo breve
No halla rival tu cintura,
Ni por lo donoso y leve
Tu enano pié, que figura
Rosado copo de nieve.

Yo, que te admiro modelo
De belleza y candidez,
Que eres un ángel recelo;
Y pues naciste en Jerez,
Jerez sin duda es un cielo.

Quizás, pensando el CREADOR
Dulce bálsamo prestar
A este valle de dolor,
Tu ser nos quiso enviar
En un suspiro de amor.

Juzgó, Celina, criarte
Para embebecer la tierra;
Por eso supo al formarte
Tanta beldad prodigarte
Como en su poder se encierra.

Quién te iguala! Tu destino
Es inflamar corazones
Con encanto peregrino,
Y desparcir ilusiones
De la vida en el camino.

Tú inundas mi fantasía
En olas de viva lumbre,
Que desprendiendo armonía,
Por senda ignota me guia
Del entusiasmo á la cumbre.

Allí tu imágen se eleva
Como en alcázar celeste,
Y estrellas por flores lleva:
Cada pliegue de tu veste
Oculta una dicha nueva.

Soles que allí resplandecen
Circuyen tu frente pura,
Rosas á tus plantas crecen,
Y hasta las Gracias se mecen
En torno de tu cintura.

Allí Amor suelta su arpon,
Y osa pedirte de hinojos
Un destello de tus ojos:
Entónces ¡qué corazon
Burlaria sus antojos!

Tronos allí te levantan,
Cediéndote su corona,
Silfas que el aire abrillantan;
Y tus perfecciones cantan
Las deidades de Helicona.

Allí, en mar de argentería,
Tiendes sus alas süaves
Los genios de la alegría,
Ofreciéndote las llaves
De la morada del dia.

Y te brindan sin tardanza,
Como á portento divino,
Gozando en tu bienandanza,
Su áureo manto la esperanza
Y hasta su cetro el destino.

Allí... ¡Maldigo mi suerte!
Mi mayor placer mirarte,
Mi pena mayor perderte!
Si voz me falta al loarte,
Fuego me sobra al quererte.

Mi frenético ardimiento
Róbame el sueño y la calma;
Y á espresarte lo que siento
No basta mi rudo acento,
Ni los suspiros del alma.

Mas si tu ternura imploro
Con vívido afan creciente,
Auguro que es tal tesoro,
Para mí, causa de lloro
Y de eterno pesar fuente.

1850.

Á LA TEMPESTAD.

(A D. ANTONIO ABAD MARQUEZ, PRO.)

Alienta, corazon! Dí tus pesares
Al que ruge sañudo torbellino,
Á los que braman irritados mares,
Al rayo que serpea furibundo,
En vez de dirigir ayes al mundo
Y lágrimas al áspero destino.
Habla á la tempestad! Ya por la esfera
Rige su férreo carro fragoroso:
El relámpago alumbra su carrera,
El trueno pavoroso
Su magestad anuncia y poderío;
Y el sol, en sombras lúgubres velado,
Como rey destronado,
Tiembla y huye á occidente

Abandonando el cóncavo vacío,
Donde arrogante y sola
De sus triunfos ostenta la aureola.

Del cráter bullidor de los volcanes
Remóntase hasta el cielo,
Y asolacion pregona.
El de la noche lóbrega, su manto;
Su aliento, los feroces huracanes;
Flamígera serpiente, su corona.
Cual númen del espanto,
Natura amedrentada
La contempla sufriendo sus rigores.
Oculto el ruiseñor suspende el canto,
Cierran el cáliz trémulas las flores;
Y despide inflamada
Mortíferas centellas su mirada.

Védla, védla magnífica y potente
Columpiarse en los aires con tremendo
Fragor! El nebuloso
Éter recorre ufana,
Y hasta el confin de los espacios lleva
Su fatídica pompa soberana.
Con el cetro que empuña fulminoso,
El Ponto agita, que encrespado y fiero
En raudo remolino
Espumosas pirámides eleva,
Cual si atajar ansiára su camino,

Y cubrir rebramando el orbe entero.
Védla! Forman su trono densas nubes,
Que apiña el aquilon y el rayo enciende:
Parece que su mano
Encierra un océáno
Que en resonante lluvia se desprende.
Ya el dorado arteson hunde su planta,
Ya la modesta choza:
Su bandera terrífica levanta:
Solo en herir y aniquilar se goza!

Tiende el brazo pujante,
Y el fuerte roble troncha, conmoviendo
El ponderoso monte,
Y los del mundo cimbra
Robustos ejes de oro y de diamante.
Crecen las sombras, dóblase el estruendo,
Y el valle es turbio rio
Y pabellon de fuego el horizonte.
¿Quién calmará su impío
Rigor? ¿Será su intento
Convertir en sepulcro la ancha tierra,
Y sobre escombros colocar su asiento,
Ávida siempre de exterminio y guerra?

¡Cual sácia su furor! Busque jardines
Cándida vírgen de ilusion lucero,
Cruda lid los bizarros paladines,
El nauta audaz recóndito minero,

El hinchado magnate
Lujo oriental y opíparos festines;
Á ti yo, tempestad! Eres del vate
Delicia y entusiasmo;
Y á la espansion soltando libre rienda,
En tus aras tributo
Con reverente pasmo
De amor y gratitud la doble ofrenda.

¡Sublime tempestad! Al admirarte,
Alzando sin temor la noble frente,
Rompo el silencio mudo:
Sóbrame inspiracion para cantarte,
Y en atrevidos versos te saludo.
Como tú, impetüoso mi deseo
En ti se fija! Oh! Fuérame dado
La cumbre hollar del Átlas giganteo
Y mas cerca de ti me encontraria,
Y venciera á tu vuelo arrebatado
El vuelo de mi ardiente fantasía.

Pláceme oir tu voz, ver tus estragos,
Y respirar bajo tus negras alas,
Sin que pavor me causen tus amagos,
Ni los dardos ígníferos que exhalas.
Tus solemnes rugidos
Las fibras estremecen de mi pecho,
A quien nunca la dicha brindó halagos;
Y olvidando mis penas,

Absorto en tu grandeza inspiradora,
En vez de henchir los aires con gemidos
Y apurar la cicuta del despecho,
Robo á Ossian la cítara sonora.

Tú reanimas mi lánguida existencia,
En tu lumbre se inflama el labio mio,
Mi espíritu se ensancha en tu presencia
Y cobrar siente su lozano brio.
En tus brillantes ráfagas envuelto,
Al mundo y á la suerte desafio;
Y arrobador encanto
Mis sentidos inunda, mi alma eleva,
En pos de ti mi pensamiento lleva;
Y del tres veces santo
Dios inmortal, que el universo anima,
La fulminante espada
Miro en tu diestra, que infundiendo espanto,
Abre al protervo airada
De la insondable eternidad la sima.

A ser depositaria y mensagera
De la divina cólera naciste,
Y cumpliendo inmutable tu destino,
El vicio extirpas que en el orbe impera.
Rápida apareciste
Al grito del Eterno,
Cuando Satan, de víboras crinado,
De monstruos espantables rodeado,

Al cielo osó retar: bramó el averno,
Trabóse fiera lucha; y tú potente,
En medio al almo coro,
Hundir lograste su soberbia frente
En antro horrible de perpetuo lloro.

Del sacro Paraiso
Por la zafírea bóveda crugieron
Las ruedas de tu carro llameante,
Que al serafin airado conducia;
Y lágrimas vertiendo de amargura,
Eva y Adan de su recinto huyeron.
Tú, con furor y estruendo horrisonante,
Las aguas del Diluvio asoladoras,
Que tu soplo letal embravecia,
Despeñaste do quier, muerte jurando
A la inmensa creacion: sobre tus hombros
El Padre de los siglos cabalgaba,
Y al hostigar tus iras vengadoras,
Los espacios llenando,
Su cabellera fúlgida ondeaba.

¡Tempestad! ¡Tempestad! Bajo tu huella
Cayó el inicuo y su fatal tesoro,
Y acogiste la tímida querella
De la virtud que adoro.
Hiere, devora al que obstinado y ciego
Del excelso Hacedor la ley no acata,
Y en la senda del crímen envejece:

En piélagos de fuego
Al incrédulo abisma, que arrogante,
Como cedro del Líbano gigante,
Se encumbra y engrandece.
Truena y fulmina ¡tempestad! mostrando
La del SUPREMO SER furia espantosa:
«*¡Venganza!*» grita desatado el viento,
«*¡Venganza!*» el mar con ímpetu violento,
Y «*¡venganza!*» las nubes estallando.
Truena y fulmina, ansiosa
De víctimas: con sangre delincuente
Baña la faz del mundo corrompido,
Y del nevado Norte al Sur ardiente
«¡JEHOVÁ!» repite en hórrido bramido.

¡JEHOVÁ! ¡JEHOVÁ! Si vívidos fulgores
Presta al monarca que preside al dia,
De su BONDAD imágen soberana,
Animacion del orbe y alegría;
Á tí, del tiempo hermana,
Te envuelve en largo velo tenebroso;
De relámpagos forma tu diadema,
Tu voz con lluvias, truenos y aquilones,
Con mortíferos rayos tus arpones;
Y al averno lanzando un anatema,
Te impele por millares de universos,
De su JUSTICIA aterrador emblema.

¡Oh tempestad! ¡Oh númen

Vengador! A tus plantas confundido,
Solo alcanzar anhelo
La eterna salvacion arrepentido.
Yo te idolatro, y ojalá te vea
Anublar el azul del ancho cielo
Cuando en mi lecho el ángel de la vida
De la parca me augure los enojos
Y mi final partida.
Pálido, triste, yerto, moribundo
Á ti levantaré los turbios ojos,
Me agitaré á tu estruendo tremebundo;
Y rotos ya los terrenales lazos,
De esplendor revestido y hermosura,
Se elevará mi espíritu en tus brazos
A las mansiones de inmortal ventura.

1850.

A LA
Srta. Doña Carolina Coronado,
ILUSTRE POETISA.

—

Imágen fiel de la esperanza hermosa,
De tu vida en la cándida mañana,
Esquivando el modesto Guadiana,
Vuelas al Manzanares orgullosa.

Perlas vierte en su márgen arenosa
Al resplandor de tu beldad lozana,
Y al eco de tu lira soberana,
Así prorumpe en voz armoniosa:

«Ríndate Mántua dulces parabienes,
Alabanzas el Pindo castellano,
La Fama honor y prez de polo á polo;

Pues al destino en tus nacáreas sienes
Plugo adunar con bienhechora mano
El sol de Vénus y el laurel de Apolo.»

LA BOCA DE CELINA.

Tu boca mi acento invoca,
Tu boca admiro con pasmo,
Tu boca á gozar provoca!
Jamas pensé que una boca
Causára tal entusiasmo!

Límpida concha rosada,
De breves perlas orlada,
Que en torno unidas se ostentan
Como á guardar la morada
Donde las Gracias alientan.

Lágrimas que derramaron
Los ángeles del candor
Cuando á tu cuna bajaron,
Y súbito se cuajaron
De tu semblante al fulgor.

Allí acudieron tambien
Por loarte las huríes,
Que traian del Edén
Esos arcos de rubíes,
De do prendidas se ven.

Ricas y brillantes perlas
Que codicié al contemplarlas:
Disputaban, aun sin verlas,
Angeles por ofrecerlas,
Huríes por colocarlas.

Mas, porque una vista ansiosa
No devorára ardorosa
Tan acabado modelo,
Formó del pudor la diosa
Los labios, partido velo.

Y ufana debió quedar;
Que aunque mucho, á no dudar,
Cerrados ellos revelan,
No hay quien pueda imaginar
Que tantos hechizos celan.

Y ángeles y huríes gozaron
Apenas lucir los vieron,
Y á la diosa festejaron:
Las huríes sonrieron,
Y los ángeles cantaron.

Y ambos con ansias iguales
Ósculos les estampaban,
Y al besarlos se arrobaban;
Que siempre en ellos raudales
De ignota dicha apuraban.

Y parten, dejando impresos
Sus cariñosos escesos;
Que en ellos asomó al fin
Vivo, indeleble carmin,
Dulce señal de los besos.

Tu boca mi acento invoca,
Tu boca admiro con pasmo,
Tu boca á gozar provoca!
Jamas pensé que una boca
Causára tal entusiasmo!

Cáliz de ideal dulzura
Que grato néctar derrama,
Y en cuyo seno fulgura
Del candor toda la albura,
Del pudor toda la llama.

Al verla, las mariposas
En el ameno vergel
Desairan las frescas rosas,
Y se agrupan afanosas
Por libar su rica miel.

Y temo que de rubor
No quiera el nardo brotar
Como presuma su olor,
Ni la aurora despuntar
Si vislumbra su color.

Se abre en blando movimiento,
Y de ella aprenden las flores;
Y por recoger su aliento
En ella se pára el viento,
Abrasado en sed de amores.

En su sonrisa inocente
Déja mirar dulcemente
En forma de íris iguales
Puntos de aljófar luciente,
Embutidos en corales.

No es la de abril placentera
La sonrisa que diviso;
Es la sonrisa hechicera
De la hermosura primera
Al hollar el Paraiso.

Su voz derrama un tesoro
De armonía deliciosa;
Nítido raudal de oro,
Que va surcando sonoro
Cauce de nácar y rosa.

No es la voz que la esperanza,
Ensueños brindando, lanza;
Es la que suena en la altura
Cuando un alma asciende pura
Y el lauro inmortal alcanza.

Voz y sonrisa que llenan
De almo fuego el corazon;
Sonrisa y voz que enagenan,
Y con lazos de ilusion
El corazon encadenan.

Tu boca mi acento invoca,
Tu boca admiro con pasmo,
Tu boca á gozar provoca!
Jamas pensé que una boca
Causára tal entusiasmo!

Beben en ella á porfía
Las auras su rico olor,
Su inspiracion la poesía,
Sus encantos la alegría
Y su ternura el amor.

Cuando habla, logra encender
El corazon mas de nieve;
Y es dificil comprender
Como, siendo ella tan breve,
Encierra tanto poder.

Y si al mas avaro pecho
En gozo deja deshecho
Y dicha inefable augura,
¿Do esconde tanta ventura
En espacio tan estrecho?

Y me sorprende tambien
Que el aquilon y la brisa
En ella unidos estén:
La brisa de la sonrisa
Y el aquilon del desden.

Desden fiero! A mi pesar
Suelto las riendas al llanto;
Que harto conseguí enfrenar
Llanto que empezó á brotar
En los preludios del canto.

De esa boca escuché un dia
Anatema el mas cruel.
Y ¿veré con calma fria
Que á otro destíle ambrosía,
Y á mí ponzoñosa hiel?

Perdona, si lanzo enojos,
Celina, en triste querella;
Que, adorándote de hinojos,
Vivo fuego hallé en tus ojos,
Y nieve fatal en ella.

Miradas de intenso ardor
Fueron tan solo la palma,
Que ofreciste al trovador:
¡Ay! si no es para el amor,
¿Para que Dios formó el alma?

Boca, pues sabes mi anhelo,
Apiadándote de mí,
Ahuyenta mi aciago duelo;
Que para encumbrarme al cielo
Me basta tu dulce *«sí.»*

Tu boca mi acento invoca,
Tu boca admiro con pasmo,
Tu boca á gozar provoca!
Jamas pensé que una boca
Causára tal entusiasmo!

EN LA MUERTE DE MI AMIGA

LA EMINENTE ACTRIZ

Doña Josefa Valero de Millet.

—=—

Ya en el mar de occidente
Envuelta en nubes de carmin sepulta
La soberana frente
El padre de la luz y la alegría;
Y orlada de cipres y adormidera,
Por la anchurosa esfera
Tiende la noche el cetro denegrido;
Y sobre el mundo vierte,
Como terrible imágen de la muerte,
La copa del silencio y del olvido.

No su lóbrego manto
Bordan estrellas, ni á la blanca luna

Deja el disco elevar. ¡Noche sombría,
Bañe tu seno mi abundoso llanto,
Y á par de mi dolor dure tu imperio!
Lejos de mí la estrepitosa orgía
Y el salon esplendente del magnate!
Tu oscuridad, tu calma, tu misterio
Hermanan con mi lúgubre amargura,
Y de consuelo bálsamo atesoran.
Como á númen benéfico te imploran
Los que el destino á padecer condena;
Que si bárbara pena
El corazon tortura,
Mejor que linda rosa es mústio helecho,
Mejor que olanes de mullido lecho
Las fimbrias de tu negra vestidura.

Yo, que falto de brio
Y de reposo exento,
Vagaba insomne, solitario y mudo;
Yo, que siempre un pesar llevo en el alma,
Para mayor tormento
Por entre tumbas cien el paso guio.
¡Funeraria mansion, no á profanarte,
A llorar vengo en mi quebranto agudo!
De la parca el impío
Brazo tronchó la esclarecida palma,
Orgullo y prez de la nacion ibera,
Que plantaron Melpómene y Talía
Del límpio Dauro en la feraz ribera. (1)

Este el sepulcro! Sin accion ni aliento
Aquí descansa la que ornato y gloria
Del arte fué, y al espirar trasmite
A los futuros siglos su memoria.
Hondos ayes repite
En derredor el eco, y enmudece
Al vibrar de mi cítara enlutada.
Conmovido parece
Hasta el fúnebre mármol, do refleja
Mi tétrica mirada;
Y respondiendo á mi sentida queja,
Lento raudal de lágrimas destila,
Que se dilata y crece
Con el que lanza ardiendo mi pupila.

¡Murió la insigne actriz, de Iberia gala!
Esbelta, hermosa y pura,
Del árbol de la vida
Desprendióse una flor de rica esencia
Para encantar y embebecer nacida.
¡Murió! Bétis murmura
Levantando sus ondas hasta el cielo,
Como signo de duelo:
¡Murió! ¡Murió! Sus puertas de diamante
Le abrió la eternidad, y allí perdida,
Como en inmenso mar preciada perla,
Aunque el débil mortal tienda la mano,
Conseguirá gemir, no poseerla.
¡Ay! Búscala anhelante,

Búscala inquieto con delirio insano
Y angustia que no acaba;
Y solo contemplar logra un instante
La concha, en cuyo seno se encerraba.
Vedla! Quedó en la orilla
Para escarmiento del orgullo humano,
De la humana ambicion para mancilla.

¡Paz á la artista! El viento
No osa lanzar atronador bramido,
Ni de siniestro cárabo el graznido
Interrumpe mi lánguido lamento.
Impera el sentimiento
En el recinto funeral, do airada,
Por entre sauces lúgubres, la muerte
Esgrime la segur ensangrentada.
La faz inclino trémulo; y en tanto
Que de las artes la preclara diosa,
Parando el vuelo en la marmórea tumba,
Orlas apresta de laurel y acanto,
Y los yertos despojos acompaña
De la actriz portentosa,
De ocaso al orto zumba
El ¡ay! doliente de la madre España.

Digno tributo á la que ayer ilustre,
Como fúlgida aurora entre luceros,
Sin rival en la escena descollaba.
Del amor el aroma respiraba

En tálamo de lirios y azahares,
Y feliz sonreia;
Y fervorosa adoracion rendia,
Bendiciendo su próspero destino,
De la excelsa virtud en los altares.
La virtud fué la antorcha refulgente
Que, alumbrando el camino
De su existencia, enardeció su mente;
El ángel bienhechor que en su alma pura
Raudales de ventura
Vertió con larga mano,
Como límpida fuente
Que sin cesar fecunda el Oceáno.

Híspalis la oriental, enagenada
De entusiasmo y placer al escucharte,
De sus vergeles te brindó las flores,
De sus vates la lira regalada,
El mágico pincel de sus pintores.
Bañóse en los fulgores
De tu astro inspirador Mantua la regia,
Y opulenta Barcino y culta Gádes
Y de Rodrigo la ciudad egregia;
Y al tuyo con su llanto respondiendo,
Y con la suya á tu sonrisa grata,
A tu frente ceñian,
En ardoroso aplauso prorumpiendo,
De laurel inmortal lozanas hojas,
Mientras tu nombre al mundo repetian

Los sacros manes de Moreto y Rojas.

Y ¿la hermosura eclipsa y el talento
De la actriz celebrada
Esa, que alzarse miro, tumba helada?
¿Y mi pesar redobla turbulento
Sus rigores prolijos?
Y ¿el angustiado esposo grita: *¡Esposa!*
¡Madre! los tristes hijos,
Y *¡Artista! ¡Artista!* inmensa muchedumbre?
Lágrimas lleva al seno de los mares
Y lúgubres cantares,
Guadalquivir! Cercad la yerta losa
Los que seguís de Maiquez la ardua senda,
Los que de Tirso y Calderon el vuelo;
Y al genio y la virtud dad en ofrenda
Verdes palmas, frondosos arrayanes,
Inmarcesibles del olvido al hielo,
De la edad á los rudos huracanes.

Y tú, que la existencia
A la actriz arrancaste, no á los orbes,
Parca feroz, anuncies tu victoria;
Que es mansion de su espíritu sublime
La celestial altura,
Y el ancho mundo alcázar de su gloria.
Huye afrentada á tu caverna oscura,
Y confundida gime;
Que el genio triunfa porque el genio crea;

Y su sepulcro es ara
Do el lauro brota y el incienso humea.
El furor burla de tu diestra avara,
Que no borra sus huellas inmortales,
Ni de su nombre la eternal memoria.
Su mirada esplendente
En la faz de los siglos luz derrama:
Su espejo fiel el libro de la historia,
Su voz la trompa de la augusta Fama.
Tuyo... el polvo no mas, parca impotente!
La cerviz dobla y humillada ruge;
Y si anhelas impía,
Para calmar tu bárbaro despecho,
Sangre y matanza, cébate en mi pecho
Antes que asome el enojoso dia.

1851.

EN EL ALBUM DE LOLA.

Héme á tu lado, incomparable amiga:
Oscuro trovador, que se recrea
En escuchar tu plática sabrosa,
Más que en fresco clavel la mariposa,
Ó tímida paloma en blando nido;
Más que la madre del rapaz Cupido
En la argentada espuma
De que gentil nació, pura y hermosa.
Consuelo tu amistad es de mis penas,
Cual de las tuyas la acendrada mia;
Y á tus plantas raudales de armonía
Difundan mis cantares,
Mientras, de lumbre orlada y azucenas,
Te alza mi gratitud dignos altares.

No ausencia súbita
Te abisme en lágrimas,
Ni exhales trémula
Flébil clamor.
El rostro, Lola,
Levanta angélico,
Bañado en ráfagas
De paz y amor.

No inquieta y pálida
Deplores tétrica
De suerte bárbara
Ciego furor.
De galas cubre
Tus formas célicas,
Y ostenta plácida
Rico esplendor.

Cual bella sílfide,
La márgen bética
Pisa, y las náyades
Dénte loor.
No siempre oculta
Yace la tórtola,
Ni siempre el céfiro
Duerme en la flor.

Sonrie cándida;
Que el que amas férvida

No en desden áspero
Cambia su ardor.
   Gimiendo vive
Por ti frenético;
Que eres su ídolo
Fascinador.

Enjuga el llanto, deliciosa amiga;
Y no con tristes quejas
Al destino importunes, que halagüeño
Flores y aromas á tu abril prodiga,
Guardando para mí su torvo ceño.
Pronto será que á renovar constante
Los tiernos votos de su fiel cariño
Vuele á tus piés tu idolatrado amante;
Y tu seno de armiño,
Puro como el solaz de la inocencia,
Extático á su voz, latirá ufano;
Y sereno el batel de tu existencia
Surcará de ventura un oceáno.

AL SOL.

—

Lanza el grande Jehová por vez primera
Al caos su mirada omnipotente,
Y alzas ¡oh sol! la esplendorosa frente,
Y á tus piés brota la creacion entera.

Monarca eterno de la azul esfera,
Del tiempo riges la veloz corriente:
Palacio y choza en fúlgido torrente
Inunda igual tu roja cabellera.

Te elevas al zenit en carro de oro,
Y palpita de júbilo natura,
A quien das vida con tu hermosa lumbre:

Desciendes; y los ángeles en coro,
Límpios luceros de la noche oscura,
Tu sueño guardan en la empírea cumbre.

AL MAR.

(A D. Manuel de Campos y Oviedo,

Catedràtico de la Universidad literaria de Sevilla.)

Oceáno inmortal, mi fantasía,
Que aturdieron los báquicos festines,
Y espaciarse no logra entre jardines,
Ni del magnate en la mansion dorada,
Tu inmensidad abarca y se engrandece.
Ya intrépida y osada
Sobre tus ondas gira,
Ya en tus abismos piérdese profundos;
Y águila ya que en el zenit se mece,
Te saluda, te admira
Cual magnífico lazo con que aduna
La mano del Señor mundos á mundos.

Como el beso de abril basta á las flores,
Como la luz del sol á la ancha esfera,

Mi corazon, oh mar, á tus loores.
Tu brâmido arrulló mi primer sueño,
Crecí, tétrico cisne, en tu ribera,
Y muerto á la esperanza,
En vez del lauro que ostentar ansio,
Cubre mi sien fatídico beleño.
Siempre injusto desvío
En la hermosura hallé; siempre á tirano
Destino sucumbí.... Mi labio gime
La ausencia de amistad consoladora;
Y á tí vuelvo los ojos, Oceáno,
La pena ahogando que mi pecho oprime.
Yo tu cantor! Mi enardecida Musa,
Que hasta el fúlgido alcázar de la aurora
El vuelo remontó, gentil campea
Ante tu faz sublime;
Y orlada con tus perlas y corales,
Por tus limpios cristales
En celebrar tu gloria se recrea.

Calla á mi voz! Suspensa, absorta el alma,
Tu espuma hirviente y rumoroso embate
Y tu pompa y grandeza contemplando,
De célica espansion inspiradora
Aquístase la palma.
¡Quien se aleja de ti, no nació vate!
En tu augusta presencia, respirando
Tus brisas, libre y solo
Del orbe las excelsas maravillas

Menosprecio, y la efímera ventura,
Que entre espantosa guerra
Y abominable dolo,
La corrompida sociedad encierra.
¡Cual devora tu líquida llanura
Mi vista! ¡Como siento
Latir mi sangre, rebosar mi aliento
Y endulzarse la hiel de mi amargura!
De magestad solemne rodeado,
Tus olas tiendes por la blanda arena;
Y néctar regalado
Te prodigan los cándidos rocios.
A rendirte homenages, sacudiendo
La undívaga melena,
Lánzanse los torrentes y los rios;
Y con terrible estruendo,
Al tributarte su abundosa vena,
Te proclaman, y vientos, fieras, aves,
Y monte y selva y llano,
De los mares eterno soberano.

Monarca sin rival, ¡quien no te honora!
Tú, prodigio fecundo
De la creacion, profundo
Valladar interpuesto en sus confines
Entre el SER y la NADA; tú, anchuroso
Cíngulo y ornamento de natura,
Brindas grata frescura,
Y desprendes en plácido reposo

Salud y bienandanza:
Los ángeles bendicen tu bonanza,
Los ángeles aplacan tus rigores.
Y ¿arrastrado por sueños de opulencia,
La calma huyendo de sus dulces lares,
Tus aciagos furores
Osó el hombre afrontar? Y ¿en débil pino,
Contrastando tu indómita violencia,
Entre escollos y sirtes á millares
Se abrió fácil camino?
¡Oh triunfo de su grande inteligencia!

Elévanse improviso ante mis ojos,
Y vagan en tropel en torno mio
Las sombras de mil ínclitos varones,
Que arrostraron tu saña
Sin otro escudo que su genio y brio.
Lusitania, Albion.... La heróica España,
Temida ayer como tu fiero amago,
Los límpidos blasones
Supo eclipsar de Tiro y de Cartago.
A su grito imperioso,
Tu espalda cruza, de entusiasmo henchido,
Colon. ¡Lauros y honores al coloso,
Que enlazó audaz incógnito hemisferio
Al solio de Castilla enaltecido!
¡Lauros y honores á la patria mia!
Al lampo de su vívida mirada,
De hinojos sonreia

El númen tutelar de la victoria;
Y altiva y acatada,
Alzándose en las alas de la gloria,
El universo ¡oh prez! se estremecia
Al resplandor de su fulmínea espada.

Mas ¡ah! si en fausta era
Emuló armipotente
Los claros timbres de la invicta Palas,
Ya lánguida y doliente
Murmura, oh mar, plegaria lastimera.
¿No observas que en su angustia
Por velo funeral trueca sus galas,
Y su corona por adelfa mustia?
¿No escuchas sus querellas y gemidos?
¿A piedad no te mueve su agonía?
Busca en balde á Cortes; no halla un Pizarro,
Ni como el jóven célebre de Austria
Insignes campeones;
Y temblorosos yacen y abatidos,
Bajo el pendon de Flandes y Pavía,
Los invictos leones,
Que unció de Marte al carro,
Y enlutáran la faz de cien naciones.
¡Negro infortunio impío!
¿Qué resta ya de su esplendor bizarro?
¿Qué de su formidable poderio?
Para consuelo de su cruda pena,
En voz que al mundo asombre,

Canta, Oceáno, sus antiguos triunfos:
Que, á despecho del Támesis y el Sena,
Contigo morirá su alto renombre.

Contigo, sí; que indiferente á estragos,
Hierves y te columpias altanero,
Inmutable, perenne, inextinguible,
Como brotaste ¡oh mar! del caos primero.
Asolador gigante,
Que lucha con el orbe, el tiempo aleve,
Entre áridos escombros descollando,
Vibra segur tajante,
Y, en saña ardiendo, víctimas inmola:
La férrea planta mueve
Los mármoles y bronces quebrantando,
A la parca disputa la aureola;
Y tú, impasible á su voraz fiereza,
La destruccion universal presides,
Levantando arrogante la cabeza
Por contar los despojos de sus lides.
Envidioso quizás de sus laureles,
Implacable te irritas,
Y su fúria superas espantosa.
Sobre el nauta ¡oh dolor! te precipitas,
Anegas, despedazas sus bajeles,
Y hasta envuelves magníficas ciudades
En tu espuma rabiosa
Para mengua y horror de las edades.
¡Preguntad por la Atlántida famosa!

Temido siempre y victorioso... ¡Cuantas
Viste desparecer grandes naciones!
¡Cuantas generaciones
Sucumbir! Salpicado
De rocas seculares,
Como insignes trofeos de tu gloria,
Para tu culto inmóviles altares,
O páginas eternas de tu historia;
De brutos escamosos circundado,
Que te veneran cual vasallos fieles,
Y de conchas y perlas decorado,
Flores de tus recónditos vergeles;
Bramas, y tiemblan de pavor los montes,
Y muda el cuello inclina
La humanidad. Tu excelso señorío
A la creacion domina.
No hay para ti horizontes,
Ni quien refrene tu indomable brio;
Y á tragar te lanzáras la ancha tierra,
Con ímpetu rompiendo fragoroso
El cauce que te encierra,
Si el ETERNO apartára
De tu cerviz su omnipotente dedo,
Que, acariciando tu cabello undoso,
En la arena tus lindes señalára.

En tu limpio cristal lecho espumante,
De su grandeza digno, encontró Apolo;
Y tus olas dilátanse y sus rayos

Del Bóreas yerto al abrasado polo.
Mas ¡ah! cuando al fragor horrisonante
De innúmeras tormentas, enarbole
Jehová en los aires pabellon de muerte,
Y se desprenda de su mano fuerte
La aurífera cadena diamantina,
Con que la inmensa mole
Sostiene de los mundos, en pedazos
Saltará ¡oh sol! tu disco refulgente:
Antes la suya ¡oh mar! que tu rüina!
Tumba serás de su ceniza ardiente!
En sonoro vaiven ciñen tus brazos,
Ya por entre pirámides de hielo,
Ó junto al cráter de hórridos volcanes,
Ya por entre desiertos y huracanes,
El dilatado suelo.
¿Do tu orígen hallar? ¿Quien medir puede
El que tiendes sin fin cerúleo manto?
Atónita mi alma en tu honor cede
Profunda admiracion, en vez de canto.
Custodio perenal del orbe entero,
Que tu opulencia y magestad pregona,
Alzas la regia frente;
Y en ademan severo,
Insomne agitas colosal tridente,
Que abarca los confines del espacio:
La bóveda celeste tu corona,
Ignotos universos tu palacio.

Calma respiras; y pasmado advierto
Que tu pompa despliegas
Multiplicando el rosicler del dia;
Y con rumor incierto,
En tumbos apacibles tu alegría
Nuncias festivo, y caprichoso juegas.
En continuo tropel tus espumosas
Ondas besan mi planta, y presurosas
Huyen, y otras al punto á la ribera
Vienen y van en rápida carrera.
Y ¿no paran jamas? ¿Que oculto soplo
Sin cesar las impele? Tú, que impones
A cuanto existe leyes,
Y escalas triunfadora,
Atras dejando el solio de los reyes,
Las etéreas regiones;
Tú, del Eterno exhalacion radiante,
De la verdad y el bien dispensadora,
Que al arte forma das, vida á la ciencia,
Osada inteligencia,
El velo rasga de tan hondo arcano.
Pero no! Esfuerzo vano!
Confundida abandona el loco intento;
Y tu responde, oh mar, á su ignorancia
Que te mueve de Dios el almo aliento
Para abatir su orgullo y arrogancia.

De la triste existencia el raudo curso
Revelas al mortal: la angosta cuna

Apenas desdeñó, y en tumba helada
Contémplala trocada.
¡Mendigo y prócer vuestra suerte es una!
Alzarse y perecer es el destino
De la estirpe de Adan! Morir! ¿Quien cierra,
Sacro mar, el camino,
Que al ávido sepulcro la conduce?
¿No es cierto, dí, que la mezquina tierra
Frutos de maldicion solo produce?
¿No es la muerte el reposo, la ventura
De la débil criatura,
Que, aun antes de nacer, sufre, y llorando
Nace, y vive entre abrojos y tormentos?
Sigue, sigue meciéndote y sonando:
Tu augŭsto aspecto el ánimo sublima....
Miro en tus olas los humanos seres,
En tu márgen el mundo y sus placeres,
La eternidad en tu insondable sima.

¡Oh eternidad! ¡Oh mar! Bulle tranquilo,
Mientras yo, de admirarte siempre avaro,
Logro en tu orilla bienhechor asilo,
Que templa mis dolores,
Y á despertar obliga á mi conciencia.
Bulle tranquilo, como espejo claro
Que desde el austro al aquilon retrata
La imágen de la suma OMNIPOTENCIA;
Cual libro inmenso de bruñida plata,
Donde trazar al INCREADO plugo

En invisibles letras
Recónditos misterios,
Que nadie adivinó, ni tú penetras;
Como lengua sin fin, que enardecida,
A entrambos hemisferios,
Incesante renueva los loores
Del que luz presta al sol, savia á las flores,
Belleza al mundo y ornamento y vida.

Bulle tranquilo ante mi vista ansiosa,
Y espectáculo tal bendito sea!
Mas ¿que lóbrega nube gigantea
El éter cristalino
Empaña? ¿Por qué en ruda y espantosa
Convulsion iracundo el cielo asaltas,
Al par que en mis oidos zumba el trueno,
Sobre mi frente avanza el torbellino,
Y amaga el crudo rayo
Mi palpitante seno?
¿Para el orbe sonó la hora postrera?
Fuego eres ya: la tempestad impera!
La tempestad! Tu diosa idolatrada,
Con quien despliegas tu pujante brio,
A quien alzas un trono en cada roca.
En volcan te convierte su mirada,
Y, al tuyo uniendo su furor impío,
Con los bramidos de aquilon te invoca.
No, empero, á sus rigores
Apocado suspiro y tembloroso;

Que, de entusiasmo impávido latiendo,
Pláceme oir su aterrador estruendo,
Que me arrebata á mundos superiores.
Soledad, sombra, lluvia.... Sulfuroso
Relámpago me alumbra,
Me azota el huracan; y sueño ufano
Que en sus alas mi espíritu se encumbra
A retar al indómito Oceáno.

Aquí... dejadme! Ruje,
Embravecido mar, dobla tus iras;
Y de tus olas el rabioso empuje
Acrezca el himno que á mi labio inspiras.
Ruje á mis piés, y arrastra furibundo
Y destroza mi cítara enlutada,
De mis lágrimas dulce compañera:
La ofrenda admite del cantor sombrío,
Que no alcanza un laurel en su carrera:
Gloria, sí; gloria ansio!
Grande es mi corazon, grande mi anhelo:
Mi voz retumbe en la anchurosa esfera,
Trasponga el Pindo mi arrogante vuelo.
Ya que de la muger, íris de encanto,
Sufro ¡ay de mí! los ásperos desdenes,
Y en silencio devoro
Turbulentos pesares,
A decorar mis abatidas sienes
Con verdes hojas de arrayan y acanto,
Descienda esbelto el apolíneo coro,

Y en bronce eterno esculpa mis cantares.
A ti, rey de los mares,
A ti dirijo mi clamor ferviente:
Ensordezca mi nombre tu rugido.
¿Se perderá en el antro del olvido,
Como en tu seno imperceptible fuente?

Sí.

1851.

A ESPAÑA,

EN EL NACIMIENTO DE LA SERMA. PRINCESA

DOÑA MARIA ISABEL FRANCISCA DE BORBON.

—=—

¿Gimes, Iberia? Tu cerviz quebranta
La dura mano de la suerte fiera?
¿La ínclita patria de Cortes y Herrera
Sumida en afliccion y mengua tanta?

Cesen tus ayes, y á Isabela canta,
Y el lustre cobra de la fausta era,
En que Cárlos sublima su bandera,
Felipe el Escorial al sol levanta.

Alza del polvo, envuelta en resplandores,
De Marte victorioso los arreos,
El blason de Minerva sin segundo:

Y acate, cual un tiempo, entre loores,
La rodilla doblando ante trofeos,
Tu ciencia y tu valor el ancho mundo.

A CAROLINA,

EN LA MUERTE DE SU HERMANO.

¿Adonde vás, Carolina,
Con ese ramo de flores,
Que las gotas de tu llanto,
Cual ricas perlas, recoge?
¿A qué de tu caro esposo
Te apartas, cuando la noche
Con lóbrego manto cubre
Los inmensos horizontes?
¿Por qué con largos gemidos
A mis acentos respondes,
Y en negros paños revuelta,
Lujosas galas depones?
¿Quién, á tu cándido seno,
De virtudes fuente y goces,
Osó lanzar despiadado
El arpon de los dolores?

¿Tiemblas, y bajas los ojos,
Que brillan como dos soles
De la ilusion en el cielo
Para delicia del orbe?
¿Y con tus nevadas manos
Pálido el semblante escondes,
Que por bello enojos causa
Al ángel de los amores?
El pecho á la amistad abre
Y mi voz sincera oye;
Que pena que no se esplica,
Sin duda se siente doble.

—No estrañes, no, que á tus ecos
En tristes ayes prorumpa;
Pues mi espíritu se abisma
En piélago de amargura.
Esa, que al oscuro espacio
Preside, modesta luna,
Mi soledad acompaña,
Y mis lamentos escucha.
Prenda del alma querida,
Vástago que el cierzo trunca,
Cayó improviso mi hermano
En los antros de la tumba.
De mi corazon tesoro,
Lucero de bondad pura,
Víctima fué en breves horas
De la parca furibunda.

Cadáver es! Mis suspiros
A los suspiros se adunan
De su esposa desolada,
Como tórtola viuda.
Lágrimas mi rostro queman,
Lágrimas mi vista anublan,
Y aun no bastan ¡suerte impía!
A templar mi fiera angustia.
Fúnebres cantos, amigo,
A su memoria tributa,
Mientras esparzo estas flores
En su helada sepultura.

—Aguarda un instante! Acaso
El bálsamo del consuelo
Derramar mis labios logren
En la herida de tu pecho.
Apenas el alma nace,
Del dolor arrastra el peso;
Planta que el ábrego azota
En espantable desierto.
¿Quién cruza alegre y dichoso
De la existencia el sendero?
¿Quién sus abrojos no riega
Con triste llanto de fuego?
Carolina, ya tu hermano
Se alzó del inmundo cieno,
Y en la mansion de los justos
Alcanza el ansiado premio.

Seca, pues, tu acerbo lloro,
Modera tu sentimiento,
De rodillas acatando
La voluntad del ETERNO.
Y en vez de correr doliente
Al lúgubre cementerio,
Vuela á orar, cuando la aurora
Despunte, al sagrado templo.
Y esas flores, con que anhelas
Cubrir el túmulo yerto,
En el altar de MARÍA
Sirvan de grato ornamento.

AUSENCIA Y DESDEN.

A RAMONA.

Como suele acongojado,
Al rumor de su cadena,
El cautivo desdichado
Lamentar su cruda pena,
En lágrimas inundado;

Así, dulce amiga, al son
De mi destemplada lira,
Te revelo la afliccion,
Que ayes á mi labio inspira
Y llanto á mi corazon.

Adoro á Celina ausente,
Que me arrebató la calma,
Con frenesí tan ardiente,
Que ella es la luz de mi mente
Y ella el afan de mi alma.

Sueño admirar su hermosura
En delicioso jardin,
Do ufana emular procura
Con su frente al alba pura
Y con su planta al jazmin.

Las flores, que aun á dudar
Llegan que tantos hechizos
Pueda una mujer mostrar,
Del tallo anhelan saltar
Para prenderse en sus rizos.

El céfiro, suspirando
De placer, su nombre invoca,
Y rico aroma bnscando,
El vuelo detiene blando
En el carmin de su boca.

No hay ruiseñor que no cante
Su beldad en trinos fieles;
Y, por mirar su semblante,
Abren el cáliz fragante
Las rosas y los claveles.

No hay pintada mariposa
Que no vuele en su redor,
Ni bosque ó selva frondosa
Donde no encuentre gozosa
Grato fresco y dulce olor.

No hay colina que no quiera
Brindarle mullido asiento,
Ni planta que no prefiera
La ambrosía de su aliento
Al soplo de primavera.

No hay pájaro que no calle
Al oir su voz apacible,
Ni junco ó palma en el valle
Que en lo esbelto y lo flexible
Rivalice con su talle.

No hay llano que no florezca
A su sonrisa; no hay cumbre
Que esmeraldas no le ofrezca,
Ni arbolillo que no crezca
De sus ojos á la lumbre.

No hay arroyo serpeante
Que no la vaya á buscar,
Deteniéndose delante
Para su paso estorbar
Y retratarla un instante.

Ya ambiciona de colores
Tejer vistosa guirnalda,
Y mirlos y ruiseñores
Traen en el pico las flores
Y las dejan en su falda.

Ya oculto nido ligera
Halla de alondra parlera,
A quien con su acento humilla,
O de paloma sencilla,
A la que en candor supera.

Ya en la márgen de la fuente
Trunca césped oloroso
Y lo arroja á la corriente,
Que se ensancha lentamente
Por besar su pié donoso.

Ya, bulliciosa corriendo,
Azucenas va cogiendo,
Y, para no avergonzarlas,
La mano esconde riendo,
Apenas logra arrancarlas.

Ya, serena paseando,
Surtidores escondidos
Forman, mientras va pasando,
Arcos de perlas, quedando
En el aire suspendidos.

Ya se reclina cansada
Bajo pomposo laurel,
Y, al adormirse encantada,
Reclama el sol su mirada
Y sus huellas el vergel.

Ya... ¡Cuan festiva y hermosa
Resplandece allí! ¡Oh ventura!
Me recibe cariñosa,
Y en plática deliciosa
Palpitámos de ternura.

Allí con alarde ufano
Fija en los mios sus ojos,
Tiende á la mia su mano;
Y *«¡venciste, amor tirano!»*
Pronuncian sus labios rojos.

De gozo á sus piés deliro,
Y con frenético anhelo
Entre sus brazos aspiro
El ámbar de su respiro,
Que es el aroma del cielo.

Mas ¿qué digo? Sueños son
De mi loca fantasía;
Que á veces el corazon
Forja dorada ilusion
Para calmar su agonía.

Sueños, sí; que esa beldad,
A quien idolatro ciego,
Sorda se muestra á mi ruego,
Y desnuda de piedad
Premia con nieve mi fuego.

Sueños, sí; que injusto el hado
Su desden me hace sufrir,
Sin qué vislumbre apenado
Paz para el pecho agitado,
Dicha para el porvenir.

Y en vano pretendo ahogar
Este ardor que me devora:
Mas fácil fuera robar
Toda su luz á la aurora,
Todas sus olas al mar.

Pugna la razon severa
Con el corazon ardiente,
Y oponen en liza fiera,
Este, su voraz hoguera,
Aquella, su voz potente.

Infausta lucha espantosa,
Que renueva la razon
Sin triunfar del corazon,
Donde crece victoriosa
La llama de mi pasion.

Pasion en ayes fecunda,
Que mi juventud abate;
Pasion que en llanto me inunda,
Pasion sublime y profunda,
Digna tan solo de un vate.

Oye las quejas, Ramona,
Que exhalo en febril delirio.
¡Quien al amor se abandona,
Ciñe á su sien por corona
Los abrojos del martirio!

Compadece mi tormento,
Y del destino alevoso
Burlando el bárbaro intento,
Dá á mi fatiga reposo,
Treguas á mi sufrimiento.

Tu dulce amistad sincera
Preste abrigo bienhechor
Al que gime y desespera,
Como frondosa palmera
Al herido ruiseñor.

Con la esperanza perdida
Suspiro en fatal quebranto:
Mitígalo condolida,
Ramona, y guarda este canto,
Cual página de mi vida.

---

2 de Febrero de 1852.

Llama de indignacion mi númen sea,
Que inflamando mi noble pensamiento,
Devore al monstruo impío,
Que agitó infanda, regicida tea,
De su puñal tan solo acompañado;
Y logre el llanto mio
Borrar la mancha que estampó execrado
En el blason de la lealtad hispana,
Que anhelando cerrar la aciaga herida
De la augusta Isabela,
Con tristes ayes, de cipres ceñida,
Al orbe entero su afliccion revela.

¡Negra y atroz maldad! Y ese villano,
Ese traidor perverso ¿lega á España
De perdurable oprobio la cadena?
¿Abrigaba en su pecho empedernido
Ira de infierno, corazon de hiena?
Y ¿al ángel más querido
Por blanco elige de su cruda saña?
¿Quién ¡miserable! á derrocar se atreve
De nuestro honor el colosal trofeo?
¿Quién, turbando la pública alegría,
Huella ¡oh Dios! con pié aleve
El cetro de la hespéria monarquía,
De quince siglos el laurel glorioso?
¿Do se oculta el inmundo
Reptil? ¿Do el sanguinario y horroroso....
¡Iberos ¡oh furor! calládlo al mundo!

¡Cuadro espantable que á trazar no acierta
La trémula, aterrada musa mia!
¿Qué fué de Mantua en el solemne dia,
Que de galas cubierta,
Admirar esperaba jubilosa,
Lanzando vivas y esparciendo flores,
A la AURORA NACIENTE de Castilla?
Y ¿qué del SOL radiante y soberano,
Que horrísona tormenta desastrosa
Disipó, y en el alto solio brilla
Que en sus hombros sustenta el pueblo hispano?
¡Ay de la REINA! Con segura planta,

De pompa rodeada y de grandeza,
Traspuso apenas la REAL CAPILLA,
Cuándo audaz y sereno
El bárbaro asesino se adelanta.
La desesperacion arde en sus ojos;
Y, ocultando en la miel letal veneno,
Al postrarse de hinojos,
Tiñe en la régia sangre hierro agudo;
Y de nuevo sañudo
Hundirlo intenta en el nacáreo seno
De la excelsa ISABEL; frondosa palma
Que un punto el rayo hendió, madre abatida,
Que gime dolorida
Gritando con afan: *¡Hija del alma!*

¿Oísteis queja de cándida paloma,
Que hirió al pasar el sacre furibundo?
¿Visteis alba azucena
Palidecer, perdiendo el rico aroma,
Al embate del ábrego iracundo?
Así.... ¡Oh perfidia! ¡Oh pena!
¡Cuantos, cuantos aceros,
A traspasarte el pecho ingrato y duro,
A segar ¡oh placer! tu vil garganta,
Regicida fatal de nombre oscuro,
Se dirijen! Mas ¡ah! teneos, hispanos!
Que á vuestras nobles manos
Sucumbir no merece quien los fueros
Con ultraje sacrílego quebranta

De la que idolatráis Reina y Señora.
¡Al cadalso! ¡Al cadalso! ¡Tiembla, infame;
Que pronto sonará tu última hora!
No el oro tus prisiones
A romper bastará, no tu malicia;
La cerviz dobla de la ley al yugo,
Y el dardo asolador de la justicia
Aseste contra ti solo el verdugo.
Y ¡aun respiras tranquilo!
Héroe del crímen, tu execrable intento
Con negra hiel escribirá la historia;
Y mientras radie el sol y gire el viento,
Será tu fosa del horror asilo
Y padron de ignominia tu memoria.

Mas ¡ay! que en tanto lúgubre querella
Sucede al placentero vocerío;
Y sembrando pesares,
Por calles, plazas, pórticos, hogares
La chispa aciaga del espanto prende.
Cual ancho y ronco mar bulle el gentío,
Y suspira aterrado:
La angustia de la víctima acompaña,
Y en ira santa súbito se enciende.
Aquí hermosa doncella,
El nítido cabello destrenzado,
Sus hechizos con lágrimas empaña:
Allá joven osado,
Vengar ansiando tan atroz injuria,

Brama, corre, atropella,
Y mal reprime su violenta fúria..
No lejos, aflijido y receloso,
Antes que el cáliz del ludibrio agote,
Discurre venerable sacerdote
Huyendo del alcázar lastimoso.
¡Maldicion! por su espléndida techumbre
Murmura el viento, que en suspiros arde;
Y *¡Maldicion!* responden
Las marmóreas estátuas sollozando,
Y en densas nubes el semblante esconden.
¡Maldicion! de Daoiz y Velarde,
En torno á la azorada muchedumbre,
Los manes; y estallando
De cien patricios se abren los sepulcros,
Y por sus huecos *¡Maldicion!* retumba.
Del Escorial la inmensa pesadumbre,
Al grito infausto que en el éter zumba,
Con estruendo vacila horrorizada;
Y abandonando el fúnebre recinto,
Al aire esgrime vengadora espada
La sombra colosal de CÁRLOS QUINTO.

«¡Terrible iniquidad! ¿Sois españoles?
¡Oh mancilla! ¡Oh furor! ¿Os llamáis hijos
De los héroes de indómita arrogancia,
Que á Roma estremecieron y á Cartago,
En Sagunto y Numancia?
¿De los Guzmanes descendéis y Cides,

Del crudo alarbe estrago,
Y allá en el templo de la gloria soles?
¿De los valientes que á tremendas lides
Conduje audaz, á cuyo fiero amago
Postráronse dos mundos á mis plantas?
¡Mentís! ¡Cobarde raza envilecida!
Qué! Tras victorias tantas
¿Quedó para maldades vuestro brio?
¿Vuestra tizona es hacha regicida?
Mas ¡qué miro! ¿Vertéis copioso llanto
Y con tristes clamores
Os apiñáis temblando en torno mio?
¡Ah! La vuestra no es sangre de traidores,
Ni anheláis para alfombra el régio manto,
Que orláran vuestros ínclitos mayores.

Perdon, si os ofendí! Vuestras plegarias,
Vuestros ayes y lágrimas publican
Que en Isabel cifráis vuestra ventura.
¡Solo un tigre feroz su níveo seno
Pudo rasgar!... Mas si el primer rugido
Lanzó en el campo de Castilla ameno,
De Pirene la cumbre
Raudo salvó; y oculto en cueva oscura,
Bebió otras aguas, aspiró otro ambiente.
Con ponzoña nutrido,
Tornó en funesto dia,
Despues de arrebatar á tierra extraña
El cuchillo del pérfido *Clemente*.

¡Sufra, sufra oprobiosa muerte impía!
¡Tuyo ¡oh monstruo! el baldon, nunca de España!»

Dijo; y cual suele el viento de la hojosa
Selva azotar los árboles gigantes,
Así su voz solemne y vigorosa
Estremece los áureos artesones
De la régia mansion. La Fama, en tanto,
Revestida de lúgubres crespones,
La infausta nueva por do quier extiende;
Y, semejando espectro pavoroso
Que á lóbregos espacios señorea,
Se levanta del triste Manzanares
El númen del dolor, y el vuelo emprende.
Gemidos á millares
A la ciudad arranca y á la aldea,
Y llanto congojoso:
Llanto abrasa las vegas y jardines,
Y con llanto se mezclan los rocíos:
Llanto el cauce rebosa de los rios,
Llanto anega los hésperos confines.

¡Patria infeliz! Transida de amargura,
Oliente mirra á los altares llevas;
Y el rostro encapotando lastimero,
Férvidas preces al Señor elevas.
Y ¿será que de luto
Cubriéndote, y de eterna desventura,
Corra á su ocaso tu mejor lucero?

¿Eclipsará su mágica hermosura
Del aleve inhumano
El crudo golpe? No; que mensagero
De salud y reposo, el suelo hispano
En fulgor vivo inunda
Gentil querub, que, perfumando el viento,
Pronuncia por el ancho firmamento
El nombre egregio de ISABEL SEGUNDA.

«¡*Viva, viva* ISABEL!» claman las aves,
Los céfiros süaves:
«¡*Viva!*» los arroyuelos nacarados,
Los torrentes hinchados:
«¡*Viva!*» en el valle y la montaña suena,
Y el recinto español y el orbe llena.
Dádme, dádme una lira..., ¡Oh castellanos!
¡Erguid gozosos la abatida frente,
Y á mi lado volad enardecidos!
La virtud nuestro escudo,
El amor nuestra antorcha refulgente;
Y todos caballeros cual hermanos,
De estable paz unidos
Con florígero nudo,
Gracias rindámos al benigno cielo,
Y de ISABEL ante la excelsa silla
Doblemos reverentes la rodilla.

Seguid al trovador! Vive ISABELA!
Feliz respira la sin par matrona,

Por quien el brazo del ETERNO vela!
Suspensa de alegría,
En sus sienes ostenta la corona,
Que á entrambos mundos destellára un dia
Nítidos resplandores:
Las tintas cobra su hechicero rostro
Que afrentan al albor de la mañana;
Y madre, esposa, hermana,
Escucha con serena
Magestad y atractivos seductores
El grito aclamador del pueblo hispano,
Que el gozo universal anuncia ufano,
Y las playas antípodas atruena.

Védla empuñar el cetro de diamante
Que la abundancia y el placer difunde:
El rayo de sus ojos rutilante
Al vil dragon de la infernal discordia
Amedrenta y confunde!
Ved á la nieta del TERCER FERNANDO
Magnánima otorgando
Mercedes mil! Su angélico semblante
La fada de los triunfos acaricia,
Embalsama su trono la prudencia,
Esmalta su diadema la justicia,
Y tachona su manto la clemencia.
Émula de la FÉ de Recaredo,
De la piedad tremola el estandarte;
Y con pródiga mano

A doliente viuda y triste anciano
Dones dispensa y plácido consuelo;
Y prestar logra con benignas leyes
Al comércio esplendor, timbres al arte,
A la ardua ciencia portentoso vuelo,
A Europa admiracion, ejemplo á reyes.

¡Isabel! ¡Isabel! Mi rudo acento,
Que á celebrarte férvido se lanza,
Si no te brinda armónica alabanza,
De la ibera nacion nuncia el contento.
De tu bondad bañada en los fulgores,
Renueva sus magníficos arreos,
Y te rinde en gimnasios y liceos
Por homenage amor, almas por flores.
Depon, Reina adorada, los temores;
Y á la que en tu regazo
Halagas con ternura,
Dulce prenda querida,
Traslado tuyo, niña deliciosa,
Esprésale con ósculos de rosa
Que aquellos que tu solio sublimaron,
Por defenderte inmolarán su vida;
Que defenderte hasta morir juraron.
Alienta, pues, segura!
Alienta y goza de virtud radiante
Y de paz y ventura;
Que en vítor fiel y cántico sonoro
Te bendice y aclama

El gran pueblo español, y se enaltece
En lágrimas de júbilo deshecho;
Y espléndida la Fama
Repite al mundo con la trompa de oro
Que firme escudo la lealtad te ofrece,
Un volcan el amor en cada pecho,
Cada acero en la lid una victoria,
Cada sol una página de gloria.

—=—

1852.

LA NOCHE.

Cuando, refulgente espada
Blandiendo airado en los aires,
Arrojó del Paraiso
A nuestros primeros padres
Por su altiva inobediencia,
Exterminador el ángel;
Y Eva y Adan, anegados
De su llanto en los raudales,
Pisaban la árida tierra
Buscando tristes y errantes
Con el sudor de su rostro
El sustento miserable;
Por vez primera tu velo,

Noche oscura, desplegaste!
Tu velo, que envuelve al mundo
Como el sudario al cadáver:
Tu velo asaz misterioso,
Indescriptible, impalpable,
Fúnebre como la tumba,
Negro como los pesares,
Del primer pecado sombra,
Del primer castigo imágen!

A D. Manuel de Quesada.

—

El lienzo admiro do trazaste ufano
A Justa entre los brazos de Rufina;
Que arde en tu mente inspiracion divina,
Si al mágico pincel tiendes la mano.

Colores robas al jardin lozano,
Rayos al sol cuando en el Can fulmina,
Y natura, por ti mas peregrina,
Se postra ante tu genio soberano.

Hijo tú de la bética ribera,
Mansion del arte, del saber asiento,
De Sancio insigne emularás el brillo;

Que, orlada de laurel, hiende la esfera,
Para prestarte su inmortal aliento,
La augusta sombra del sin par Murillo.

EN LA MUERTE DE CELINA.

¡Cielos! ¿Que me anunciáis? ¡Conque no existe
La hermosa angelical que fué mi encanto!
¡Oh Celina! ¡Oh dolor! Dejad que un triste,
Que de luto se viste,
En ayes rompa, se deshaga en llanto!

Feneció! No la busques, alma mia:
Tu destino es sufrir desde la cuna,
¿Do consuelo hallaré? Su tumba fria
Baña pálida luna,
Lámpara funeral de mi agonía.

Mas ¡ay! silencio! Del amor la diosa,
De beleño cubierta la alba frente,
El rostro inclina ante la infausta losa,
Y exclama congojosa:
«¡Marchita ved la FLOR, seca la FUENTE!

Flor peregrina que, al lucir sus galas
En el campo anchuroso de la vida,
Rudo huracan arrebató en sus alas,
Y en polvo convertida,
Abre en mi corazon sangrienta herida.

Savia fecunda á su fragante seno
Prestaba la ilusion encantadora,
Límpido esmalte y arrebol sereno,
De dichas precursora,
Del pudor sacro la esplendente aurora.

Ostentando sus nítidos colores
Y estendiendo sus ramos de esmeralda,
Brillaba henchida de beldad y olores
Y hechizos seductores,
Del gayo abril en la triunfal guirnalda.

Halagaban su verde tallo airoso
Las auras de la dulce pöesía:
En su galano caliz delicioso
El candor sonreia,
Y en sus lozanas hojas la alegría.

Pura, como del niño el sentimiento,
Magestad adunando y elegancia,
Raudales derramaba de contento;
Que su rica fragancia
De los ángeles era el almo aliento.

Su corona, las perlas del rocío;
Lágrimas que el querub de la ternura
Tributó á su gallardo señorío
Y mágica hermosura,
Delicia y ornamento de natura.

Bendecida do quier, do quier ansiada,
En torno de su córola riente
Mil corazones suspendió adorada.
¡Niña desventurada!
¡Marchita ved la FLOR, seca la FUENTE!»

Dijo; y lanzando lúgubre lamento,
Envuelta en largo velo denegrido,
Despareció. Mas ¿qué armonioso acento,
Parando el raudo viento,
Sucede al melancólico gemido?

¿Quién, de rosas orlándose y topacios,
Cruza gentil en carro de luceros
Con celestial sonrisa los espacios,
Y en himnos placenteros
Viene á trocar los ayes lastimeros?

¡La VIRTUD! Resplandor su faz divina
Esparciendo, y su mano palmas de oro,
Al sepulcro halagüeña se avecina;
Y en vez de acerbo lloro,
De consuelo eternal vierte un tesoro.

«¡Míseros! Reprimid la queja vana
Y á Celina envidiad; tierna paloma
Que el cieno esquiva de la tierra insana,
Blanca nube de aroma,
Confundida en la ESENCIA SOBERANA!

Fuente abundosa, nacarada y pura,
Que al eco de las arpas celestiales,
«¡*Hosanna*! ¡*Hosanna*!» plácida murmura,
Y su curso apresura
Por floresta de encantos inmortales.

Su diáfana corriente de ambrosía
Del ETERNO refleja la mirada,
Júbilo difundiendo y armonía,
Y bulle arrebolada
Por entre arcos de luz y orfebrería.

Salpicada de aljófar esplendente,
Caudalosa sus márgenes dilata
Hasta el solio de fuego del POTENTE,
Cuya imágen retrata
En tersas olas de bruñida plata.

Juega apacible en blando movimiento,
Las plantas besa del SEÑOR, y gira
Al dulce soplo del divino aliento,
Y bendice y admira
A quien sirve de alfombra el firmamento.

No ha de sorberla el caluroso Estío,
Ni aprisionarla de Diciembre el hielo,
Ni combatirla el aquilon impío;
Pues huyó el mústio suelo
Por deslizarse en el pensil del cielo.

A Celina aplaudid! Cese el quebranto;
Que en la eterna Sion enagenada,
A par del serafin tiende su manto!
Y aun en la tumba helada
¿Vuelo dáis al gemido, rienda al llanto?

Sacudid el letargo; y no por ella,
Por vosotros, que en páramo de abrojos
Una culpa sembráis en cada huella,
Alzad triste querella,
Arrasados de lágrimas los ojos.»

Así exclama ¡oh Celina! y tu victoria
Celebra; y yo, al oir su grato acento,
Enlazando á mi vida tu memoria,
Avaro de tu gloria,
Depongo el luto y consolado aliento.

Mas ¡qué digo! ¿Por qué la parca dura
Los recuerdos no borra de mi mente,
Si á mi pecho arrebata la ventura?
¿Por qué torva y furente
No me encierra en tu misma sepultura?

¿Qué vale para mí que bienhadada
Trisques esbelta por la empírea cumbre
Con ráfagas de amor alimentada,
Si de mi separada,
Imploro en vano tu benigna lumbre!

¿Qué importa, si no miro en tu semblante
Hechizos que ensalzaba Filomena,
Ni en tus labios la púrpura fragante,
Ni en tu frente serena
Rivalizar la rosa y la azucena!

¿Que á mí, si ya no escucho, cual solia,
Los dulces ecos de tu dulce boca,
Que fragancia esparciendo sonreia,
Y como yerta roca
No responde jamas á la voz mia!

Desolado suspiro en la sonante
Playa feraz donde rodó mi cuna;
Y al ronco hervir del piélago de Atlánte,
Maldigo delirante
El bárbaro rigor de mí fortuna.

Torna la vista al que llamaste amigo,
Que torrentes de hiel y sangre llora;
Y pues no encuentro compasion ni abrigo,
Suene, suene la hora
De erguir la sien y respirar contigo.

Contigo hender anhelo el oceáno
De la sublime eternidad. ¿Que espero?
¡Ley inmutable! ¡Por florido llano,
Ó escabroso sendero,
Del sepulcro el umbral pisa el humano!

Hoy el tuyo con orlas se engalana
De siemprevivas, y de llanto un rio
En derredor por entre sauces mana.
¡Triste de mi! ¡Mañana
No habrá un laurel para adornar el mio!

—=—

1852.

Á MI CORAZON,

EN UNA ENFERMEDAD.

Desdichado corazon,
¿Truecas con tanto latir
En realidad la ilusion,
Ó desgarras el crespon
Que te oculta el porvenir?

¿Es que, amando sin cesar,
Y una hechicera muger
Viendo á tu lado pasar,
Quieres tu cárcel romper
Y tras su huella volar?

¿Acaso en audaz anhelo,
Como rey de la creacion,
Sueñas remontarte al cielo,
Y estás ensayando el vuelo
En esa angosta prision?

¿Ó tu agitacion violenta
Probar al humano intenta
Que es falaz su bienandanza,
Que la vida es la tormenta,
Y el sepulcro la bonanza?

¿Ó, cansado de existir
Bajo el peso del dolor,
Del pecho anhelas salir
Para alentar y reir
En otro mundo mejor?

Corazon, enfermo estás,
Y pronto exámine, inerte,
De latir ¡ay! cesarás,
Y helado polvo serás
En la mansion de la muerte.

EN LA RESTAURACION

DEL ANTIGUO SANTUARIO DE NTRA. SRA. DE REGLA,

debida à los Sermos. Infantes de España,

DUQUES DE MONTPENSIER.

Si de infanda ambicion al bronco trueno,
Asilos del saber, del arte flores,
Volcó mano vandálica en el cieno;
Si con sangre inocente alimentadas,
Furias mil, entre escándalos y horrores,
Derribaron las bóvedas sagradas;
A reparar estragos y rüinas,
Como augusta, benéfica matrona,
Propicia acude la PIEDAD CRISTIANA;
Y espléndida y ufana,
Al dulce aplauso del celeste coro,
Tendiendo el rico manto,

Por los aires agita el cetro de oro,
Y al cielo encumbra de alabanza el canto.

No solo palmas de Mavorte honrosas
Y nítidos laureles de Minerva
Decoran tu blason, patria querida;
Que, en mengua del averno,
Inmarcesibles rosas
De la virtud el ángel te reserva.
¿Quién, sino tú, impelida
De la Fé por el brazo poderoso,
La rueda sugetó de la fortuna,
Y, entre el fragor de lid embravecida,
Ante la cruz rindió la media luna!
¿Quién, como tú, bañada en fuego santo,
A la imperiosa voz del gran Felipe,
Alzar pudiera el templo suntüoso,
Padron insigne de inmortal victoria,
Tumba de reyes, del viajero encanto?
¿Quién, más que tú...! Mi pecho se enagena
Al recordar tus claros timbres! ¡Gloria,
Gloria al sumo hacedor!» tu labio suena:
¡Gloria! repite el viento,
¡Gloria! retumba en llano y en montaña,
¡Gloria! devuelve el ancho firmamento.
¡Independencia y Dios: esta es España!

Del sueño la ambrosía,
Entre las sombras de apacible noche,

Luisa apuraba en lecho damasquino,
Cuando súbito un eco peregrino
El silencio y reposo regalado
En su soberbia estancia interrumpia.
Azorada despierta, y ve á su lado,
Vertiendo aromas, destellando albores,
Alma deidad de encantos vencedores,
Que exclama enardecida:
«Salud, esclarecida
Princesa, orgullo de la Corte hispana,
Y de bondad prodigio y hermosura,
Yo soy la Religion! Crezca tu celo;
Que nuevos triunfos conquistar ansio;
Y ayudando mi vuelo,
Difunde hasta Madrid el ruego mio.
Con asombro contempla y amargura
Del atlántico mar en la ribera
Las ruinas del famoso santüario,
Que en mejor tiempo fuera
Al cenobita albergue solitario,
Al navegante fúlgida lumbrera.
¡Oh ignominia! De yerba ponzoñosa
Su ya tajado muro está cubierto,
Y tiembla, desplomarse amenazando,
La cúpula sombrosa.
Por el claustro desierto,
Turba espantable de reptiles vaga;
Y de siniestras aves al graznido
Mézclase allí el gemido

8

De espectros horrorosos, que girando
Entre escombros, lamentan suerte aciaga.
¿Do el mármol escogido
Del pavimento? ¿Donde los altares,
Ornados de preciada argentería?
¿Do la blanda armonía
Del órgano y los místicos cantares?
Y ¿do se oculta el simulacro augusto
De la vírgen gloriosa,
En tantas aflicciones invocada?
¡Oh INFANTA enaltecida y poderosa!
Honra á la inmaculada
MADRE del VERBO; y sea
Tu perenne enseñanza su alto ejemplo,
Y tu constante idea
Con rica pompa restaurar su templo.»

Dijo. Mas ¿quién tu pasmo
Logrará describir, egrégia LUISA?
¿Quién, tu espansion intensa,
La llama de tu vívido entusiasmo,
Tu sublime ademan, tu dicha inmensa?
De gozo tiernas lágrimas vertiendo,
Los brazos tiendes á la imágen pura,
Que reclama tu auxilio soberano.
¡Hora feliz! En vano
Tu labio purpurino
Prueba á exhalar palabras de dulzura;
Que el placer las ataja en su camino.

En éxtasis sabroso,
Al fin respondes: «Cumpliré tu anhelo,
Acompañada de mi ILUSTRE ESPOSO,
RELIGION sacrosanta! En mi confia:
Antes los astros faltarán al cielo,
Que á mí el amor á la sin par MARÍA!»

PRINCESA angelical! Tu blando acento,
Extendido á la arena gaditana,
Del manso Lete retumbó en la orilla;
Y con vivo ardimiento
Innúmero gentío
Por tributar se afana
Pingües ofrendas en tropel sonoro.
Cundió la nueva en la inmortal Sevilla,
Y el que ciñe la mitra de ISIDORO,
De almo júbilo henchido,
Dones rinde con mano bienhechora:
Munífica tambien tu EXCELSA HERMANA,
De paz y dicha aurora,
Los brinda desde el solio esclarecido;
Y en tanto que divulgan tus mercedes
Y rasgos de virtud encantadores,
A uno y otro hemisferio,
Los alígeros ecos sonorosos;
Tú, paloma entre espinos punzadores,
Del sacro monasterio
Los áridos escombros visitando,
Ya meditas, ya ordenas,

Al báratro espantoso revelando,
Que circula en tus venas
La régia sangre del TERCER FERNANDO.

No importa que de Albion la playa fria
Te mire disipar su niebla oscura,
Ni que Italia contemple lindas flores
De tus huellas brotar en sus vergeles.
¿Qué ausencia entibiaria
De tu PIEDAD sublime los ardores?
Ni tardarás; que con aplausos fieles
La hercúlea Gádes te saluda, izando
En alta almena el pabellon ibero;
Y pronto del LUCERO
Divisarás las empinadas torres,
Que tu venida anuncian resonando.
Ya, por calles y plazas extendida,
Alegre muchedumbre
Con *vivas* puebla la region del viento;
Y de tus ojos ya la hermosa lumbre,
De admirarte sediento,
Bebe un pueblo gozoso, que te honora,
Y tu sonrisa maternal adora.

¡Salve, hechicera INFANTA! ¡Cual tu pecho
De entusiasmo palpita! ¡Como anhelas
Llegue el feliz instante
En que REGLA, cogiendo bendiciones,
A su antigua mansion vuelva triunfante!

¡Con cuanto afan por su ornamento velas!
¡Que gratas emociones
Acarician tu espíritu inflamado!
¿Será que adverso el hado
Oponga á tus designios fuerte valla?
¿Osará intriga artera,
Que en tu presencia confundida calla,
Tu ansia extinguir, mudar tu pensamiento?
No; que del nuevo sol á los fulgores
Vítor universal hiende la esfera,
Y ráfagas despide de contento,
Tu rostro encantador que siembra amores.
¿Adonde ¡oh Dios! de sedas ostentosas
Tu fantástico talle revestido,
Tu albo seno de joyas primorosas,
Con noble magestad la planta guias?
¿Adonde alborozada,
Del estallante látigo al chasquido
Que irrita los gallardos palafrenes,
Partes veloz en pompa desusada?
Ya lo adivino, sí! Tú sonreias....
¡Alégrate, Sion, y orla tus sienes!

Del templo restaurado los umbrales,
Pisas, excelsa Infanta,
Al vibrar de los cóncavos metales,
De regalada orquesta á la armonía.
Alzóse á tu piadoso
Esfuerzo el ara santa,

Que en polvo convirtió Luzbel impío;
Y á la faz del concurso numeroso,
Que de la Fé bañado en el rocío
Tiernos votos suspira,
Tu nombre á las estrellas se levanta.
Ven á mis manos, olvidada lira,
Y á par del nácar de su tersa frente,
La esbeltez de su mórbida cintura,
Y el lampo de sus ojos esplendente,
Celebra la virtud, que luce pura
En su beldad divina,
Como en gentil vestal áurea guirnalda,
Fúlgido esmalte en concha peregrina,
Vivaz centella en límpida esmeralda.

Y tú, Madre amorosa del Cordero,
Del pensil celestial gaya azucena,
En quien Iberia su esperanza funda;
Acepta afable mi loor sincero,
Y en raudales de gracia salvadora
Mi corazon inunda.
Rompiendo del pecado la cadena,
Acudirá á tus piés noches y dias;
Y cantar tus grandezas anhelando,
Que el serafin adora,
El cinor te demanda de Isaías.
De tus favores el maná derrama,
Benéfica Señora,
En la grey fervorosa que te aclama;

Y baña en el aroma de tu aliento,
De tu mirada en los augustos rayos,
La patria de los Cides y Pelayos:
Que la nacion hispana
En honrarte se goza y defenderte,
Y hasta sufrir la muerte,
Arbolará tu enseña soberana.

1852.

A UNA FLOR.

Apuesta en el tallo, oh flor,
Ora adormida, ya inquieta,
Con tu aroma y tu color
Brindabas tipo al pintor,
Inspiracion al poeta.

Lozana, fresca y naciente,
En tu cáliz resbalaba
El céfiro blandamente;
Y al murmurio de la fuente,
El ruiseñor te ensalzaba.

La primavera riendo
Brotar ufana te via,
Y orgullosa ibas creciendo,
Al par que á tus piés bullendo
Limpio arroyuelo corria.

Verde y hojoso atavío,
Como gallarda matrona,
Mostrabas, y pompa y brio,
Y con perlas del rocío
Preciada y gentil corona.

Y al tender la aurora bella
Su manto de luz y grana,
Que alfombra del sol la huella,
Te cambiaba en la mañana
Por cada perla una estrella.

Y de fragancia y beldad
Rica, y de brillo y colores,
Te alzabas con magestad,
Henchida de vanidad;
Como reina de las flores.

Mas, al cruzar el jardin
Do te elevabas frondosa
Entre el clavel y el jazmin,
De ti se prendó una hermosa,
Trasunto de un serafin.

Complaciendo sus antojos,
Con sus manos te arrancó,
Y al punto á sus labios rojos,
Como á templar tus enojos,
Grata sonrisa asomó.

Tú, que truncada te viste,
De palidez te cubriste,
Y con mudo sentimiento
En tus hojas te escondiste,
Culpando su atrevimiento.

Se ajaba ya tu belleza,
Tu rico aroma perdias,
Y doblabas la cabeza
Consumida de tristeza,
Revelando que morias.

Pronto, empero, avergonzada
De tu loca ceguedad,
Te sentiste reanimada
Al fulgor de su mirada,
Nuncio de felicidad.

Y pronto, á cobrar volviendo
Tu gentileza y frescura,
Y con esencia aún más pura,
Y aún más linda apareciendo,
Adoraste su hermosura.

Que si en tu verde mansion
Un sol con rayos de oro
Te prestaba animacion,
Doble es aquí tu tesoro;
Pues soles sus ojos son.

Si bajo un cielo brillante
Creciste, y el arroyuelo
Te retrataba incesante,
En su frente hallas un cielo
Y un espejo en su semblante.

Si allí el ruiseñor solia
Dar en tu alabanza al viento
Trinos de paz y alegría,
Aquí te ensalza su acento,
Raudal de leda armonía.

Si el céfiro adulador
Te halagaba, propagando
En torno tu rico olor,
Aquí, difundiendo amor,
De su aliento el soplo blando.

Y si envidiaban tu suerte
Las flores todas, aquí
Todos se truecan por tí;
Que en los brazos de esa hurí
Será hasta dulce la muerte.

Que es una silfa de amores,
De las que orgullosa cria,
Bajo un cielo de colores
Y un sol de vivos fulgores,
La sin par Andalucía.

Pura beldad seductora,
Que mas gracias atesora
Y mas pesares destierra,
Que el mar corales encierra,
Que rayos lanza la aurora.

¡Oh linda flor bienhadada!
Tú, en regalado sosiego
Bañándote en su mirada,
Y recogiendo encantada
De sus suspiros el fuego;

Marchita, al fin, quedarás,
Porque morir es preciso;
Pero no lo temerás;
Pues en su seno hallarás,
Como tumba, un Paraiso.

EN LAS BODAS

de la

SRTA. D.ª EUGENIA DE GUZMAN Y PORTOCARRERO,

CONDESA DE TEBA,

CON EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES.

Habló el destino, ensangrentado Sena, (2)
Y acallando el fragor de los cañones
Que tus olas de espanto estremecia,
Esclareció tu nebuloso cielo;
Y con brazo potente,
Cercado de tus ínclitos varones,
En el averno despeñó al vil monstruo
De la discordia impía.
Rasgóse al punto el funerario velo
Con que la asolacion tu faz cubria;
Y en tu serena frente,
Que de perlas y flores se engalana,
Iris de paz fulgura;
Y de tu dicha á fecundar la fuente,

La cumbre del adusto Pirineo,
Traspone esbelta, angelical y ufana,
La diosa de la ibérica hermosura,
Suspendida en las alas de Himeneo.

Eugenia, sí! De fimbrias ostentosas
Lutecia decorada,
Las antorchas nupciales,
Al eco de clarines y atambores,
Y de salvas marciales
Al trueno aclamador, y de armoniosas
Orquestas al concento,
Agita por entre arcos triunfadores,
Y el pendon nacional tremola al viento.
¡Plaza al Emperador! ¡Salve, Señora!
Tú, en magestad bañada,
Y en el rico perfume que atesora
La virtud, y con mas gracias y hechizos
Que rosas y claveles
De abril prodiga la fecunda mano,—
En carroza dorada,
Al aire sueltos los donosos rizos
Y de tu ilustre madre acompañada,
Te asientas; y al rumor de *vivas* fieles
Que el firmamento llena,
Arrancan relinchando los corceles,
Y hasta el Olimpo «¡Bendicion!» resuena.

Partes veloz; y un pueblo jubiloso,

Que tu beldad festeja y tus amores,
Corre y te sigue al templo suntüoso;
Y arrojan de los altos miradores
Las opulentas damas,
Envidiando tu rostro peregrino,
Olorosas guirnaldas al camino,
De fuertes adalides coronado.
Llegad, AMANTES; y el PASTOR SAGRADO
Bendiga en el altar vuestra fé pura:
Bendígala ante inmenso
Concurso que os ensalza, y su ventura
Logra en la vuestra. En tanto,
Entre nubes de incienso,
Del órgano retumba la armonía
En la soberbia cúpula, y raudales
Vierte de clara luz el muro santo.
Con redoblados sones de alegría
Los címbalos responden á la nueva
Aclamacion, que lanza atronadora
Muchedumbre en el pórtico anchuroso;
Y tú, palma elegante que se eleva
Junto á gallardo cedro vigoroso,
EUGENIA seductora,
Con gentil señorío,
De esplendor y grandeza circundada,
Penetras del ETERNO en la morada,
Que vuela á henchir el ávido gentío.

Allí de tu hermosura los encantos

Respeto inspiran mudo
Y grata admiracion; y á par que sella
El VENERABLE UNGIDO
Con la marca de DIOS el dulce nudo,
Hendiendo la alta bóveda aparece
El HÉROE DE TARIFA esclarecido;
Y ostentando sus timbres inmortales,
Con tu gloria y tu dicha se engrandece.
Y tiemblan las columnas colosales,
Y, abriéndose la cóncava techumbre,
En monte de trofeos centellea
La formidable sombra gigantea
Del que del orbe fulminó en la cumbre,
Y con sus triunfos abrumó á la Fama,
Del gran NAPOLEON, que ufano exclama:
«Yo, enaltecida esposa,
En vez de flores, á tus plantas rindo
Mi espada victoriosa:
Mientras Francia, á quien brindo
Los laureles que brotan en mi tumba,
El régio manto de tus hombros prende,
Ciñe á tu frente la imperial corona,
Y, símbolo de union, tu nombre extiende
Del tibio ocaso á la inflamada zona.»

Dijo; y al resonar su voz pujante,
Rival del fragoroso
Trueno, el carmin de tu mejilla tersa
Palideció un instante;

Y absorta y adorada,
La vuelta emprendes con tu EXCELSO ESPOSO,
De ilustre comitiva
Y multitud hirviente rodeada.
Suena otra vez multiplicado el *viva;*
Y ¿quién, al verte, no se baña en llanto
De placer? ¿Quién no augura
Un siglo de ventura?
Al trono del insigne CLODOVEO,
De inmenso amor en alas
Te sublimas colmando tu deseo;
Y el austero deber será tu guia,
Tu corazon, altar de la clemencia,
Y las que vistes esplendentes galas,
De la orfandad escudo y la inocencia.
Desprendiendo tus labios la ambrosía
De grata compasion, tu nívea mano
El cáliz alargando del consuelo
Al mísero indígente,
Y en caridad ferviente
Arrebatada, y religioso celo,
Que las hidras satánicas abate,—
Proclámente el mendigo y el magnate,
De polo á polo, celestial modelo.

Seráslo; que tu pecho se enagena
De la sacra virtud al soplo blando;
Y alentarás serena,
Palmas y flores venturosa hollando.

¡Cuantas, y qué delicias
Apuras en el tálamo opulento,
Por las Gracias mullido!
¡Cuantas, y qué caricias
Absorben tu inflamado pensamiento,
En los pensiles célicos perdido!
¡Ojalá, repetirse en prole cara
Tus hechizos y rasgos bienhechores,
Alborozada veas,
Y Luis Napoleon su grande ingenio
Y su gloria preclara;
Y aun más dichosa y bendecida seas!
¡Que no tuviera yo para pintarte
Del tierno Nemoroso los colores
Y el pincel delicado de Batilo!
¡Que mi natal asilo,
De la suerte enemiga los rigores
Abandonar me impidan, celebrarte
De la imperial Lutecia en los jardines!
¿Por qué me vedan, tu sonrisa pura,
La nieve y el carmin de tu semblante,
El astro rutilante
Contemplar de tu angélica hermosura,
Que irradió en fausto dia
De Bétis en la plácida ribera?
¡Dulce recuerdo de mi edad primera!

Acaso entonces, aplaudiendo absorto
Las perfecciones que debiste al cielo,

Centellas de mi ardiente fantasía
Desgarraban el velo
Del porvenir, y en mi interior decia:
«No la rondéis los que vivís amando;
Que en breve excelso PRINCIPE triunfante
A sus piés rendirá corona y alma.»
¡Vaticinio veraz! Héme cantando,
Egrégia EMPERATRIZ, en voz sonante
La alteza de tu espléndida fortuna.
Mas nunca el labio mio,
Nunca mi noble corazon y mente,
El rico olan de tu dorada cuna,
Ni el brillo seductor de la diadema
Que hoy decora tu sien alabastrina,
Bastaron á inflamar: libre mi númen
Jamas de adulacion incienso quema
Del poder en el ara diamantina.
DIOS y mi patria inspiran mis canciones!
DIOS, que infunde en mi espíritu su aliento
Encumbrándome á incógnitas regiones:
Mi patria, que en los fastos de la historia
Enlaza á los prodigios del talento
Las palmas inmortales de la gloria.

Ilustre Iberia, si robusta lanza
Marte invicto negó á mi débil brazo,
Guardo una lira y estro vigoroso,
Que á los orbes difunden tu alabanza.
Laurel esplendoroso

Añade á tu blason, EUGENIA augusta;
Garza gentil nacida en tu regazo,
Delicia y honra de tu alegre suelo,
Que aprisiona el amor con áureo lazo,
Y al cenit sube en arrogante vuelo.
¡Quién me diera de orgullo y regocijo
Espresar tus profundas emociones,
Cuando contemplas que en extraña orilla
Arranca bendiciones
La gallarda azucena,
Que no pudo brotar en otra arena
Que en los campos amenos de Castilla!
Aun te admiran ¡oh patria! las naciones,
Y buscan en tu plácido recinto,
De lealtad y heroismo Capitolio,
Vírgenes que elevar al régio solio,
Dignas del corazon de un CÁRLOS QUINTO.

1853.

A

D. FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA,

Capellan de la Real de S. Fernando
y Catedràtico de la Universidad literaria de Sevilla.

Apenas vibras el laud sonoro, (3)
De Apolo don, de Bétis ornamento,
Descienden ledas del augusto asiento
Las divas Musas en gallardo coro.

De aromas y de luz rico tesoro
Esparcen en tu honor al vago viento,
Y ostentan á tu claro pensamiento
De la gloria inmortal la cumbre de oro.

«Allí, murmuran, ceñirás ufano,
Vate insigne, corona refulgente,
Dando al híspalo Eden nuevo renombre:

Mientras corre del Pindo castellano
De tu estro audaz el férvido torrente,
Que hasta el Olimpo llevará tu nombre.»

SERENATA.

La luna brilla en el cielo,
Como vírgen misteriosa
Envuelta en cándido velo,
Y lumbre derrama al suelo
Argentada y deliciosa.

Y en tumba inmensa trocado,
El mundo gira callado
En brazos del dulce sueño,
Que vierte al pecho ulcerado
Benigno y grato beleño.

Duerme la creacion entera,
Ménos yo, que triste adoro:
Ménos yo, niña hechicera,
Que te ofrezco en viva hoguera
De amor sublime un tesoro.

Yo, con sentidos cantares,
Vengo á interrumpir tu calma,
A decirte mis pesares,
A colgar en tus altares
De mi entusiasmo la palma.

Yo vengo, Eliodora bella,
A inflamar tu corazon
Con mi ferviente querella;
Que solo amor es la estrella
Del cielo de la ilusion.

A mi simpático acento
El blando lecho abandona,
Y en aras del sentimiento
Rinde á mi noble ardimiento
La suspirada corona.

Ama, que amor es la vida;
Pues la vida sin amor
Es mustia planta escondida,
Por el cierzo combatida
En el yermo del dolor.

Ama, y las dichas mayores
Arrobarán tu hermosura;
Que á un soplo de los amores
Poblóse el suelo de flores
Y de lumbreras la altura.

Ama, Elíodora, sí, ama;
Porque amor es el placer
Del universo, la llama
Que la vil materia inflama,
El alma de todo ser;

Porque amor es el aliento
De AQUEL que ostenta INCREADO
Altas nubes por asiento,
Por alfombra el sol dorado,
Por palacio el firmamento.

Sál, pues, risueña y ufana
A tu arabesca ventana,
Y con orlas de colores
Mi dulce lira engalana,
Que humilla á los ruiseñores.

Sál esbelta y peregrina
A premiar mi fiel ternura;
Que una gracia que alucina
Y una beldad que fascina
Quiso otorgarte natura.

Sál como espléndida maga,
Y consuela al trovador:
Tú, la fresca y linda flor,
Yo, el céfiro que la halaga
Por beber su rico olor.

Sál, y mi pasion ardiente
Acoge con ansia estrema:
Mientras contemplo en tu frente
De la virtud la diadema,
De mi ventura el oriente.

Sál pronto; que unirme anhelo
A ti con eternos lazos;
Pues, para escalar el cielo,
No necesito mas vuelo
Que reclinarme en tus brazos.

No tardes, bella Eliodora;
Que gimo al pié de tu reja:
Sál; que mi pecho te adora:
Sál, y responde á mi queja
Antes que brille la aurora.

Á CRISTOBAL COLON,

EN SU PRIMERA EXPEDICION AL NUEVO MUNDO.

(A D. Eduardo Asquerino.)

Dáme, dáme tu aliento soberano,
Y en tu ribera cantaré orgulloso,
Magnífico Oceáno,
Al que domar osó tus bravas ondas,
Impávido coloso,
Astro inmortal de esfuerzo y de fortuna,
Descubridor del hemisferio indiano,
Que en su mente brotó desde la cuna.

Colon!... Mi labio, al invocar tu nombre,
Que el áureo templo de la gloria llena,
Execra, suspirando lastimero,
La ignorancia del hombre.
Tú, de ciencia y valor númen sublime,
Tú, grande más que el orbe que ofrecias,
Tú, de Jehová inspirado mensagero,
Del ludibrio arrastrando la cadena,

Buscas ¡ay! desvalido, gemebundo
En nebulosos dias,
Digno monarca á tu opulento mundo.

Nunca, mezquina humanidad, comprendes
Del genio la mision fecunda y alta;
Ni á su afan cedes, ni su ardor te exhalta,
Ni á sus raptos miríficos atiendes.
Volved la vista, pueblos y naciones,
Al errante LIGUR! Soledad, calma
Y silencio rodean
Del ancho Ponto al rey esclarecido.
La carta y el compas son sus blasones:
El aliento de DIOS bulle en su alma;
Y en cálculos perdido,
Exclama de repente
Lanzando una mirada al occidente:

«Allí diviso, allí, region inmensa,
Pura, lozana, fértil, deliciosa,
De palmeras y plátanos sembrada,
Y pródiga en mineros y colores.
Allí... Vírgen hermosa,
Que al murmurio de brisa embalsamada,
De alegres aves al trinar sonoro,
Como Vénus, se alzó de las espumas;
Y rebosando juventud y amores,
Vela en su ardiente seno
Inagotable, espléndido tesoro.

Las sienes cubre de ostentosas plumas,
Preciadas perlas del cabello prende,
Y del talle gentil piel peregrina:
La planta fija sobre montes de oro,
Y dominando al mar, que la defiende,
Al sol, que la enamora, se avecina.
Los negros ojos tiende
Por claros rios de bruñida plata:
Mientras su agreste magestad saluda,
Hirviendo en remolino impetüoso,
Terrible catarata.
Desnudo eleva el brazo vigoroso,
Y agita, en vez de cetro, flecha ruda:
En rocas de coral su trono asienta;
Y de triunfos sedienta,
Y abandonada á frívolos afanes
En ignorancia oscura,
Asordando el fragor de cien volcanes,
¡Independencia y libertad! murmura.

No dudéis... Al grosero
Error y á las borrascas desafio:
Con ambos juntos combatir espero:
Para de ambos triunfar, basta mi brio.
Mas ¿cuando, quien escuche mi suprema,
Mi profética voz, hallaré? ¿Donde
Benigna, presta mano,
Que á vindicar me ayude la diadema,
Que usurpa á mi talento el Oceáno?

¡Iluso! ¡Loco! El universo miente!
¿De mi inspirada mente
La llama celestial insulta ciego?
¿Medito en balde ¡oh Dios! y en balde ruego?
¡Jamas! Presiento y juro
Que en breve los linderos de la tierra
Ensanchar lograré! La amarga copa
De miseria y baldon que insomne apuro,
Pronto en pedazos saltará, y velera
Navecilla ligera
Conducirá mi espíritu gigante.
Yo, en su gallarda popa,
Atrevido piloto,
La espalda hendiendo al espumoso Atlante,
Haré que esclavo mi grandeza admire;
Y en la atónita frente de la Europa,
Desde las cumbres del confin ignoto,
El timon clavaré!—Llegue y espire!»

Cual de lóbrego nido,
Al estallar horrísona tormenta,
Águila poderosa, desdeñando
De grajos insolentes el graznido,
De espacio y luz hambrienta,
Rápida al éter sube
Las intrépidas alas agitando:
Rasga la densa nube,
En el ígneo relámpago se enciende,
Y ya contrasta al aquilon, ya al monte

Fatigada desciende;
Y á volar torna hasta que mudo el trueno,
Diáfano el horizonte,
Bebe junto al cenit la lumbre roja
Del astro rey, que en el azul sereno
Rutilante descuella y fuego arroja:
Así los patrios lares
Huye COLON ardiendo en entusiasmo;
Y de gárrula turba cortesana
Despreciando el estúpido sarcasmo,
Insiste, pugna, vaga, afronta azares
Hasta que al noble impulso
De alma sublime, de la suya hermana,
Lánzase audaz á los inmensos mares.

Que no fué vano tu clamor! Si ingrata
El hombro esquiva á tu arrogante empeño
Liguria, que arrulló tu primer sueño;
Si entre las nieblas de Albion adusta
Hallas del desengaño los abrojos,
Y Lusitania injusta
A tu oferta leal devuelve enojos;
La nacion de Pelayo armipotente,
Con entusiasta fé y alarde ufano,
Te abrè su pecho, de heroismo fuente,
Y sublima tu genio soberano.
España, España sola,
Temida como el piélago sañudo,
El vuelo osado emprenderá contigo

Un destello robando á tu aureola:
Que solo á España, del saber escudo,
Es dado como á un dios enaltecerte;
Y solo á ti, PERÍNCLITO MENDIGO,
Esclarecer los timbres de su gloria
Con la antorcha del *nunca oculto* Febo,
Amarrar á su carro de victoria,
Imitando al CREADOR, un mundo nuevo.

RÁBIDA insigne! Su recinto apenas
Mísero pisas, de sufrir cansado,
Y cual radiante aparicion divina,
Calma tus hondas penas
Y acoge tu grandioso pensamiento,
Venerable prelado,
Eminente en virtud, claro en doctrina.
Su voz te infunde aliento,
Que tu ser vivifica y tu esperanza;
Y á doblar te apresuras la rodilla
Ante la egrégia, liberal matrona,
Que esmalta el áureo cetro de Castilla.
Acudes á ISABEL, que, al escucharte,
Conmovida te dice y placentera:
«Suelta al viento la lona
Si te bastan mis joyas: parte, parte!
Del mar arranca al proceloso abismo
La que me ofreces imperial corona;
Y tremola en la incógnita ribera,
Antes que mi bandera,

El lábaro inmortal del CRISTIANISMO.»
¡Maravilloso rasgo! ¡Heróico ejemplo!
Reina de bendicion, á tu memoria
Bronces consagra y mármoles la historia,
La ínclita Fama perdurable templo.

¿Oís? Ya el animoso
Acento de COLON de Palos suena
En el puerto escondido, superando
El eco de las músicas marciales,
El vítor del concurso numeroso.
¿Héroes buscas que el peligro amando,
Opongan la serena
Frente al embate de las ondas fiero?
Aquí todos lo son: todos leales
Seguirte anhelan en las raudas náos,
Que orna flotante el pabellon ibero.
Ya *cien* valientes las ocupan: truena
Herido el bronce en la espumosa orilla,
Y la ferrada quilla,
Entre aplausos y lúgubres clamores,
Rasga veloz la líquida llanura.
Tú enardecido, en tanto,
Del sacro monte en la vecina altura,
MARCHENA ilustre, difundiendo albores
De caridad, gozoso
La CRUZ elevas en deliquio santo:
La CRUZ, de redencion signo glorioso,
Que bendice devota

De hinojos apiñada muchedumbre.
Tal, en era remota,
Brotando el Sinaí vívida lumbre,
Al prosternado pueblo israelita
Mostró las tablas de la ley escrita,
El tonante Moises en la alta cumbre.

Débiles carabelas,
Desparecísteis! ¡Ah! ¿Sabéis acaso
Si el númen de las negras tempestades,
Que anegó y destrozó ricas ciudades,
Respetará vuestras humildes velas?
¿Sabéis....? ¡Oh desventura! Abrídle paso!
De centellantes hidras
Ceñido, se levanta
Del hondo averno, y con aleve planta
Abisma en sombras la diurnal lumbrera.
Duelo, exterminio augura
Ígnea lanza blandiendo,
A la creacion entera;
Y en ademan horrendo
Descoge la flamante vestidura,
De nubarrones cárdenos orlada.
El lívido relámpago su huella,
El mortífero rayo su mirada,
Su voz el largo trueno pavoroso,
Sus Furias destructoras
Las atlánticas ondas bullidoras,
Que al rudo soplo ensaña de su aliento,

Y en tropel espantoso
Escalan, rebramando, el firmamento.

Védlas, védlas alzarse embravecidas,
Luto nunciando y muerte,
De fieros huracanes impelidas.
Védlas... ¡Aciaga suerte!
¡Oh despecho! ¡Oh conflicto! ¡Desdichados!
¿No os bastaba arrostrar en frágil pino
De golfos ignorados
Duros escollos y ominosas sirtes,
Sin que en medio á sañudo torbellino
Con hórrido fragor densos nublados
Os cierren el camino?
¿Que hacéis? ¿Vuestros alardes
Se truecan en lamentos y congojas?
¿Do váis? Cual leves hojas
Aquí y allá... Mas no tembléis, cobardes!
Que el gran Colon os guia,
Y Dios al gran Colon! ¡Ay del villano
Que desmaye á su indómita osadia,
O execre su designio sobrehumano!
Por entre espeso remolino avanza,
«¡Fé, grita, y esperanza!»
Y el rumbo sigue, de temor ageno,
Con firme diestra y corazon sereno.

Sigue; y el crudo númen,
Asombrado tal vez de su heroismo,

Rugando el torvo ceño,
Cálase al fondo del oscuro abismo.
Y al punto en el risueño
Rosicler de la estrella matutina
El turquí de la esfera se arrebola.
Alegre la marina
Su constancia acrisola,
Saluda con estrépito al gigante:
A COLON, que arrogante,
Izando la gallarda banderola,
«*Compañeros allí...!*» súbito exclama;
«*Allí la tierra ved!*» y atruena el cielo;
Y en torno zumba del indiano suelo
De los nautas el ronco vocerío.
Quién lágrimas de júbilo derrama,
Canta aquel del ETERNO el poderío,
Este al insigne genoves aclama,
Que al humillado Atlántico profundo
Repite en orgulloso desvarío:
«¡Héme ante ti, descubridor de un mundo!»

¡Oh suspirada hora
De célica espansion y almo reposo,
Que lauros atesora
Para tus sienes, inmortal marino,
Para las vuestras, ínclitos varones,
Satélites del astro portentoso
Que os enlaza á su espléndido destino;
Y en perpetuo baldon de cien naciones,

Para las tuyas, reina esclarecida,
Magnánima Isabel, bendita seas!
¡Bendito el monge que albergó piadoso
Al que torna cargado de preseas,
Que rendirá á tus plantas reverente!
¿No ves ya en lontananza,
Cual matizado cisne, la turgente
Vela, guarnida en oro,
Presagio de opulencia y bienandanza?
¿No escuchas el sonoro,
Ledo rumor, que las salobres olas,
Difunden por las playas españolas?

Tejed coronas, vírgenes de Iberia,
El pincel aprestad, hijos de Apeles,
Herid, poetas, la templada lira;
Y en creciente alborozo,
Risueña juventud, alza trofeos,
Donde Colon hacine sus laureles.
Llega, supremo navegante, llega
De esplendor lleno y entusiasmo y gozo:
A la patria del Cid tiende los brazos;
Que en los suyos un trono te levanta,
Y esparciendo loores,
En torrentes de júbilo se anega,
En el sol de tu genio se abrillanta.
Do quier divisas arcos triunfadores,
Hallas do quier aplauso y regocijo;
Y en solaz lisongero

El premio alcanzas de tu afan prolijo,
De tu fecunda empresa prodigiosa:
A par que el leon ibero,
La melena agitando vedijosa,
En solemne rugido tremebundo
Asir anuncia en cada garra un mundo.

«Españoles, seguid, seguid mis huellas,
Y arrebatad á Marte la aureola
En las comarcas fértiles y bellas,
Que adivinó mi inteligencia sola.»
No tardarán; que su tajante espada
Al rayo emula en el feral combate;
Y el solio de la infanda idolatría,
Ante la CRUZ sagrada,
Caerá deshecho cual pavesa fria.
Ved como surcan bravos campeones
Las turbias ondas que violentas braman,
Y con ardor bizarro
Enaltecen los hésperos blasones.
Intrépido CORTES, fiero PIZARRO,
Falanges debelando numerosas,
Horrenda asolacion sin fin derraman.
«¡GUERRA Y VICTORIA!» claman
Entre humo denso que al salvage abruma,
Al trueno del cañon que al Inca aterra;
Y en cadenas convierten ominosas
Los cetros de Atahualpa y Motezuma,
Al grito heróico de «¡VICTORIA Y GUERRA!»

¡Eterna prez en bustos y cantares
Al valor alto y al saber profundo,
Al héroe de los héroes sin segundo,
Egrégio domador de ignotos mares!
¡Eterna pira de fragante incienso
En pedestal de inmarcesibles palmas
Al moderno profeta y nuevo apóstol,
Que de innúmeras almas
Es la vida y la luz: favor inmenso,
Debido á su magnánima proeza!
¡Eterna adoracion...! Gózate ufana
En tu renombre, España, y tu grandeza:
En tanto que en la arena americana,
De las ciencias bañado en la ambrosía,
El arbol crece de la FÉ CRISTIANA.
Gózate; y de la RÁBIDA en el muro,
Padron excelso de sin par valía,
La insigne hazaña el universo lea;
Y mientras bulla el piélago de Atlante,
Tu vasto imperio sea
Capitolio del célebre ALMIRANTE.

1855.

Á MARIA SANTÍSIMA DE REGLA,

CON MOTIVO DEL CÓLERA

Tesoro de bondad, sol de esperanza,
Augusta reina del empíreo santo,
Solaz del pecador, del orbe encanto,
Ríndote en oblacion tierna alabanza.

Héme de hinojos: á mi vista avanza
Nube letal, y á mares corre el llanto:
Cúbreme con las orlas de tu manto,
Ampárame cual puerto de bonanza.

¡Piedad, madre de amor! Tú, que gloriosa
De Satan humillaste la osadía,
Tierra y cielo aclamando tu heroismo.

Torna á mover la planta victoriosa,
Y al monstruo horrible de la peste impía
En los antros sepulta del abismo.

Á MAGDALENA.

En lóbrega soledad
Pulso, lleno de amargura,
El arpa de la amistad,
Que bendice tu bondad
Y celebra tu hermosura.

No por brindarte me afano
De flores guirnalda airosa;
Que, al enlazarlas mi mano,
Su olor perdiera la rosa,
Su esmalte el clavel lozano.

Lúgubres endechas son
La dádiva del poeta;
Pues llevo en el corazon
Del infortunio el arpon,
Del despecho la saeta.

Yo, en mis lágrimas de fuego,
Exhalando un ¡ay! doliente,
Desesperado me anego;
Y huye del alma el sosiego,
La inspiracion de la mente.

Tu no sabes, Magdalena,
No sabes lo que es sufrir
Una pena y otra pena,
Sin ver aurora serena
Que arrebole el porvenir.

¡Ah! No en tu rostro hechicero
Su huella estampe el dolor,
Ni ose empañar hado fiero
De tu mirada el fulgor,
De tu ventura el lucero.

Respira esbelta y galana,
Cercada de amantes mil,
Y triunfa en tu edad temprana
Bella como la mañana,
Alegre como el abril.

Tranquila alienta y donosa,
Ceñida de bienandanza,
Como vestal pudorosa,
Como la hurí deliciosa
Del Eden de la esperanza.

Cruza del Bétis la orilla,
Siendo de hermosas modelo,
Y entre hermosas maravilla;
Que ángeles tiene Sevilla
Para poblar otro cielo.

Mire yo que sin enojos
Cautivas mas corazones
Que rayos lanzan tus ojos,
Que aromas tus labios rojos,
Que tu semblante ilusiones.

Y de angustias siempre agena,
Ostenta en sabrosa calma
Lindo el rostro, leda el alma,
Y en tu frente de azucena
De las virtudes la palma.

Quede para mí el lamento
Y el cansancio abrumador;
Y surquen tu pensamiento,
Paz derramando y contento,
Dulces ensueños de amor.

El arroyo nacarado,
Que por la alfombra odorante
Resbala del verde prado,
Murmura tu nombre amado
Para que el aura lo cante.

El aura, que rumorosa
Hurta el ámbar á las flores,
Besándote cariñosa,
Te festeja como á diosa,
Y llama á los ruiseñores.

Los ruiseñores trinando
Abandonan los jardines,
Y tus gracias admirando,
Remedan tu acento blando,
Que envidian los serafines.

Los serafines.... ¡Oh, deja
Que para darte loor,
Reprima la triste queja,
Que hasta el sueño bienhechor
De mis párpados aleja!

No faltará quien sonria,
Y jubiloso y feliz,
Ensalzar quiera á porfía
De tu mejilla el matiz
Y de tu voz la armonía.

Dirá que á tus trenzas de oro
Tributo el sol ha rendido,
Que es cada hebra un tesoro,
Lazo que tiende Cupido
Para arrancar un «*te adoro.*»

Ponderará en digno verso
De tu mirada el poder,
Que hace hasta la nieve arder,
Y á retar al universo,
Lográra acaso vencer.

De tu cintura ideal
Describirá la elegancia,
Y tu boca angelical,
Donde el nácar y el coral
Despiden rica fragancia.

Tus ademanes gentiles
Cantará en arpa sonora,
Y el verdor de tus abriles,
Tus donaires juveniles,
Tu beldad encantadora.

¡Oh, cual será tu ardimiento,
Magdalena, y tu placer
Cuando proclame su acento
Que se adunan en tu ser
Virtud, belleza y talento!

Tú aceptarás sublimada
De su dulce pöesía
La diadema arrebolada,
Como una prenda sagrada
De homenage y simpatía.

Tú, en brazos de la ilusion,
Soñarás puros amores;
Y á su férvida cancion
Se abrirá tu corazon,
Como al céfiro las flores.

Entonces ¡ay! un recuerdo
Conságrame cariñoso,
Ya que triste y sin reposo
La bella esperanza pierdo
De ser amante dichoso.

Lágrimas de hiel derrama
El ardiente pecho mio.
¿A qué se agita y se inflama,
Si es la hermosura á quien ama
Estatua de mármol frio?

Una vez y otra abrasado
Y vendido.... Mas ¿por qué?
¡A mi espíritu cansado
Donde ¡oh Dios! le será dado
Cobrar la perdida fé!

Préstame grato consuelo,
Amiga; que aun cruda guerra
Me causa beldad de hielo:
Si amor no encuentro en la tierra,
Iré á buscarlo en el cielo.

A eterno, amargo desvío
Suerte fatal me condena;
Y publicando mi pena,
Corre de mi llanto el rio
Del desengaño en la arena.

Si es que alivias mis pesares,
De gratitud daré ejemplo;
Y con rosas y azahares
Decoraré tus altares
De la amistad en el templo.

Á LA MUERTE DE JESUS.

Espira ya del Gólgota en la cumbre
El que alzó el universo de la nada,
El que á Satan con sola una mirada
A lágrimas redujo y servidumbre.

¡Védle morir! La excelsa muchedumbre
De los ángeles gime consternada,
Y natura retiembla amedrentada,
Y horrorizado el sol vela su lumbre.

Mas si en leño afrentoso ¡oh Jesus mio!
Te enclavan, y sucumbes inocente,
Como en el ara cándido cordero,

Perdon demandas para el hombre impío,
Y de tu sangre en el raudal hirviente
La culpa lavas del Adan primero.

EN LA RESTAURACION

DE LA

CASA DONDE MURIÓ HERNAN CORTES,

debida á los Sermos. Infantes de España,

DUQUES DE MONTPENSIER.

Tú, cuna y templo de gigantes almas
Y de gloria y virtud raudal fecundo,
Ínclita Iberia, al pronunciar tu nombre,
En mi espíritu hierve sacro fuego
De inspiracion! El venturoso dia
Que el infantil bullicio desdeñando,
Volví anhelante los inquietos ojos
Al áureo libro de tu insigne historia,
Atónito la frente elevé al cielo,
Y el orbe murmuró: «¡Fé y heroismo!»

Venid, los que vibráis el dardo agudo
De torpe envidia ó de calumnia infame,
Venid á enumerar triunfos y lauros;
Que el limpio sol de la grandeza hispana

Luce de la verdad en la alta esfera,
Y son sus rayos inmortales hechos.
Ved entre el polvo de pasados siglos
Espantada á Cartago ante Sagunto,
A Roma estremecida ante Numancia:
Rotas ved y deshechas las legiones
Formidables de Agar en Covadonga
Y Clavijo y las Navas y el Salado:
Ved en pedazos de Boabdil el trono,
Y de la Alhambra en las soberbias torres
El cristiano pendon flotar al viento:
Ved.... ¡Oh patria querida! Absorto sigo
Tus indelebles y gloriosas huellas;
Y á la augusta Isabel contemplo ahora
Amparar el designio portentoso
Del gran Colon, que tras revueltos mares
Planta la Cruz en ignorado mundo.

Mas ¿qué triste rumor la calma turba
De la noche, y lastima el pecho mio?
¿Quién aparece súbito á mi vista,
Enlazando en su frente magestosa
De Tlascala y Tabasco los laureles
A las palmas de Otumba inmarcesibles?
¡Hernan Cortes! De la sombría huesa
Alzado, al resplandor de tibia luna
Los aires rasga, descendiendo adusto
A las rüinas del hogar modesto
Donde exhalára el postrimer suspiro.

«¡Oh ingratitud! ¡Oh mengua! Y ¿pudo España
De Motezuma al vencedor osado
Olvidar? ¿Con escándalo permite
Que el sucio polvo de mi hundido albergue
Deslustre su blason? ¿Ese el tributo
Que rinde á la memoria del caudillo,
Que tras combates cien y cien victorias,
Postró á sus piés el mejicano emporio?
¿Ese el digno homenage, el alto premio
A mi heróico valor? ¡Como á tus golpes,
Tiempo cruel, se desmorona y cae
El que habité feliz, último asilo!
Dobla, sí, dobla tu implacable saña;
Y estos que miro inútiles escombros,
A par que al orbe tu oprobioso triunfo,
De mi patria denuncien la ignominia.»
Dijo; y abandonando en fiera angustia
Sus derrüidos, solitarios lares,
El seno cruza del oscuro espacio
«¡Oh ingratitud! ¡Oh mengua!» repitiendo.

A tal querella el caudaloso Bétis
Alza la régia frente conmovido,
Y el nocturno silencio así interrumpe:
«Torna á la tumba en paz, ibero Marte;
Que pronto ilustre y bienhechora mano,
En honra y prez de tu inmortal renombre,
Coronará tu anhelo y mi esperanza.
Torna á la tumba, sí; que en el soberbio

Alcázar, que entre mágicos jardines
Se levanta en mi plácida ribera,
Resonará mi voz; y presurosos,
Los que en mullida pluma y olan rico,
Bajo las alas del süave sueño,
Tranquilos posan, Príncipes augustos,
A Castilleja correrán, ansiando
Del crudo tiempo reparar la injuria,
Y el abandono criminal de España.»
Calló; y hundiendo la cerviz enhiesta
En su ovosa caverna cristalina,
«¡Torna á la tumba en paz, ibero Marte!»
Murmuró ronco y agitó las ondas.

Venció á la noche la gentil mañana,
Que del oriente en las rosadas puertas
Luz y contento al orbe difundia;
Y aun remedaba sonoroso el eco
El acento solemne del gran rio.
Presto en vuestra morada suntüosa
Penetró, excelsos Príncipes, y al punto,
En generoso patriotismo ardiendo,
Os dirijís á la cercana villa,
Y acometéis muníficos la empresa.
¡Ah! No á mi labio vuestro afan constante
Y liberal ostentacion es dado
Dignamente loar: solo á la trompa
Robusta de la Fama pregonera
Honor tan alto concedió el destino.

Escuchádla y gozad! En breves dias
Al héroe levantáis un monumento,
Y otro en la historia á vuestro claro nombre.

Del ilustre Cortes la humilde casa
Cobra el perdido ser; y en ambos mundos,
Llevada por los vientos y los mares,
Vuestra alabanza, oh Príncipes, retumba.
Nacísteis para el bien! Si compasivos
La penuria aliviáis del indigente,
Y del dolor en el infausto lecho
De consuelo vertéis néctar copioso;
Si de esperanza desparcís aromas
En la mansion fatídica del crímen,
Y de la fé divina al rayo limpio
Templos alzáis que la impiedad hundiera;
Tambien, para mayor aplauso y honra,
De los patrios anales sois custodios;
Y de las ciencias fecundando el árbol,
Y de las artes protegiendo al númen,
Os mostráis de lo bello y lo sublime
Dignos patronos, genios tutelares.

Decorad, pues, vuestras augustas sienes
Con la hermosa y balsámica guirnalda,
Que arrebata al pensil del entusiasmo
La que mi canto inspira, noble musa.
Y tú, cuyos laureles y trofeos
De la inmortalidad los atrios llenan,

Patria querida, ofrenda memorable
A los egrégios PRÍNCIPES consagra,
Que los timbres restauran de tu gloria,
Y borran de tu frente la mancilla.
No olvides que son grandes las naciones
Cuando á sus grandes hijos rinden culto;
Y del polvo en que yaces abismada,
Elévate magnífica á la cumbre
De tu antiguo esplendor y poderío.
Sí, brilla y triunfa revelando al orbe
Que aun encierra tu pecho generoso
El atrevido aliento incontrastable,
Que al sarraceno destrozó en Lepanto.

1855.

PARA EL ÁLBUM DE MARIA TERESA.

I.

Teresa, para pintarte
No hallo pincel ni colores,
Ni lira para cantarte;
Mas te brindo, al contemplarte,
De mi entusiasmo las flores.

En tu ser lucen unidas
Las perfecciones que estan
En mil bellas esparcidas,
Inútil siendo su afan;
Pues quedan por ti vencidas.

¿Viste en el azul de oriente
El alba asomar naciente?
Pues codiciaba afanosa
De tus mejillas la rosa,
La azucena de tu frente.

¿Viste al monarca del dia
Que rayos despide rojos,
Y á torrentes alegría?
Pues á tus fúljidos ojos
Robó la lumbre que envia.

¿Viste, cual rey opulento,
Al clavel en el jardin?
Pues faltaba á su contento
La fragancia de tu aliento,
De tus labios el carmin.

¿Viste, llena de frescura,
La gentil palma del valle?
Pues ser en vano procura
Esbelta como tu talle,
Lozana cual tu hermosura.

¿Viste al jazmin descollar
Oloroso, alegre, ufano?
Pues pretendió al despuntar
La limpia albura igualar
Y la forma de tu mano.

¿Viste alzarse embravecido
Al Guadalquivir undoso?
Pues su furor espantoso
Nunca fuera tan temido
Cual tu desden rigoroso.

II.

Prodiga flores el abril galano:
Tú, de la vida al árido sendero,
De paz y amor guirnaldas á millares.
Ricas perlas oculta el Oceáno:
Tú de ilusiones límpido venero
En tu mórbido seno de azahares.

Estrellas ornan de la noche el manto:
Auroras de placer tu fantasía,
Palmas de discrecion tus níveas sienes;
Y arrobador, indefinible encanto
De tu acento derrama la armonía,
Y gracias siembras cosechando bienes.

Presurosos al mar corren los rios:
A ti los corazones. La orgullosa
Águila entre las aves se engrandece:
Entre las bellas tú. Los versos mios
Prenda son de amistad. Rie dichosa,
Y, al par que en años, en virtudes crece.

EN LA MUERTE DE MI HERMANO ANTONIO,

FALLECIDO DE CORTA EDAD.

Apenas, querido hermano,
Alegre cual la esperanza,
De la vida en los umbrales
Incierta posas la planta,
Cuando, tajante cuchilla
La muerte esgrimiendo airada,
En tu preciosa existencia
Terrible golpe descarga.
¡Ay de ti; que no bastaron
A templar su cruda saña
De tu boca la sonrisa,
De tu candor la fragancia;
Ni cuantos dulces hechizos
Y perfecciones gallardas
A tu cuerpo dió natura,
Adunó el cielo en tu alma!

¡Ay de mí; que ya en sepulcro
Tu cuna miro trocada,
Y para dolor eterno
Que por instantes se agrava,
En desaliento mi brio,
En tempestad mi bonanza,
En gemidos mis cantares,
Mis ilusiones en lágrimas!
Como pastor inocente,
Que la sed ávido sacia
De emponzoñado venero
En las cristalinas aguas;
Así yo, soñando ansioso
Desde el albor de la infancia
Libar regalado néctar,
Apuré cicuta amarga.
A padecer has nacido,
Corazon: suerte inhumana
Te persigue: tiembla y sufre,
Gime y llora tu desgracia.
La prenda que más querias,
El ángel que te encantaba,
Cual barquilla el Ponto fiero,
La voraz tumba se traga.
¿Do estás, hermano? Responde!
Yo soy quien tierno te llama,
Yo quien la vida te ofrece
Del sentimiento en las aras!

¿Por qué no me hundí contigo
En la eternidad callada,
Que mis doloridas quejas
Adusta y sorda rechaza?
¿Por qué la mitad no ocupo
De ese, en que yerto descansas,
Marmóreo lecho, adornado
De siemprevivas y acacias?
Con perlas mil el rocío
Las corona y engalana,
El viento las acaricia
Alzando tenue plegaria;
Y hasta los vecinos sauces,
Parece qne por guardarlas,
En lúgubre pompa tienden
Sus plumeros de esmeralda.
Angustiado las contemplo,
Cual de consuelo en demanda;
Riégolas con triste llanto,
En mis suspiros se bañan;
Y el tallo inclinan á veces
Y á veces se unen y enlazan,
En señal de infausto duelo,
Trémulas y desmayadas.
¡Ah! nunca atrevida mano
De la losa funeraria
Os arranque: el cierzo impío
Nunca os arrastre en sus alas;

Ni vuestro verdor modesto
Y humilde ornato combatan
Del verano los ardores,
Del invierno las escarchas.
Testigos sed de mi pena;
Y acompañen tus heladas
Cenizas, querido Antonio,
Mientras el sol lumbre esparza.
¿Que eres ya? Tronchado lirio,
Pavesa de antorcha clara,
Eco perdido en la noche....
Humanos, ved: polvo! nada!
Y ¿sin tus tiernos halagos,
Sin tus festivas palabras,
Sin tus juegos bulliciosos,
Sin tu presencia gallarda,
¿Para qué la vida quiero,
Si hallaré siempre erizada
La senda por do camine
De agudas, funestas zarzas?
Como fragante capullo
Que brota en leda mañana
Junto á cipres combatido
Que aves desdeñan y auras;
O cual naciente lucero
Que fúlgidos rayos lanza
Al lado de opaca luna,
De negras nubes cercada:

Como arroyuelo apacible,
Límpido espejo de plata,
Que de cenagoso rio
Corre en la orilla y se ufana;
O cual colorin parlero,
Encanto y gozo del alba,
Que anida con mustio cisne,
Presa de angustias amargas:
Así en dulce union estrecha
Existian nuestras almas:
La tuya ¡qué venturosa!
La mia ¡qué desdichada!
¡Cuantas veces en mis brazos
La cabeza reclinabas,
Candoroso sonriendo
A mis caricias y chanzas!
¡Cuantas, por besar tus rizos,
Rubor del oro de Arabia,
Tus manecillas inquietas
Con ternura aprisionaba!
¡Cuantas, risueños pisámos
La tersa, nativa playa,
Donde perseguir solias
La mariposa pintada,
O formar enhiestos grupos
De arena menuda y blanda,
Vuelo dando á tus antojos
Y á tus gustos brida larga!

¡Cuantas..! Mas ¿á qué insensato
Evoco memorias gratas,
Si abaten más que confortan,
Si asesinan más que halagan?

Entre el fulgor que despiden,
Entre el perfume que exhalan,
En sangre tinto descuella
Lúgubre, horrendo fantasma,

Que en mi redor lento gira
Pronunciando estas palabras:
«La muerte impera en el mundo!
Tu hermano ayer, tú mañana!»

Pronto será! Crudos males
Mi corazon despedazan,
Y sin consuelo el sepulcro
Abrirse miro á mis plantas.

Con sus efímeras pompas
Y sus vanos goces pasa,
Cual rápido meteoro,
La triste existencia humana.

Solo la virtud excelsa
De la edad y de la parca
A los embates resiste,
Y del infierno á la saña.

A los que en su amor se encienden,
Del inmundo vicio aparta,
Y entre aromas y arreboles
Galardon eterno guarda.

¡Oh mi idolatrado Antonio!
Tú, que al inmortal alcázar
De la célica milicia
Te remontas en la infancia;

Tú, que melodiosos himnos
Con los serafines cantas,
Mis tiernos votos acoge,
Y del POTENTE recaba

Que mi espíritu, al concierto
De las angélicas arpas,
Ante su espléndido trono
Repita contigo: «¡HOSSANNA!»

LA ORGÍA.

(A D. Eduardo Hidalgo y Verjano.)

I.

Rosas ofrece el jardin,
El sol vivos resplandores,
El mar corales sin fin;
Y entre luz, perlas y flores
Vino y amor el festin.

Al festin! Guiad mi camino
Con algazára furiosa.
¡Vibre rayos el destino
Al revuelto torbellino
De la orgía estrepitosa!

Venid, y de las estrellas
Burlarémos el rigor,
Al halago de las bellas,
Al choque de las botellas,
De los bríndis al rumor.

Venid, y en vértigo ardiente
Y fruicion no interrumpida,
Con la risa de un demente,
Sin porvenir ni presente
Veré resbalar la vida.

Y en hondo estupor cayendo,
De ansiedad libre y quebranto,
Iré sin sentir viviendo;
Pues el que vive sintiendo
En mar se anega de llanto.

Mísera existencia! Vana
Niebla que deshace el dia!
Gocémos! Suerte tirana!
Acaso el sol de mañana
Alumbre mi tumba fria!

Que importa! Vino me dad
Y deliciosos manjares:
Conmigo el vaso apurad,
Y entre sorbos y cantares
Las tristes horas pasad.

Agotémos del amor
Los inefables placeres:
Mi copa henchid de licor:
Llegad, hermosas mugeres,
Y bebámos sin temor.

Brindad conmigo, y gozosas
La esbeltez de la cintura
Ostentad voluptüosas,
Y del semblante las rosas,
Y del pié la donosura.

Lucid, lucid las divinas
Formas, de beldad tesoro;
Y con orlas peregrinas
De nardos y clavellinas
Danzad en gallardo coro.

Corred, corred á mi lado
En alegre confusion,
En desórden el tocado,
El cabello destrenzado,
Desceñido el cinturon.

Sonrian tus labios rojos
Sin fingir desdenes vanos:
Premien mis tiernos antojos
Con sus miradas tus ojos,
Con sus caricias tus manos.

Siéntate conmigo, Lola,
Un momento á reposar;
Y brille y me inflame al par
De la ilusion la aureola
En tu frente de azahar.

Siéntate, y los dos unidos,
Vuelo dando á la expansion,
Nos amarémos rendidos,
Embargados los sentidos,
Delirante la razon.

Ya en tu nacarado seno
Reclino la ardiente sien:
Zumbe el noto, ruja el trueno,
Yo, de temores ageno,
Me alzo contigo á un Eden.

Fragante mas que el abril,
Tu boca al amor provoca:
Bésame, Lola gentil:
Por un beso de tu boca
Sabré devolverte mil.

Estréchame sin cesar
Respondiendo á mis abrazos,
Y déjame así gozar;
Que en el mundo no he de hallar
Trono mejor que tus brazos.

Un volcan en mi cabeza
Siento estremecido arder.
¡Bien haya tu gentileza
Y tu gracia y tu belleza...!
¡Ay! espiro de placer!

II.

Triste de mí! Insensato! Aparta, aparta,
Impúdica muger: crispante hielo
Son tus caricias. ¡Execrado sea
De mi lúbrica sed el ardor ciego!
Aparta, aparta; que me dan enojos
Fastidio y asco tus comprados besos:
Signo de maldicion es tu sonrisa,
Tu mirada relámpago siniestro.
Estatua yerta que á halagarme tornas,
¿Qué pretendes de mí? Mentira el fuego
De tus ojos, mentira tu dulzura,
Y mentira tambien tu afan inquieto.
¡Oh vergüenza! ¡Oh furor! ¡Oh corrompido,
Abominable ser! Solo desprecio,
Solo ignominia encontrarás do quiera,
Y en verdes años el sepulcro abierto.
De mal agudo eclipsará la sombra
De tu existencia el fúlgido lucero,
O estampará vejez anticipada
En tu semblante su ominoso sello.
Lánguida, mustia, abyecta, inconsolable,
De la miseria arrastrarás el peso;
Y con las garras del dolor luchando,
Ni aun hallarás quien te depare un lecho.
Y espirarás al fin, sola, olvidada,
Como reptil inmundo en el desierto,
Sorda la humanidad á tus gemidos,

Y maldecida ¡oh mengua! de tus deudos.

Azucena vistosa sin fragancia,
Que en páramo erial combate el viento,
Arroyo cristalino que emponzoña
De alimañas feroces el veneno,
Autómata insensible que se agita
Al impulso mezquino del dinero,
Eres, Lola infeliz! ¿A quién rechazas!
¿A quién no cedes el gallardo cuerpo?
Si incitas con picante chiste al jóven,
Con lascivo ademan atraes al viejo;
Y por ambos pasion finges artera,
Y en tu red uno y otro quedan presos.
Achaques y fealdad en el segundo,
Robustez y apostura en el primero
Contemplas, y á los dos igual ofreces
Tu lindo rostro y tu nevado seno.
No me interrumpas, no: fuerza es que lance
Contra ti sin piedad el que en mi pecho
Brota de indignacion ígneo torrente,
Que el dique rompe y enfrenar no puedo.
Para ti la virtud es nombre vano,
Para ti farsa loca el sentimiento:
Tu ídolo el oro, tu labor el vicio,
Y la revuelta bacanal tu cielo.
Y ¿aun á mi lado permaneces? Huye,
Ramera vil! Para fatal recuerdo
Dejas al corazon árido hastío,

Y á la conciencia atroz remordimiento.

III.

—¡Ah! no viertas inclemente
Más hiel en mi pecho herido:
Muévate el ángel caido
A benigna compasion.
Y si place á tu deseo
Escuchar mi amarga historia,
Consérvala en tu memoria,
Y consuela mi afliccion.

Yo era dichosa, yo era
Como el primer sueño pura,
Limpia fuente que murmura
En delicioso jardin.
Rosa que el céfiro mece,
La fortuna me adulaba,
Y la sonrisa moraba
En mis labios de carmin.

El querub de la inocencia
Me cubria con sus alas,
Y con espléndidas galas
De la riqueza el poder.
Y obsequiada y aplaudida,
En el baile, en el paseo,

Alcanzaba por trofeo
Cuanto eleva á una muger.

Mi casto seno de aromas
La dulce esperanza henchia,
Brotaba en mi fantasía
El árbol de la ilusion.
Y en magníficos salones,
Envidia, celos, querellas
Logré inspirar á las bellas,
Y á los galanes pasion.

Flores y aves mi recreo,
Y la maternal caricia
El anhelo, la delicia
De mi alegre juventud.
Mas ¿á qué recuerdo ¡ay! gratas
Aquellas horas serenas,
De suave fragancia llenas,
Ricas de paz y virtud?

Cayó en la huesa mi madre,
Y huérfana y sola víme,
Y en inmenso amor sublime
Por un fementido ardí.
Dia fatal! Un malvado
Envenenó mi existencia,
Y mi reposo y mi herencia
Y mi decoro perdí.

Brindándome eterna dicha,
Me arrancó de mi morada,
Débil hoja arrebatada
Al soplo del huracan.
Embebida en su ternura,
Y en sus promesas creyendo,
Cedí, sus huellas siguiendo
Como el acero al iman.

Un año ¡ay! á su lado
Pasé en inquietud profunda,
Arrastrando la coyunda
De mi criminal amor.
Pronto desengaño impío
En llanto bañó mis ojos,
Y por sendero de abrojos
Tarde conocí mi error.

Perjuro, aleve, inhumano,
Me abandonó de repente,
Dejando en mi triste frente
De oprobio negra señal.
Y ¿donde encontrará abrigo
La tórtola solitaria,
Que el vuelo alzó temeraria
En deshecho temporal?

¿Quién los suspiros acoge
De la infeliz, que pedazos

Hizo su honor, y los lazos
De la familia rompió?
¿Quién alivia sus pesares?
¿Quién mitiga su penuria?
Para el sarcasmo y la injuria,
Para sufrir vivo yo.

Destino atroz me despeña
En lóbrego precipicio,
Donde culto ofrezco al vicio
Empañando mi beldad.
Tú tambien, como juguete
Que arroja el niño cansado,
Tú tambien me has humillado
Con mofadora impiedad.

Tú tambien.... mañana otro,
Y desesperada rio:
Pan de lágrimas el mio,
Funesto mi porvenir.
La sociedad me rechaza,
La Religion me condena;
Y entre la infamia y la pena,
Anhelo solo morir.

IV.

—¿Qué pronuncias? Y ¿no hay paz ni consuelo
Para tu herido corazon? Perdona,

Si indignado insulté tu horrible duelo.
¡Ay! del pudor hollaste la corona,
Y como al hondo mar veloz torrente,
Corriste delincuente
Del oprobio al abismo. ¡Desdichada!
Tú, cual débil barquilla
Que fiera tempestad rugiendo azota,
Luchas sin tregua, y tu vigor se agota;
Y puerto no encontrando de bonanza,
En la tumba divisas tu esperanza,
y joder hoy para llenar la panza.

Crédula y confiada amor sentiste,
Y á impulsos de volcánico delirio
De tu inocencia las virgíneas flores
En punzantes abrojos convertiste
De ignominia y martirio.
¿Do fueron los halagos seductores
De tu ardiente amador? Desamparada,
De vil prostitucion en los altares
En holocausto ofreces tu hermosura.
¡Oh, cuanto de amargura
Te reserva la suerte despiadada!
Ulcerado tu pecho
De aciago torcedor al crudo filo,
Nunca será de la ilusion morada,
Jamas del gozo y la ventura asilo.

Quejido lastimero
Tal vez se escapa á tu purpúreo labio,

Y con rostro apacible y placentero
Ante el mundo apareces,
Mientras en ansiedad y angustias creces.
¡Vida infeliz! ¿Qué esperas
De tu impudor y tráfico liviano?
En vano, Lola, en vano
Calma y dicha tu espíritu procura
Entre los brazos de ávido mancebo,
Que halla en tu faz claveles y azucenas,
Y en tus caricias delicioso cebo.
Inflámase; y apenas
De tus labios apura
La comprada ambrosía,
En vez de diosa, te contempla arpía.

¡Oh miserable condicion humana!
En la áurea copa del placer gozado
Brota el raudal acerbo del hastío
A emponzoñar el corazon cansado.
El afan en desvío,
En desmayo el vigor, en nieve el fuego
Truécase al punto; y del fugaz deleite
La hermosa llama deslumbrante y leda
Viene á helar triste lágrima importuna:
Lágrima infausta que asomó en la cuna,
Y en el yerto sepulcro aun viva queda.
¡Ay de ti, Lola, si á mi voz no atiendes!
Perla caida en lodazal oscuro,
Mariposa pintada

Que perdió el oro de sus alas puro,
Solo agradar pretendes;
Y doblegando la gentil cabeza,
Víctima al sacrificio preparada,
Fácil te rindes, y tus gracias vendes,
Esclava del que busca tu belleza,
y te mete en el cuerpo enorme pieza.

Esclava, sí; y esclava escarnecida
Del que por vil moneda tus favores
Goza, henchido de lúbricos ardores,
De lascivos placeres sitibundo.
Acaso, en tu fecundo
Seno infiltrando el gérmen de la vida,
La suya duplicó; y odiosa madre,
Mañana con espanto y cruda pena
Al malhadado fruto
Los ojos volverás. ¡Ay! ¿Quién su padre?
Feroz y sanguinaria no abandona
Sus cachorros la hiena;
Y ¿osarás tú, de sentimiento agena,
Arrojar de tu lado,
Como carga insufrible que baldona,
El ser de tus entrañas desprendido?
¿De harapos sucios crecerá cubierto,
Y á oscuridad eterna condenado,
Cual solitario arbusto en el desierto?
¿Espirará ignorado,
Hambriento, desvalido,
Como pichon naciente

Que del cierzo al furor cayó del nido,
Y entre sus olas arrastró el torrente?

¿Enmudeces? ¿Suspiras?
¿Lloras? ¿Pudo mi acento
Arrancarte esas lágrimas copiosas
De hondo arrepentimiento?
Disipados del vino los vapores,
Que tu razon turbaron y la mia,
¿Las agostadas rosas
Renacen á mi voz de tu esperanza,
Y templan con su aroma tus dolores?
Póstrate ante las aras de María,
Que es en la tempestad sol de bonanza,
Y su nombre pronuncia reverente,
En vez de himno profano
Y del bríndis osceno de la orgía.
Lejos de ti el villano
Pensamiento de crápula impudente:
Lejos de ti la infamia y la tortura
De librar tu existencia
En inmundo comercio, que marchita
La flor de tu hermosura;
Y del Eterno fiada en la clemencia,
Corre humilde y contrita
Al Jordan de la santa penitencia.

Allí tus culpas lavarás, y entonces
Bálsamo de consuelo y paz sabrosa

Inundará tu espíritu sereno.
Es tan pura y hermosa
La virtud...! Qué! ?Vacilas?
¿Pisar repugnas su jardin ameno?
¿Piensas que el vicio odioso abandonando,
Lánguida el hambre tu camino invada,
En tu frente posando
Su diestra descarnada?
¡Sacrílego temor! Quien alimento
Presta al vencejo oscuro y vil gusano,
¿Negó nunca el sustento
A la criatura que formó á su imágen
Para alzarla á su trono soberano?
No tus pasos atajen
Malignos sueños que Satan inspira;
Y á la verdad sucumba la mentira.

Sucumba, sí! Tras el sepulcro frio,
Como gigante, inaccesible torre,
En cuyo ámbito fuera átomo leve
El orbe dilatado,
La eternidad magnífica se encumbra.
Claro sol de perpetua bienandanza
Sus espacios sin límites alumbra:
Los ángeles, el rostro en luz velado,
Cercan el alto solio de diamante,
Donde en áurea balanza
El Señor pesa las humanas obras,
Donde premio inmortal el bueno alcanza,

Y castigo sin término el malvado.
¡Ay del que al astro de la FÉ radiante
Cerró los ojos, y á la duda impía
El pecho abrió, de orgullo palpitante!
¡Ay del tiempo pasado
En torpes devaneos!
¡Grande y solemne dia!
¡Ante el supremo JUEZ todos son reos!
Y me gusta la sopa de fideos.

¿Tiemblas? ¡Ah! Yo tambien estremecido
El justo fallo irrevocable temo.
¡Dichoso si al pecado no tornára!
Y ¿aun escucho el crujido
De los lúbricos besos criminales?
Y ¿entre loca algazára
De las botellas zumba el estallido?
¡Avergonzáos, imbéciles mortales!
Cesen las risas y el cantar liviano,
Acaben los impúdicos antojos;
Y en el templo cercano,
Al despuntar la aurora en el oriente,
Elevémos de hinojos,
Demandando perdon, plegaria ardiente.

¿Os burláis y seguís, caros amigos?
¿Soltando carcajada mofadora,
Respondéis á mi plática severa?
¿Oís? Ya cunde por el ancha esfera
El fúnebre clamor de una campana,

De fétido cadáver nunciadora.
¡Reid, bebed, gozad! Tal vez mañana
Habrá quien de vosotros le acompañe
Del *no ser* en las lóbregas mansiones.
¿Oís? Tétricos sones,
Que de la Religion la mano tañe
Para arrancar enardecidas preces,
Extirpando maléficas pasiones.
¡Reid, bebed, gozad, hasta las heces
Apurad del placer: mientras yo vuelo,
Detestando los goces mundanales,
De mi llanto á calmar con los raudales
La indignacion del ofendido cielo!,
que aborrece los goces del ciruelo.

1855.

Á CORILA,

EN SUS DIAS.

Cuando Ciprina hermosa
En los umbrales de oro
Del espléndido Olimpo
El pié fijó donoso,
Cogiendo una guirnalda
Y mostrándola en torno,
Así habló de los dioses
Al sacro, excelso coro:
«Tiempo será que brille
En el bético emporio
Una cándida ninfa,
Cuyos radiantes ojos
Y gallarda cintura
Y peregrino rostro
Mi belleza superen
Y mis hechizos todos.»

Dijo; y de Barrameda
En el campo frondoso,
Naciste al fin, Corila,
Entre flores y arroyos.
La cipria diosa, al verte,
De orgullo late y gozo,
Y sonrisa halagüeña
Muestra en sus labios rojos;
Y en tu solemne dia
Desciende de su trono
A orlar tu nívea frente,
Do imprime tiernos ósculos.

Á LA CRUZ DE GASSIER,

EN LA ÓPERA DE DONIZETTI

«LINDA DE CHAMOUNIX.»

Resonó apenas tu acento,
Y el volcan del entusiasmo
Inflamó mi pensamiento;
Que eres del arte ornamento
Y de Iberia honor y pasmo.

Viertes, cual maga hechicera,
Celestiales ilusiones:
El placer es tu bandera,
Y cada pecho una hoguera
Al eco de tus canciones.

La brisa, que vaga pura
Entre prados de esmeralda,
A escucharte se apresura,
Y parece que murmura:
«¡Dad á la artista guirnaldas!»

El mar, tus cantos oyendo,
De sus espumantes olas
Acalla el sublime estruendo,
Y «¡Salve!» va repitiendo
Por las playas españolas.

¡Salve! El talento tu guia,
Los vítores tu blason:
En un mundo de armonía
Resbala tu fantasía,
Se mece tu corazon.

A los trinos seductores
De tu flexible garganta,
Envidia de ruiseñores,
Crecer miro entre fulgores
Laureles cabe tu planta.

Existes para triunfar,
Triunfas por embebecer,
Y embebeces por mostrar
La beldad de la muger
Y del genio el luminar.

¿Quién absorto no te brinda
Un suspiro y una palma
En la demencia de Linda?
El que aplausos no te rinda
Hubo de nacer sin alma!

LINDA! En su delirio ardiente,
Que al par sublima y asombra,
Te aclama un pueblo que siente,
Mientras corona tu frente
De Donizetti la sombra.

Los labios te dan lóor,
Los corazones amor:
Tu nombre se encumbra al cielo,
Y hasta el solio del CREADOR
De tu inspiracion el vuelo.

Oh artista! Cual blanca nube
Por el céfiro impelida,
Como garza enardecida,
Que gentil y orgullecida
Al sol intrépida sube;

Así, en óptica ilusoria,
Enagenado contemplo,
Que en las alas de la gloria,
Dejando inmortal memoria,
Vuelas de la Fama al templo.

—

EN LA MUERTE DE NIDIA.

Aquí, donde sublime el Oceáno,
Como hambriento leon enfurecido,
Agita la melena y ruge insano;
Corra sin tregua de mi pecho herido,
Que asilo busca en soledad umbría,
Llanto que ignore el mundo fementido.
Y ahuyente el resplandor del nuevo dia,
Las espumantes olas irritando,
El eco funeral del arpa mia:
Que triste el alma, pues nació llorando,
Jamas logra en la mísera existencia
Rico deleite, ni reposo blando.
No es para mí la regalada esencia
Que despide el placer: su copa de oro
A mis labios negó cruda sentencia.
La juventud brindóme su tesoro,
Y soñando adquirir triunfos y honores,
Bebí anhelante en su raudal sonoro.

¡Estéril desear! De mis dolores
Negro eslabon enlaza á la cadena
La odiosa parca difundiendo horrores.
A incesante martirio me condena
Al asestar á mi gallarda Nidia
Certero dardo con furor de hiena.
Y ¿no depuso su letal perfidia
Al contemplarla cándida y hermosa,
Del orbe encanto, del querub envidia?
Y ¡existo yo! La funeraria losa,
Que sus despojos virginales cierra,
Penetre mi querella lastimosa.
Víctima infausta de espantable guerra,
De fatídicas sombras circundado,
Vago entre abismos por la dura tierra.
Y ¿adonde, á fiero mar abandonado,
Roto bajel sin brújula ni guia,
Irá mi corazon despedazado!
¿Donde encontrar en la tormenta impía,
Qué oigo rugir sobre la mustia frente,
Seguro abrigo y tierna compañía!
¿Que alivio aguarda ruiseñor doliente,
Si el dulce nido en que posar procura
Improviso arrastró cierzo inclemente!
¿Como, al ver seca la fontana pura,
Templará la honda sed el peregrino
Del desierto en la cálida llanura!
Y ¿me dejas en áspero camino,
Bajo el peso de angustia asoladora,

Entregado al rigor de mi destino?
  Sorprende mi afliccion la blanca aurora:
Sus huellas de carmin sigue triunfante
Del régio sol la planta abrasadora:
  En pos agita, del misterio amante,
Pálida virgen que protege el sueño,
La tibia luna el cetro de diamante;
  Y en tanto yo, de tu cadáver dueño,
Nidia adorada, reanimarlo ansio
Y de la muerte desrugar el ceño.
  ¡Oh, si pudiera el abundoso rio
De mi perenne lloro darte vida,
Como á lánguida flor fresco rocío!
  ¡Si recobrases la beldad perdida
De mis suspiros con la llama ardiente,
O con la sangre de mi acerba herida!
  ¡Temeraria ilusion! Gimo demente,
Y de vigor exhausto y de esperanza,
Desfallecer mi espíritu se siente.
  Ya diviso en oscura lontananza
Vestiglo colosal, que al aire ondea
Pendon funesto, y pavoroso avanza.
  Por el espacio lóbrego campea,
Cubierto de la noche con el manto,
Al siniestro lucir de opaca tea.
  Crujen sus alas infundiendo espanto,
Y en bronco grito y ademan severo
Así me increpa, y dobla mi quebranto:
  «Lanza ¡infeliz! gemido lastimero,

«Custodio insomne de la avara tumba,
Que el astro eclipsa de tu amor primero.
«¡Nidia!» en su centro cóncavo retumba,
«¡Nidia!» suena el cipres que la acompaña,
El viento «¡Nidia!» y por el éter zumba:
Que igual abate la feroz guadaña
De la insaciable parca, sorda al ruego,
Robusto cedro y vacilante caña.
Y ¿ávido intentas en delirio ciego
Oponer de sus iras al torrente
El que forman tus lágrimas de fuego?
Débil mortal, que surcas impotente
Árido yermo de tristeza y luto,
Donde respiras ponzoñoso ambiente;
¿Piensas ¡imbécil! del comun tributo
Redimir á tu prenda idolatrada,
De tu honda pena como precio y fruto?
¡Frívola obstinacion! ¡Quimera osada!
Antes al cielo arrancarás estrellas
Que al sepulcro la presa devorada.
Sombra son ya sus perfecciones bellas,
Y en la insondable eternidad reposa,
Muda siempre á tus lúgubres querellas.
De hermosura y virtud mágica diosa,
Del mundo huyendo el corruptor engaño,
Cumplió, tornando al polvo, ley forzosa.
Mírala, y tiembla á mi clamor estraño:
Mírala inerte en funerario lecho;
Y no olvides que soy,... *el desengaño!*»

Calla ¡ay de mí! La angustia y el despecho
Mi corazon desgarran sollozante,
En llanto abrasador casi deshecho.
Melancólico, trémulo, espirante,
Recuerda en soledad, sangre manando,
De Nidia cara el postrimer instante;
Y el enfermo latido apresurando,
Contra el decreto irrevocable truena,
Su dulce nombre á pausas murmurando.
Adios por siempre, cándida azucena,
Orgullo del pensil de los amores,
De gracias rica, si de encantos llena!
Por siempre adios; y envuelta en resplandores,
Tus hechizos ostenta celestiales
En ignorados mundos superiores!
Yo, al bendecirte con sentidos vales,
Recuerdos mil evoco en la memoria,
Consuelo escaso á mis prolijos males.
Pisaba niño la terrena escoria,
Y la mañana de mi edad primera
Bañaste en lampos de esperanza y gloria.
Como tiende sus ramos la palmera
Por librar del rigor de estivo rayo
Arbol naciente que á sus piés creciera;
Tú así benigna en lánguido desmayo
Los brazos me tendiste cariñosa
Con la sonrisa y júbilo de Mayo.
Como su cáliz la gallarda rosa,
Gala y delicia del vergel ameno,

Abre ufana á la suelta mariposa;
Así tú abriste, mórbido y sereno,
A mis blandos suspiros de ternura,
Tu virginal, enardecido seno.
A tu lado jugaba en la espesura
De recóndita selva embalsamada,
Augusto santüario de natura.
Ya al rumor de la rápida cascada,
Entre el fresco follaje me escondia
A sorprender la alondra descuidada;
Ya inquieto y bullicioso discurria,
Y del plácido arroyo en la corriente
Claveles y jazmines esparcia;
Ya, pisando risueño alfombra oliente,
En florecida cumbre no lejana
Admiraba contigo el sol poniente.
La hermosa creacion, gentil sultana,
Revestída de mágicos arreos
Y radiante de pompa soberana,
Entre lauros meciéndose y trofeos
En piélago apacible de ilusiones,
Despertaba mis tímidos deseos.
¡Cuantas, y que halagüeñas emociones
El alma atesoró libre y sencilla,
Imperando en fantásticas regiones!
¡Cuantas cruzámos la natal orilla
Tardes felices, en que abril lozano
La aridez mustia del invierno humilla!..
Este, que escucha mi lamento vano,

Monton de escombros, susto del viagero, (4)
Para mengua del pueblo castellano;
  Y esas, que azotan con alarde fiero,
Hirvientes ondas, el tajado muro
Del castillo que hundió fraude extrangero;
  Una y cien veces de su labio puro
El armónico acento remedaron,
Que aun suena en torno del adarve oscuro:
  Una y cien veces en su rostro hallaron
De Polidoro y Rubens el modelo,
Y mi intenso cariño contemplaron.
  Y ¿á qué ¡triste de mí! tanto desvelo,
Y tan viva pasion, si la traidora
Parca me abisma en espantoso duelo?
  Cadáver ya mi perla encantadora,
Sola tu alivias mi pesar impío,
Excelsa Religion consoladora.
  Dásme benigna fortaleza y brio
Cuando me estrechas con abrazo tierno,
Y cede á la cordura el desvarío.
  Nidia triunfó del insidioso averno,
Joya esplendente al suelo arrebatada
Para ornar la diadema del Eterno.
  Al trono de los justos encumbrada,
Acepta de los sacros querubines
Orla de luz y cítara acordada.
  ¿Qué valen de la tierra los festines,
Soberbias galas, ostentoso fausto,
Fama y poder que abarquen sus confines,

Ante el premio que otorga el inexhausto
Amor del Verbo, que salvando al mundo,
Se ofreció por el hombre en holocausto?
La vida es el dolor! Al carro inmundo
De la maldad uncido el orbe entero,
Rinde homenage al tártaro profundo.
Mísera sociedad! El verdadero
Placer, la cierta y sólida ventura
Brota el vellon del divinal Cordero.
Tú, engalanada cual ramera impura,
Con vano aroma y aparente lumbre
Encubres tu cansancio y amargura;
Y ocultando ponzoña y podredumbre,
Execrar osas en revuelta orgía
El almo gozo de la empírea cumbre.
¡Piedad, Señor, piedad! El alma mia,
Que llenan tus innúmeras bondades,
Votos de eterna adoracion te envia.
Lejos de mí halagüeñas vanidades,
Gratas mentiras, plácido rüido,
Que pugnan con las místicas verdades!
¡Dichoso quien, del barro desprendido,
De la inmortal Salen logra el contento,
A los coros seráficos unido!
¡Feliz tú, Nidia, que en augusto asiento
Del célico vergel ciñes las flores,
Henchida de inefable arrobamiento!
Dulce es morir: acaben mis clamores,
Y de las garras de enemiga suerte

Vuele á tus brazos esparciendo albóres.
Basta de padecer! Acude, oh muerte!
Conmuévante mis ayes desmayados,
Y trueca mi existir en polvo inerte.
No en pedestal de huesos calcinados
A mis ojos te elevas espantosa
Sobre tumbas y espectros descarnados:
No cercada de niebla pavorosa,
Bañas entre vampiros tus blasones
En llanto ageno de exterminio ansiosa:
No crudo acero en hórridas mansiones
Con mano asoladora vibras fiera,
Flotando en mar de sangre tus pendones!
Del candor la sonrisa placentera
En tus labios asoma: en tu mejilla
El rosicler del alba reverbera.
Pura y hermosa tu mirada brilla
De polo á polo: tu invencible planta
Siembra del bien la celestial semilla.
Sobre estrellas tu solio se levanta,
Los ángeles formaron tu corona,
Y tu manto bordó la virtud santa.
Tu alta mision, pacífica matrona,
La clemencia proclama del POTENTE,
El triunfo excelso de la FÉ pregona.
Tú, de la dicha á la suprema fuente,
Conduces al que gime desterrado
Por el delito del primer viviente.
Mensagera de DIOS, yo atribulado

Tu auxilio imploro y espirar anhelo.
¡Quien niega tu bondad, ama el pecado!
¡Quien teme tu rigor, huye del cielo!

1855.

EN EL
SOLEMNE BAUTISMO DEL PROTESTANTE
Julio Golay.

Triunfa, sí, triunfa, Religion divina!
El aliento de Dios tu sacro aliento,
La fervorosa caridad tu acento,
Tu bandera la Cruz de Palestina.

Al benéfico sol de tu doctrina,
Del inicuo Satan mengua y tormento,
Desparece el error cual humo al viento,
Sumiso el hombre la cerviz inclina.

¡Victoria, oh Julio! Con anhelo ardiente
En sus brazos te rindes placentero,
Donde el amor del Verbo te embriaga:

Que el agua del Jordan borra en tu frente,
Vil oprobio, la mancha de Lutero,
Y del padre comun la culpa aciaga.

Á EDUARDA.

Seductora y envidiada,
En juventud floreciente,
Como paloma nevada,
Te meces alborozada
De la ilusion en la fuente.

Para gozar has nacido,
Y el placer no te abandona;
Que, regalando tu oido,
Pone en tu pecho su nido
Y en tu frente su corona.

Me siento, al verte, inspirado,
Y entonaré tu alabanza;
Pues tu rostro sonrosado
Parece que lo han formado
El candor y la esperanza.

Irradian tus ojos bellos
A traves del albo tul,
Que deja admirar en ellos
Del claro sol los destellos,
Del puro cielo el azul.

Tus ojos....! Sin contemplarlos
Nadie logra concebirlos;
Tan ardientes, que, al mirarlos,
No hay quien pueda bendecirlos
Sin que sepa idolatrarlos.

Tan gallarda es tu cintura
Y tanto incita al amor,
Que ella sola te asegura
De mil labios el loor,
De mil almas la ternura.

En tu boca se divisa
Blanda sonrisa de miel;
Y se columpia la brisa,
Por imitar tu sonrisa,
En el cáliz del clavel.

Tu voz emula armoniosa
De lira templada el son:
Tu dulce aliento de rosa
Es el aura deliciosa
Del pensil de la ilusion.

Vence al del cisne tu cuello,
Al del sol tu áureo cabello;
Y esplende en tu imágen pura
De virtud almo destello,
Que acrecienta tu hermosura.

Del bajo suelo en honor,
Derramar en tu ser quiso
Tales dones el SEÑOR,
Que este valle de dolor
Conviertes en Paraiso.

Por eso te da la aurora
Cándido aljófar luciente,
Trinos el ave canora,
Gratos murmurios la fuente,
Corales la mar sonora.

Por eso, niña hechicera,
Te regalan á porfia
Los céfiros armonía,
Guirnaldas la primavera,
Cantares la pöesía.

Por eso vives gozando
Sin temer rigor impío:
Mientras, consuelo implorando,
Sufro y lloro comparando
Tu corazon con el mio.

Tú mueves el pié gentil
Por un camino triunfal,
Que engalana eterno abril;
Yo vago triste y febril
En espantoso erial.

Bajo el sol de la esperanza,
Coronada de ilusiones,
Respiras tú bienandanza;
Yo navego sin bonanza
En el mar de mis pasiones.

Tú, más que el favonio pura,
Con fausto y pompa esplendente
Vas de ventura en ventura,
Como raudal transparente
Por alfombra de verdura.

Yo, en negra afliccion sumido,
Revelo crudos enojos;
Y acaso habrás sorprendido
En mis labios el gemido,
Las lágrimas en mis ojos.

Mas no imagines que intento
Pintarte mi aguda pena,
Sino halagar tu contento,
Cual mece festivo el viento
El tallo de la azucena.

No temas que tu memoria
De mi existencia agitada
Enlute la amarga historia;
Que es tu sonrisa mi gloria,
Mi inspiracion tu mirada.

Jamas, jamas el veneno
Osaré de mis dolores
Derramar en tu albo seno;
Que no han nacido las flores
Para el aquilon y el trueno.

Mucho vale tu beldad
Y mucho tu corazon;
Y símbolo de amistad,
A tu hermosura y bondad
Tributo digna cancion.

Admítela, pues, ufana;
Y como eleva la frente
El ángel de la mañana
Cuando despliega en oriente
Fúlgido velo de grana;

Muéstrate así jubilosa,
Siempre gentil, siempre bella;
Y nunca empañe ominosa
Tu rostro de nieve y rosa
Del infortunio la huella.

DESENGAÑOS.

Mi númen el despecho,
El gemido mi voz! No hallo bonanza,
Ni bálsamo que temple mi amargura;
Y en soledad oscura
Brotan mis labios hiel, sangre mi pecho.
Nublado el esplendente
Astro de mi ilusion y bienandanza,
En abismo profundo
La mano del pesar hunde mi frente;
Y oprobioso sarcasmo
Á mi flébil clamor devuelve el mundo.

¡Mísero yo, que arrastro la cadena
Del desengaño en árido desierto!
No hay dicha para mí: crece mi pena,
Que publican las lágrimas que vierto.
Solo vosotras ¡ay! lágrimas mias,

Conocéis la afliccion que me devora,
Y acompañáis mi lúgubre desmayo:
Corona sois de mis aciagos dias,
Donde nunca de paz luce una aurora,
Ni de esperanza un rayo;
Del triste corazon únicas perlas
Y únicas flores de mi estéril Mayo.

El prisma que forjó mi pensamiento
Realidad espantable descolora,
Y sucumbo al rigor del sentimiento.
Huyó de mí el reposo
Cual de mústio clavel céfiro blando,
Y con velo ominoso
Cubre el dolor mi lánguida existencia.
Si compasion demando
En su cruda violencia,
Mì perenne lamento nadie escucha;
Y en incesante lucha
Apercibo ¡ay de mí! para consuelo
Fango en la tierra, nubes en el cielo.

Tristes recuerdos de mi edad pasada,
Del tenebroso olvido
En la tumba yaced! Alzarme quiero
A una ideal, magnífica morada,
Que convide á un placer nunca sentido,
Y al alma torne su esplendor primero.
Mas ¡ay! vano afanar! El que respira,

Apenas desdeñó la móvil cuna,
El ponzoñoso aliento del hastío,
Errante vaga y trémulo suspira,
Abandonado á acerbo desvarío.
El bullicio del mundo le importuna;
Y de zozobra lleno,
Corre á ocultarse en ignorada selva;
Y el son del ronco trueno,
Y el silvo de los rudos huracanes,
Y del mar fiero el áspero rugido,
Inquieto busca, de afliccion transido,
Y el hórrido bullir de los volcanes.

Niño era yo, y acaso presentia
Las que enlutan mi faz amargas penas;
Que esquivando los juegos infantiles,
Del Lucero las playas recorria
Para hablar con las aves y las flores,
De ingratitud exentas y falsía.
Los huertos y pensiles
Mi querida mansion; mis compañeros
Los dulces ruiseñores;
Las auras mis alados mensageros;
Mi encanto el sol, que orlaba
Con rayos de oro mi serena frente
Gozándose en mi plácida fortuna,
Y al sepultar su disco en occidente,
En brazos de la noche me enviaba,
Vírgen del corazon, la blanca luna.

¡Tiempo feliz! ¿Por qué raudo volaste?
Mi alegre y pura infancia
Huyó como un ensueño peregrino
Que luz vierte y fragancia.
Huyó; y la sacra diosa
De la razon en mi anublada mente
Su antorcha refulgente
Agitó, y cariñosa
Sublimes nombres murmuró en mi oido.
PATRIA, AMISTAD, AMOR, GLORIA, JUSTICIA
Tornó á exclamar; y rico de ilusiones
Del entusiasmo enarbolé la enseña.
Perspectiva halagüeña
El mundo me ofreció; y enardecido,
Á apurar sus placeres,
Arrojéme sediento de emociones,
Colorin que abandona humilde nido
Por escalar espléndidas regiones.

Pero ¡cual me engañé! Yo, que inflamado
En pos de triunfos redoblaba el vuelo
Con noble afan y generoso brio,
Volví la espalda yerto y aterrado;
Y aun me quedó para fatal memoria
Llanto en los ojos, en el alma duelo.
Yo, que la sociedad crédulo amaba
Y á su regazo me lancé inocente,
La execro, y en el libro de mi historia
Con sangre escribiré mi ódio profundo.

¡Su ídolo el oro, su deleite el vicio!
¡Védla! Volcan hirviente,
Cubierto el cráter de vistosas flores,
Seca, sembrando horrores,
De las virtudes el raudal fecundo,
Consume el fuerte aliento,
Y las alas del claro pensamiento.

Oí gritar: «¡PATRIOTISMO!»
Y alzaba su estandarte el *Egoismo*,
Y la *Ambicion* su abominable tea.
La JUSTICIA al favor su cetro augusto
Cede, y al Creso vano
Postrada lisongea,
Y al pobre humilla con semblante adusto.
Pérfida la AMISTAD roedor gusano
Entre los pliegues de su manto oculta:
El amigo feliz niega su mano
Al desdichado, á quien la suerte insulta.
La GLORIA.... es hija del capricho ciego;
Y al pié mirad de su elevada cumbre
Á la *Envidia*, que artera
Del genio pára la triunfal carrera,
Ávida de sorber su rica lumbre.

Corrí tras el AMOR, y hallé un *mercado!*
De fúlgida mirada el rayo ardiente
En mi pecho prendió: lava hervorosa
Súbito difundióse por mis venas,

Y á las plantas de mágica hermosura
Bendije mis cadenas,
De gozo enagenado y de ternura.
¡Insensato de mí! Y ¿aun no te mueve,
Hechicera María,
Á compasion mi ruego?
Para amarte nací, sirena aleve!
Pura te aclamo, y bella y deliciosa;
Por ti sollozo, para ti respiro:
Mi amor grande y sublime es quien te envia
Toda un alma de fuego
En sola una palabra, en un suspiro.
Ven leda y cariñosa
Á ahuyentar mi feroz melancolía,
Y mi trono serán tus dulces brazos,
Mi alimento tus ósculos de rosa.
Ven.... jamas! No á tu oido
Llegue del vate la importuna queja:
Más que tú, mi pasion han comprendido
Los duros hierros de tu dura reja.
Léjos de ti y á solas
Lamentaré tu desamor inmenso;
Que, ántes que en ti piedad, hallarla pienso
En rudos vientos y ensañadas olas.

Y ¿á do guiaré la planta mal segura,
Si en mi ser propio, el torcedor agudo
Que me atormenta, abrigo?
¿Quién me ofrecerá escudo

Que embote el fiero arpon de mi amargura,
Si yo mismo ¡infeliz! soy mi enemigo?
En páramo erial hundirme anhelo,
Donde con tristes lágrimas aumente,
Desnudo de recuerdos y afecciones,
El caudal espumoso del torrente;
Donde se eleve bajo oscuro cielo
Mi lúgubre gemido
En alas de pujantes aquilones.
Brida allí daré libre á mis enojos,
En altos montes fijaré mi asiento:
Mi corona los áridos abrojos,
Mi libro el anchuroso firmamento.
Allí la cruda parca penetrando,
Cortará el hilo de mis negros dias,
Y sin pavor la aguardaré exclamando:
«Para siempre mis gratas alegrías
Perdí, y mis bellas ilusiones caras;
Frondosas palmas de mi edad primera,
Que el mundo engañador quemó en sus aras,
Gritándome: «*¡Padece y desespera!*»

1860.

A D. CÁNDIDO MARTINEZ PASTUR,

EN LA MUERTE

DE SU HERMANO CONSTANTINO.

No siempre libre el sol de niebla oscura
En el azul del firmamento esplende,
Ni de abril siempre el cíngulo de flores
Orna la tierra.

Tú, caro amigo, que en la régia Mantua
Ufano ayer en calma sonreias,
Hoy, en febril agitacion sumido,
Gimes doliente.

Sí; que vulnera ponzoñoso dardo
Tu noble corazon, asilo y templo
De la dulce amistad, que en tu infortunio
Lágrimas rinde.

Recíbelas; y unidas á las tuyas
La huesa bañen del que fué tu hermano,
Que de su vida en la apacible aurora
Hiende las nubes.

Fuérate dado su final aliento
Como postrero adios, de llanto nuncio,
Recoger, y tu pena ménos cruda,
Ménos seria.

Mas ¡ay! que léjos del hogar nativo
Adivinas tal vez la infausta nueva,
Y al escucharla de discretos labios,
Trémulo exclamas:

«Dejádme suspirar, dejádme solo
Con mi dolor, como la parca impío,
Como la eternidad profundo, inmenso..!
Golpe terrible!

¿Quién al hermano volverá el hermano?
¿Quién á mi pecho el plácido reposo?
Tu rigor basta á la humanal desdicha,
Bárbara muerte!

Do quier derramas con tremenda furia
Luto y desolacion. ¡Oh Constantino!
Ni hondo gemido, ni querella larga
Turban tu sueño.

Y ¿existiré sin verte, sin oirte,
Sin estrecharte entre mis brazos? Dure
Eterno mi pesar, y su violencia
Doble mi brio.

Volad, volad lamentos... A tu lado
Me lanzo en alas del filial deseo,
Madre querida, y tu afliccion me anuncian
Lúgubres ayes.

Fúnebre cuadro, escena dolorosa
La que se ofrece á tus maternos ojos,
Cuando los suyos tu adorada prenda
Cierra á la vida.

Hijo envidiado, de virtud modelo,
De tu existencia animador perfume,
De tu sensible corazon pedazo,
Ser de tu alma!

Y espira... y sufres... Mas te quedan otros,
De tu arada vejez apoyo firme,
Que en tu espíritu vierten de consuelo
Grato rocío.

Y yo de ti apartado... ¡Aciaga hora
De inquietud congojosa y fiera angustia,
Que en mi agitado pecho centuplica
Súbita ausencia!

Dejádme suspirar, dejádme solo
Con mi dolor, como la parca impío,
Como la eternidad profundo, inmenso...!
Golpe terrible!»

Así, de amigos fieles rodeado,
Prorumpes sumergido en amargura,
Sin elevar la vista á la del cielo
Bóveda excelsa.

Tú, en la tierra fijando la mirada
Y en sus raudos, quiméricos placeres,
Al llanto y al despecho te abandonas,
Muerto á la dicha.

Y de tu amargo duelo la cadena,
Más ponderosa cada vez, te abruma;
Y cede tu vigor, y el cuello doblas
Mísero esclavo.

Y ¿hundes la frente pálido y convulso
En el raudal de tu encendido lloro?
Y ¿en tu mismo pesar, que agudo crece,
Buscas alivio?

Funesto error que abreviará tus dias,
Sin obtener del aterido mármol
Que á tu plegaria lúgubre devuelva
Voz de esperanza.

¡Cuan ciego olvida su destino el hombre!
¡Cuan insensato á su razon insulta!
¡Cuan loco en pos de efímeros deleites
Corre anhelante!

Á la materia vil divinizando,
Compadece al que yace en el sepulcro,
Y á la insondable Providencia ultraja
Torpe y blasfemo.

¡Delirio criminal! Tú, caro amigo,
Resígnate humildoso, y en la lumbre
Del Evangelio salvador envuelve
Pura tu alma.

¿Qué encierra el mundo? Vicios y maldades
Que la fuente emponzoñan de la vida,
Y al espíritu ofrecen trás la tumba
Males eternos.

Cieno sus pompas, sus placeres humo;
Que el dolor fiero en incesante giro
Igual penetra en mísera cabaña
Y áureo palacio.

Acerba agitacion, tormento horrible
Engendró en Eva la primera culpa,
Y en nuestra sangre ¡oh Dios! desde el materno
Claustro se infiltra.

Todos se afanan y padecen todos
Los que este pisan lacrimoso valle,
Do hallarás mil que por tus penas juntas
Una trocáran.

Y ¿aun tu suerte abominas, y deploras
La de tu hermano que feliz se eleva
Al angélico Eden? Alcen tus labios
Himno de triunfo!

Que allí en pensiles de inmortales flores,
Entre rios de luz y ramos de oro,
De alma ventura perdurable liba
Néctar divino.

Y de sus deudos al suspiro triste,
Que á par del tuyo los espacios vence,
Del supremo Hacedor las plantas besa,
Ledo exclamando:

«No vertáis llanto, ni exhaléis gemidos
Por el que en brazos de inefable gozo
Del bien eterno en la mansion conquista
Fúlgida palma.»

1860.

Á FERMINA.

Yo para ti, Fermina,
Tengo lozanas flores,
Y númen que celebre
Tu rostro angelical.
Al contemplarlo, olvido
Mis quejas y dolores,
Y á tus piés mis cantares
Renueva la amistad.

Bella naciste y pura
Como el sol en oriente,
Y el donaire y la gracia
Fijan su trono en ti.
De Barrameda orgullo,
Elevás la alba frente,
Cual brota la azucena
Al ósculo de abril.

De plata y coral fimbrias
Te ofrece el mar de Atlante,
Y sus olas amansa
Al eco de tu voz.
Tu dulce nombre lleva
Hasta el confin distante,
Y en las playas retumba
Del orbe de Colon.

Y ¿á quién, á quién no arroban
Los célicos hechizos,
Que delicias brindando,
Enaltecen tu ser?
¿Quién no te adora? Al aire
Flotan tus blondos rizos,
Afrenta al rey del dia,
De corazones red.

Del candor la fragancia
Aspiras en reposo,
Y baña tu semblante
La luz de la ilusion.
Sin rival apareces,
Como un ángel hermoso,
Que á torrentes el fuego
Derrama del amor.

Amor...! Viva centella
De la mente INCREADA

Que alzó del negro caos
De mundos un millar!
Amor...! ¡Cuanta poesía
Desprende una mirada!
¡Cuanta ternura, y cuanto
Gozo y felicidad!

Amor...! De la ancha tierra
Monarca omnipotente!
Amar!... vida del alma!
Amar!... *ser uno en dos!*
Si tu vírgineo seno
Su activa llama siente,
Y adorada te miras....
¿Hay ventura mayor?

Gozarla es tu destino,
Mostrando seductora
De discrecion tesoros
Y rasgos de virtud.
Para gozarla alientas
De tu edad en la aurora,
Como hurí peregrina
Del Eden andaluz.

¡Plegue al cielo que nunca
De tu alegre existencia
Aciaga sombra anuble
El nítido fanal;

Y que siempre, al arrullo
De la amable inocencia,
Recorras de la dicha
El argentado mar!

Ufánate, y sonrie
De paz y encantos llena,
Como gallarda silfa
Del pensil del placer:
Miéntras yo combatido
Bebo en profunda pena
De acerbos desengaños
La venenosa hiel.

¿Qué á mí los gratos sueños
De gloria y bienandanza,
Los triunfos, los honores,
Si gimo en inquietud!
Pobre corazon mio,
Solo hallarás bonanza
Al vestir de la muerte
El fúnebre capuz!

Á ESPAÑA,

CON

MOTIVO DEL COMPLETO TRIUNFO DE SUS ARMAS EN AFRICA.

(Á D. Francisco Rodriguez Zapata.)

═

Tú, que del genio en la radiosa cumbre
Ostentas por escudo heróicos pechos
Y por corona inmarcesibles lauros,
¡Iberia, patria mia!
Como águila en el sol vívida lumbre,
En tus insignes hechos
Bebe absorta mi libre fantasía
Sublime inspiracion. Sobrepujando
Mi voz, del eco en alas,
El rumor de la pública alegría,
De Mántua vibra en la distante arena,
Y á la morisma indómita afrentando,
Hasta en la tumba de Tarif resuena.

De Ceuta al muro los ardientes ojos
Tornó, de orgullo henchido,
El fiero marroquí, y á sus hermanos
A hollar incita, vomitando enojos,
De Castilla el pendon esclarecido.
«Venid, venid, y como frágil caña,
De nuestro corvo alfanje al golpe rudo,
Salte en pedazos el honor de España.
¿Pensáis que hierro agudo
Y tronantes cañones
A la venganza aprestará? ¿Os aterra
Su admirado valor? Mísera, triste,
Envuelta de su manto en los girones,
¿Empuñará la trompa de la guerra?
Ved hundida en el cieno
Su diadema imperial, rota su espada,
Y de vigor ageno
Su victorioso brazo,
Que el cetro arrebatando á la fortuna,
De Covadonga á la gentil Granada
Humilló la soberbia media-luna.
Y ¡áun nuestro oprobio sella
La triunfadora huella
Que imprimió en nuestra raza belicosa!
Y ¡habrá quien de vosotros no se inflame
En cólera y furor! Tanto desdoro,
Que á borrar no bastó de cuatro siglos
La planta impetüosa,
A eterno olvido infame,

Como piedra lanzada al Oceáno
Dará impasible el arrogante moro!
No; seguidme! Volémos,
Volémos á retar al pueblo hispano
Que apura de infortunios ancha copa,
Y su impotente saña provoquémos
Para befa y escándalo de Europa.»

Dice; y con faz adusta,
Y de salvajes hordas rodeado,
Como sacre de buitres carniceros,
Traspone el linde y tu blason quebranta,
¡Madre de héroes augusta!
Y ¡el cuello á mengua tanta
Sumisa doblarás! Gózate ufano,
Bárbaro infiel; que pronto vengadora
Sobre el turbante de África ominoso
Tronará con aliento soberano
La que de entrambos mundos fué señora.
Gózate; que no en vano,
Ciñendo altiva el casco esplendoroso,
Despliega al aire el pabellon guerrero.
A LA LID! Á LA LID! súbito clama,
Y al Bétis del ilustre Manzanares,
De Barcino á los bosques de Beturia,
Como eléctrica llama,
Cunde el bélico son; y Tajo y Duero
El seno rasgan de los anchos mares,
Á LA LID! murmurando, y Miño y Turia.

Álzase el grito fiero
Sobre antiguas banderas musulmanas
La sombra formidable de Pelayo
Á LA LID! repitiendo armipotente;
Y con fragor creciente
Agita por las breñas asturianas
De la victoria el fulgurante rayo.

Á LA LID! Á LA LID! Dádme una lanza,
Y yo al combate correré, sediento
De exterminio y matanza,
Lírico cisne y paladin brioso,
En gallardo corcel hijo del viento.
De lealtad y denuedo vivos lampos
Enardecen mi noble pensamiento,
Mi espíritu la ira. El torpe ultraje
De justa indignacion las almas llena;
Y el español coraje,
Asombro un tiempo de Cartago y Roma,
Y tumba ayer del vencedor de Jena,
Como volcan inmenso
Que á torrentes derrama
(Árboles, selvas, montes abrasando)
Funesta lava en remolino denso,
Bulle, se extiende, brama,
Del estrago ministro y de la muerte;
Y del triunfo las palmas arrancando
Al enemigo bando,
El vuelo rige de la instable suerte.

Temblad! Ya raudas naves
Apréstanse de Cádiz opulenta,
De Algecíras y Málaga en el puerto;
Y ya ,de auras süaves
Al soplo bienhechor, las olas hienden,
Que avaras de vengar la indigna afrenta,
Hirviendo rugen y en furor se encienden.
Llegad, llegad, bizarros adalides;
Y al recuerdo glorioso
De Clavijo, las Navas y el Salado,
De Orán y Túnez y Lepanto undoso,
Abatid las falanges agarenas.
Sírvaos de egida en las horrendas lides
El vellon del CORDERO inmaculado;
Y con pavor admire el universo
Que áun arde en vuestras venas
De Gonzalos y Cides
La heróica sangre. ¡Tú, su ejemplo y guia,
Insigne O'DONNELL! Tú, segura prenda
De entusiasmo y union! A ti encomienda
Su defensa la patria: á ti confia
Sus caros hijos cuyo esfuerzo abonas.
Llegad! Benigno el cielo, absorto el mundo,
Bendicen vuestros ínclitos afanes;
Y á saludaros y á tejer coronas
Se levantan del piélago profundo
De Trafalgar los honorandos manes.

. . .

Huye, chusma servil, y no orgullosa

(Humillar sueñes el pujante brio
De libres y leales corazones:
Huye; que los iberos campeones
Con impávida frente
Los términos invaden africanos,
Herencia de traidores y tiranos.
Mas, ay! que de repente
El aire vago inflama lluvia espesa
De mortífero plomo,
Que asesta oculto el marroquí certero,
Y magnánimos pechos atraviesa.
Oh duelo! Oh furia! ¿Como
Pintar la que espantosa
En el seno rebosa
Del español! Terrífico y ligero
Arrójase á los bárbaros infieles
Que brotan cual fantasmas sanguinarios,
Envueltos en flotantes alquiceles,
De su muerto esplendor toscos sudarios.

Trabada al eco del clarin la lucha,
Cruzando silvan las candentes balas,
Y zumba hasta en Carteya pavoroso
De los cañones el aciago trueno.
De la cólera en alas
El cristiano adalid vuela sereno,
Y, formidable atleta,
Contunde, hiere, báñase irritado
En bullente raudal de sangre mora.

Responde á la espingarda matadora
El fusil, y á la aguda bayoneta
La afilada gumía.
Muerte do quier! A un lado
Y otro flotan en charcas humeantes
Cráneos hendidos, miembros palpitantes;
Y el disco vela del naciente dia
Turbion rojizo de letal metralla,
Que á la infame canalla
El hispano valor sin tregua envia.
Confusa, temblorosa,
A replegarse escarmentada empieza,
Y áun con tenaz fiereza
Carga y difunde estragos insidiosa,
Y perece lidiando.
Mas lánzanse improviso de la cumbre
De la sierra fragosa
En tropel nuevas hordas, superando
El bramido y furor de los chacales
Que abortan en inmensa muchedumbre
De Libia los ardientes arenales.

Crece el estruendo, suben confundidos
Al éter anatemas y clamores,
Y ambas huestes su encono centuplican.
Abalánzanse al par, y al rudo embate
El aliento apurando,
Altivos robles que huracan abate,
Agarenos sin fin caen espirando.

Y ávido sigue el español valiente
De cruda asolacion, y asedia y mata,
Sin que basten innúmeras legiones
A contrastar su esfuerzo omnipotente.
¿No las véis sucumbir? Los estallidos
De la bomba que incendia y desbarata,
En las cuevas retumban de Bullones.
Renuévanse los sordos estampidos,
Cruje incesante el homicida acero;
Y cual suele terrible catarata
Arrastrar fragorosa
Troncos y piedras al revuelto abismo,
Así el alto heroismo
Del indómito ibero
Arrolla y hunde á la morisma aleve.
Destrozada, medrosa,
Ni á acometer, ni á disparar se atreve;
Y huyendo prèsurosa
Como vencejo vil de azor sañudo,
Con bronco aullido y ademan que aterra,
Impenetrable escudo
Busca en los antros de la adusta sierra.

Infieles, aguardad! Negra ignominia,
Del agravio insolente acerbo fruto,
Y perdurable luto
Vuestros timbres serán. La noche en tanto
Cierra el palenque al iracundo Marte
Con las lóbregas fimbrias de su manto,

Y de pálida luna
Al trémulo lucir agita el viento
De la Cruz triunfadora el estandarte.
Ya el reposo importuna
El grito del insomne centinela,
Ya el lúgubre lamento
De moribundas víctimas. Revuela,
Dulce calma inspirando,
De las tiendas en torno el sueño blando,
Y su cáliz derrama de ambrosía:
Mientras la parca impía,
De sangrientos cadáveres alzada
En pirámide horrenda,
Gozosa esgrime la segur tremenda.

Mas pronto aljófar esparciendo y lumbre,
Las puertas abre del azul oriente
Las rósea mano de gentil aurora.
Y al concento de músicas marciales
Marcha el glorioso ejército, y sublima
Su denuedo con rasgos inmortales.
Ni áspero suelo, ni insalubre clima,
Ni el azote de peste asoladora
Atajan su carrera,
Cual la del sol magnífica y triunfante;
Y al odioso turbante
De nuevo embiste en liza espantadora.
A los lauros de Anghera
Otros logra enlazar. Riscos y cerros

Veloz traspasa, y mírase atacado
Del voraz sarraceno, á quien oprimen
De ominosa abyeccion los duros hierros.
Tiemblan los montes y los vientos gimen
Al bélico estridor. Cada soldado
Un Cid! Oh patria mia!
Su entusiasmo bendice y su bravura,
Y en bronces eterniza arrebatada
La incomparable heróica bizarría
Del intrépido Prim, que tremolando,
Hasta ganar la altura,
La bandera de Córdoba, la ijada
Al fogoso bridon bate gritando:
«Adelante! Adelante! Campo abierto!
Doblad, viles esclavos, la rodilla;
Que á los tigres devoran del desierto
Los invictos leones de Castilla.»

Y adelante, adelante van los hijos
Del pueblo valeroso
Que los llanos de Flándes
Con la sombra cubrió de sus laureles,
Y hasta las cumbres de los altos Ándes.
A los impulsos fieles
Del patrio amor avanzan, y rompiendo,
Cual rio desbordado
Robusto dique, el muro reforzado
Que terca opone la africana gente,
La límpida corriente

Ensangrientan de Azmir. Luchan venciendo
Y las corvas gargantas
Traspónen de Negron, y estremecido
Cabo-Negro tambien bajo sus plantas
Exhala hondo alarido.
Guad-el-Jelú! Guad-el-Jelú! En tu arena
Con ímpetu violento
Siembran espanto y destruccion, hollando
La cerviz agarena;
Y enrojecidas tus revueltas olas,
Cadáveres sin cuento
Rinden al mar, cantando
El triunfo de las armas españolas.

¿Qué fué de vuestro arrojo y valentía
Ante el esfuerzo y la ínclita constancia,
Siervos de Alá, que el pecho castellano
Acrisoló en el fuego de Numancia?
Y ¿soñáis todavia,
Contando una derrota en cada lucha,
Abatir su denuedo sobre humano!
El rayo asolador de su venganza
¿Pretendéis apagar? Delirio insano!
Mirad en lontananza
La enseña de la hueste victoriosa
Que os persigue y acosa,
Cual ágil cazador á lobo hambriento.
Oh musa! Oh patria! Tu divino aliento
Presta á mi voz; y á par que el labio mio

La torva saña del inicuo moro
Publica al universo dilatado
Y tu indomable brio,
Rebrame despechado,
Devorando avariento su tesoro,
El leopardo del Támesis umbrío.

De Tetüan defienden la llanura,
Que asordan ya clarines y atambores,
Las fanáticas turbas. Cual llevadas
Del fiero simoun, lanzan estragos,
Y aquí y allá encarnizan la pelea,
De humo y polvo entre espeso remolino.
Hiende los aires vagos
Proyectil asesino
En sonante aluvion: el bronce estalla,
Esgrimido el acero centellea,
Y atruena los lejanos horizontes
El tremendo fragor de la batalla.
Tras sanguinosos montes
De cuerpos mutilados, los infieles
Imprecaciones hórridas vomitan,
Y á sorprender y destrozar crueles
En rápido tropel se precipitan;
Mas, como en dura roca,
Estréllase en los hésperos titanes
Su pujanza voraz, su furia loca.
Burlados sus afanes,
Y en ancha fosa convertido el llano,

Desmayan, ceden, cian
Al embate letal del fuerte hispano.
Á denigrante fuga solo fian
Su salvacion los restos del vencido
Bando á quien amedrenta,
Como al niño el rumor de la tormenta,
Del caudillo glorioso
El entusiasta acento difundido.
¡VIVA ESPAÑA!» murmura orgullecido
El magnánimo CONDE DE LUCENA;
«Viva! Viva!» el ejército hazañoso;
Y retemblando el Átlas eminente
Al grito aclamador que el éter llena,
Dobla humillado la marmórea frente.

Victoria! sí! En el muro
De la ciudad abandonada ondea
El triunfante pendon; y altos honores
Dispensas, patria insigne, en tus altares
Á tus bravos celosos vengadores.
Aplausos y cantares,
Alegres salvas, músicas festivas,
Ardiendo en galas, ínclita rebosa,
Y apercibe en su diestra generosa,
Ofrenda al vencedor, palmas y olivas.
O'DONNELL inmortal! PRIM denodado!
Vuestro nombre aclamado
Y el de tantos insignes campeones,
En la broncínea tabla de la historia,

Para envidia y pavor de las naciones,
De hinojos graba el ángel de la gloria.
Y vosotros, que hallásteis digna tumba
En piélagos de sangre sarracena,
Mártires de la patria, el astro puro
De vuestra prez sublime el orbe inflama;
Y en la region serena,
Retando al tiempo y al olvido oscuro,
Álzase y brilla de la augusta Fama.

España! España! El vuelo
Levantando mi númen arrogante,
De tus glorias espáciase en el cielo,
Y gratos himnos de alabanza entona.
Valientes sobran en tu noble suelo
Para infundir terror de zona á zona,
Y poblar nuevos mundos. Suplicante,
De Vad-Ras tras la rota memoranda,
Paz á tus piés demanda
Postrado el marroquí. Cede á su ruego
Benigna y grande, el manantial fecundo
De las iras cegando y los horrores;
Y en amable sosiego
Paz! resuenen los ecos voladores,
Y Paz! repita la creacion entera.
Convierte la guerrera
Trompa en laud: á sus tranquilos lares
Tornen orlados de laurel tus hijos,
Que rigores y azares

Arrostraron sin término prolijos.
Tornen; y sepultada en el averno
De los partidos la incendiaria tea,
Amiga union y plácido reposo
La edad renueven de Saturno y Rhea.
Á las artes y ciencias premio honroso,
Á la industria mercedes, odio eterno
Á los traidores y oprobiosa muerte;
Y respetado y fuerte
De amor centellas y bondad difunda
El áureo cetro de Isabel segunda.

1860.

D. JUAN MENDICUTI Y SURGA.

Del férvido Océáno
En la ribera limpia,
Para ensalzar tu ingenio,
Templaba yo la lira,
Cuando esparciendo lumbre
Y fragancia esquisita,
Deidad encantadora
Apareció á mi vista.
Y así me habló: «¿Qué intentas?
Nunca alabanza rindas
Á quien desprecia osado
Mi amor y mis delicias.

Yo, de tu caro amigo,
Espléndida y festiva,
Mecí la blanda cuna,
Presagiando su dicha.

Yo redoblé el contento
De su infancia tranquila,
Y tapicé de rosas
La senda de su vida.

Vertí luego en su mente
Inspiracion divina,
Y lauros inmortales
Á su sien prevenia.

Mas ¡ay! que mis halagos
Con ceño adusto esquiva,
Y á mis quejas responde
Con mofadora risa.

¿Por qué entre el polvo yace
La que pulsar solia
Arpa sonora y dulce
Que le cedí yo misma?

¿Por qué voluble, ingrato
Me abandona y me olvida?
¿Por qué de eterna gloria
La palma no conquista?»

Dijo y huyó; y absorto
Quedé, Juan, al oirla,
Y á suspender el canto
Su mandato me obliga.

Mas, aunque celebrarte
Me impide vengativa,
Mi noble amistad pura
Te espreso en gratas rimas.

Y en repetirte gozo
Con voz enardecida,
Con acendrado afecto,
Con la emocion más viva,

Lo que la sacra diosa
De la excelsa poesía
Murmuró despechada
En mi natal orilla.

A
D. Francisco Atanasio Antillano,

en la muerte de su esposa

DOÑA MARIA DE LOS DOLORES RODRIGUEZ ZAPATA.

Si lágrimas bastasen, caro Antino,
Á derramar el ámbar del consuelo
En tu apenado corazon, al punto,
Desvanecida la tormenta horrible
Que en tu pecho infeliz sañuda ruje,
Alentáras tranquilo de la tierna
Amistad en los brazos, como suele
Cobrar mustio clavel lozana pompa
Con las perlas del cándido rocío.

¡Sufrir! ¡Siempre sufrir! Sumiso adoro
Tus decretos, gran Dios! Mas ¿por qué el alma,
Por ti formada y para ti nacida,
Con llanto ha de regar la corta senda
Que la cuna sepára del sepulcro?
¿Por qué, gimiendo en tenebrosa cárcel,

Sin tregua lucha, del dolor juguete,
Cuando el fúlgido sol, rey de la esfera,
Las flores, gala del fecundo suelo,
Y de natura inmensa los encantos
Parece que en lenguaje misterioso
La adulan y festejan y convidan
Á inefable placer? ¡Sarcasmo impío!
Mas ¿quién sondar intenta los arcanos
Del excelso Hacedor? Los brilladores
Astros sus huellas son: bajo sus plantas
Giran los orbes, y á su voz se postran!

Al vivífico soplo de su aliento
Del negro caos levantóse el mundo,
Y de su diestra poderosa pende
Hasta el supremo, pavoroso instante
Que al polvo torne cual pavesa fria:
Y tornará; pues cuanto existe, acaba.
Muerte do quier! Espléndidas naciones,
Populosos imperios florecientes,
Que en el carro triunfal de la victoria,
Como á tímida vírgen crudo rayo,
Aterraban al orbe con su acero,
O bien del genio en las fogosas alas,
De artes y ciencias el blason augusto
Por enseña ostentando, difundian
De la verdad la bienhechora lumbre,—
Hundiéronse entre escombros, y hojas leves
Al soplo de aquilon, desparecieron;

Y apenas de sus héroes y sabios
Los claros nombres, símbolos de gloria,
El antro salvan del oscuro olvido.

Cual las olas del mar en la ribera,
Una generacion á otra sucede,
Y todas en el piélago insondable
De la sublime eternidad se abisman.
Entre el *ser* y la *nada* media solo
Angosta y frágil valla: el universo
De su propia existencia es ancha tumba.
¿Quién del tiempo veloz ataja el curso?
¿Quién burla de la parca el asesino
Furor? Y ¡cuanta hiel, cuantos pesares
Encierra este mezquino y triste suelo!
¡Oh sabia Providencia! Tú, á la vida
Marcando estrecho límite, previenes
Al mísero mortal perpetuo gozo:
Tras los umbrales del sepulcro brota
El árbol de la paz y la ventura;
Que el placer para el cielo fué creado,
Ni un átomo quedó para la tierra.

Tiende la vista, inconsolable amigo,
Y hallarás que los débiles humanos
En pos se agitan de fugaces sombras
Por sendero de lágrimas y abrojos.
Jamas recuerdan que la fosa helada
Ha de abrirse á sus piés, jamas elevan

Su mente á lo infinito; y apegados
Al cieno en que se arrastran, locos forjan,
Para endulzar la copa de sus males,
Ensueños de reposo y bienandanza.
Míralos ofrecer en hecatombe
Á los caducos goces de su cuerpo
De su inmortal espíritu la dicha.
Unos, amancillando la honra agena,
Sin piedad en hidalgos pechos clavan
De la calumnia el ponzoñoso diente;
Otros, de la avaricia insomne esclavos,
Con torpe ardor y fraudulento lucro
Efímeras riquezas amontonan;
Estos, soltando á la discordia rienda,
Sobre anchos rios de inocente sangre
La excelsa cumbre del poder escalan;
Aquellos.... ¡Ah! ¿Qué lengua lograria
Enumerar las culpas y delitos
De la prole humanal! Y ¿hay quien respire
Satisfecho y feliz? ¡Vana quimera!
Todos anhelan y padecen todos,
Más desdichados cuanto más perversos.

Sufrámos, pues, de la existencia breve,
Cual ponderosa cruz, la dura carga;
Y á templar sus continuos sinsabores,
Del vicio huyendo el venenoso halago,
Corrámos, como á tabla salvadora,
De la augusta virtud al sacro asilo.

Virtud, alma virtud ¡faro eminente
Que de la vida en el revuelto golfo
Destella clara luz! la pena impía
Que el corazon de Antino despedaza
Mitigarás! ¡Oh amigo infortunado!
¿Suspiras, y raudal de acerbo lloro
Derramas? Sí; que en el sepulcro frio,
Como en ocaso el sol de primavera,
Tu linda y tierna y envidiada esposa
Se hundió; y al exhalar su último aliento
Fiero arpon atraviesa tus entrañas;
Y el triste hermano y la aflijida madre,
Á tu cuello abrazados, con gemidos
Á tus gemidos lúgubres responden.

¡Noche fatal! Como aquilon sañudo
Que arrancar desdeñando vil ortiga,
Troncha de flor lozana el verde tallo,
Así la odiosa, inexorable parca
Siempre arrebata al malhadado suelo
La perla de más brillo y más valía.
¡Oh, quién pudiera devolverte, amigo,
Rico tesoro, de tu amor la prenda!
Aun imagino la radiante lumbre
Contemplar de sus ojos, de su boca
La hechicera sonrisa, de su talle
La mágica esbeltez. ¡Cuanta modestia
Y candor y bondad! ¿Como no amarla?
Siempre risueña y cariñosa siempre,

Sus gustos vinculaba en tus antojos,
Y en la tuya su dicha. No el lamento
Reprimas tembloroso, sigilando
Tu dolor; que de un ángel á la ausencia
Debiera en llanto deshacerse el mundo.

Mas no á tus ayes detendrá su giro,
Ni á compasion movido tu espantosa
Angustia aliviará; que encierra solo
Del imperio del mal las crudas plagas.
Piensa en ti mismo, y con afan pregunta
Á tus pasados lustros. ¿Qué se hicieron?
Son eslabones de la gran cadena
Que al borde asida del antiguo caos
El universo ciñe, y de la inmoble
Eternidad en el dintel acaba.
¿Qué se hicieron, Antino? Y ¿qué gozaste?
¿De tu pecho llenaron el vacío
Los mundanales, frívolos deleites?
No; que hirió veces mil agudo dardo
Tu corazon, verdugo de sí propio;
No; que siempre anhelante ni una hora
Dichoso te creiste. ¿Qué es la vida?
Árido yermo do implacables luchan
Desbordadas, maléficas pasiones,
Que se apagan y extinguen á manera
De súbito relámpago en la fosa.
La muerte... Y ¡aun espanto al orbe inspira!
Mar sosegado en que, de engaños libre,

Navega el alma, y al fulgor divino
Del astro hermoso que á Belen guiára
Á los ricos monarcas del Oriente,
Arriba ansiosa al suspirado puerto
De la inefable, perenal ventura.

¡Mísera humanidad! Ni el Creso altivo,
Ni el que lauros adquiere genio ilustre,
Ni el que en régio dosel triunfa orgulloso,
Ni unidos todos los vivientes logran
Una letra borrar del libro eterno,
Donde la mano del CREADOR augusta
El destino y el término trazára
De la estirpe de Adan sobre la tierra.
Pasó tu infancia, Antino: jóven eres
Y ya argentan las canas tu cabello;
Y pronto débil la cerviz doblando
De la odiosa vejez al férreo yugo,
O de fatal dolencia al fiero embate,
Perdida la salud, pálido y triste
En la tumba caerás! Ántes acaso
Dejaré de existir! Cercádme entónces
Los que el cielo habitáis, ángeles puros,
Y acompañando en coro mi agonía,
Infundidme valor! ¡Piedad, DIOS mio!
¡Amparádme! ¡Pequé! ¡Perdon! ¡Solemne
Momento! Y llegará; que presurosos,
Manando rios de letal ponzoña,
Para nunca volver, huyen los años.

¿Quién, amigo infeliz, quién te dijera
Ayer, cuando tranquilo respirabas,
Que hoy, de funesto luto revestido,
En inquietud acerba llorarias
Sobre el yerto cadáver de tu esposa?
La ansiedad y el quebranto son los frutos
De este que hollámos páramo sombrío.
¡Aciaga herencia del primer pecado!

Oye, Antino, mi voz; y si no alcanza
Á calmar de tu pena los rigores,
Si las copiosas lágrimas que vierto
No te sirven de bálsamo süave,
Los ojos torna á la que esbelta crece
Entre tus brazos, niña encantadora,
Del pensil de tu amor linda azucena.
Y no bastando mi leal afecto,
Ni las gracias y halagos de tu hija,
Que las virtudes de su digna madre
Renovará á tu lado y los hechizos;
Tú, que en ingenio superior abundas
Y á la cristiana Fé rindes tributo,
Advierte que, inundada en resplandores,
La que apacible embelleció tus dias
Amante y deliciosa compañera,
Voló sedienta, cual gentil paloma,
Del sumo bien á la INCREADA fuente.

1860.

A CAROLINA CIVILI.

Al son de alegre armonía
Que el mar de Atlante remeda,
Grato saludo te envia
La joya de Andalucía,
Sanlúcar de Barrameda.

Rompiendo en aplausos fieles
Y aclamaciones fogosas,
Pide á sus gayos vergeles
Para tu hermosura rosas,
Para tu genio laureles.

Doble corona á tu sien
Ciñe, y goza en tu alabanza;
Y dándose el parabien,
Abre á tu vida un Eden,
Y otro mejor en ti alcanza.

En ti, que rudo aquilon
O blanda, halagüeña brisa,
Arrancas al corazon
Ya placentera sonrisa,
Ya suspiros de afliccion.

En ti, que inmenso raudal
Vertiendo de pöesía,
Arrebatas ideal
Ya la máscara á Talía,
Ya á Melpómene el puñal.

Rodó entre flores tu cuna
Bajo el puro, ítalo sol;
Y bañada en su arrebol,
En alas de la fortuna
Volaste al suelo español.

Á España, que insigne encierra
El contento y la abundancia:
Del valor clásica tierra,
Que envidió siempre Inglaterra,
Que siempre codició Francia.

Á mi patria, que anhelante
De rendirte admiracion,
Del saber y el genio amante,
Opone al arpa del DANTE
La lira de CALDERON.

Á mi patria, que un laurel
Ostenta de eterno brillo;
Y enalteciendo el pincel,
Con el nombre de Murillo
Contesta al de Rafael.

Lozana, hermosa y gentil
Brillas triunfante en la escena
Como rosa en el pensil,
Como en mañana de abril
Fúlgida aurora serena.

Lenguas vivas son tus ojos,
Tus garzos ojos radiantes;
Y ya dulzuras, ya enojos
Espresan tus labios rojos
En el habla de Cervantes.

Diosa tú del sentimiento,
Pasmo y delicia del alma,
Enlazas, como un portento,
De la beldad á la palma
La corona del talento.

Del arte, en lauros fecundo,
Tu inteligencia adivina
El arcano más profundo,
Y tu espíritu domina
De los afectos el mundo.

Tu voz, que arder hace el hielo,
Magia poderosa encierra;
Y tu mente encumbra el vuelo
Sobre el fango de la tierra
Hasta perderse en el cielo.

¿Quién no se inflama y suspira,
Quién no se arroba y te admira
Cuando, rendida al dolor,
JUANA afanosa delira
En *La locura de amor?*

¿Quién no se conmueve y llora,
Quién no te aclama y adora
Cuando en lucha asaz cruel
MARÍA STUARD implora
La clemencia de ISABEL?

La luz de tu inspiracion
Inunda, célebre artista,
La anchurosa creacion:
Los aplausos tu ambicion,
Y la gloria tu conquista.

La gloria, sí! Del olvido
Rasgarás la niebla oscura;
Y tu nombre esclarecido,
Por la Fama repetido,
Vivirá en la edad futura.

Yo, que ensalzarte ambiciono
Cuando tus triunfos contemplo,
Al silencio me abandono;
Mas te alzo en mi pecho un trono
Y en mi fantasía un templo.

Falto de númen y brio,
En vano cantarte ansio;
Que funestos desengaños,
No la nieve de los años,
Helaron el estro mio.

Don Diego Herrera y Espinosa,

Canónigo Doctoral

de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz.

Ántes que rompa mi enlutada lira
Y se apague mi acento desmayado,
Levantar al cenit tu nombre anhelo
Y consagrarte melodioso canto.
Tú, de mi edad primera en los abriles,
Fértil semilla desparciste ufano,
Y de mi juventud en el Oriente
El vívido fulgor del entusiasmo:
Tú, del saber á la morada augusta,
Encaminaste mis inciertos pasos,
Y á sentir y á pensar tú me enseñabas,
Mi corazon y mente sublimando:

Tú, de la excelsa pöesía al trono,
Mi espíritu elevaste en divo rapto,
Y escuché de los cisnes inmortales
Ilustres versos por tus doctos labios.

Y extática mi jóven fantasía
En estro se inflamó vivo y sagrado
Que rebosó en mi pecho, cual torrente
Que ensancha el cauce á fecundar los campos.

Alas me diste para alzar el vuelo,
Y águila audaz lanzada en los espacios,
Solté erguido la voz, hiriendo el arpa,
Órgano de mi ser, don de tus manos.

¡Ah! Si del tiempo asolador venciese
Mi férvido cantar el crudo estrago,
Y esculpido brillase en tabla de oro
En la cumbre gloriosa del Parnaso,

Tuyo fuera el honor de la victoria,
Tuya la ínclita prez, los timbres claros,
Y á mi tumba una hoja bastaria
De tu corona de laurel preciado.

Y ¿á injusto olvido, indiferente el alma
Condenarte podrá? Primero el astro,
Rey de la creacion, mudará en sombras
El esplendor de sus hermosos rayos,

Y detendrán las horas su carrera,
Y su vaiven perenne el Oceáno,
Que tu memoria de mi noble mente
Se extinga y borre como fuego fatuo.

Pura se enlaza á la de aquellos dias
Alegres, deliciosos, bienhadados,
En que vertiste en mi tranquilo seno
De ciencia y de virtud aroma blando.

Huyeron con sus risas bulliciosas
Y su voluble ardor y juegos vanos,
De tu amistad dejándome el tesoro,
Y de instruccion magnífico legado.

¡Cuanta de entónces súbita mudanza!
¡Cuan fugaces deslízanse los años!
Yo abracé el sacerdocio del derecho,
Tú el de la Religion augusto y santo.

¡Incrédula *impiedad*! Y ¿osada niegas
De la Fé el resplandor inmaculado,
La alta grandeza, el galardon eterno
Y el poder infinito y venerando?

Tú, que nacido de preclara estirpe,
Respirabas risueño en solaz grato
Dulces auras de amor y de ventura
De tu existencia en el sereno Mayo;

Tú, que bebiendo en la castalia fuente
Sublime inspiracion, digna de Horacio,
Al vergel de la sacra Teología
Flores prestabas de matices varios;

Y humanista y filósofo profundo
Y erudito escritor y hábil letrado,
Como cedro del Líbano á las nubes,
De la gloria te alzabas en los brazos;

Riquezas y placeres abandonas,
Galas desdeñas, y esplendor y aplausos,
Y por divino impulso al templo vuelas,
Como á limpio raudal ciervo cansado.

Y pronto, ungido de Leví, difundes
De ardiente caridad benignos lampos,
Y celoso pastor en calma guias
Descarriadas ovejas al rebaño.

Con la sal y la luz del Evangelio
Al bueno alientas atrayendo al malo,
Y borras, mensagero del Potente,
Las culpas de los débiles humanos.

Agudos males tu salud destrozan,
Y más firme y ansioso y sin descanso
Al grave ministerio te consagras,
Repitiendo la voz del fuerte Pablo.

¿Quién, de tus dotes la envidiada copia,
De tus virtudes los heróicos rasgos,
Narrará? Ven ¡oh Musa del Carmelo!
Y publícalos tú, que yo no basto.

¡Feliz mil veces quien la farsa loca
Del mundo esquiva y el mentido halago,
Quien desprecia con ínclita constancia
Las vanas pompas y deleites vanos!

¡Feliz quien busca la verdad, cumpliendo
Los rígidos deberes de su estado,
Y la frente al Señor eleva pura,
De los vicios triunfante y los engaños!

¡Bien hayas tú, que por la angosta senda
De la ley apostólica avanzando,
Al incentivo de caducos goces
De la virtud opones el mandato;
Y comprendiendo que la oscura tierra
Es albergue de míseros gusanos,
Aspiras á la espléndida aureola
Que al justo guarda el SANTO DE LOS SANTOS!
¡Oh, que emocion suspende mis sentidos,
Que gozo celestial me embarga, cuando
Te contemplo triunfar de las insidias
Del Orco horrendo, y los traidores lazos!
Ciega la humanidad corre á un abismo
De eterna perdicion. ¡Cuan insensato
El que cifra sus gustos y deseos
En sucio polvo y fétido pantano!
Del Paraiso los primeros padres
Por su culpa no más fueron lanzados,
Y á su prole raquítica en herencia
Quedó la muerte tras miseria y llanto.
Para nunca tornar, vuelan las horas
Tedio, inquietud, angustias derramando,
Y, juguete de rudos aquilones,
La cuna dista del sepulcro un paso.
Relámpago fugaz la humana vida,
Camino de dolor el suelo ingrato,
Y la tumba ancha puerta misteriosa
De otra existencia de inmortal encanto.

Tú, por gozarla, méritos hacinas
En este valle de afliccion luchando,
Como en la tempestad ágil piloto
Se afana por librarse del naufragio.

Al tropel de maléficas pasiones
Tu corazon resiste, amigo caro,
Como se estrellan en gigante roca
Las olas del indómito Oceáno.

Tú, palma de Cadés que erguida reta
Del fiero mundo el torbellino aciago,
Viña fértil de Engaddi que produce
Del consuelo y la gracia el néctar almo!

Tú... Deja que te aclame, que te envidie
Con grata admiracion; pues solo es sabio
Quien la virtud practica, y por la escala
De Jacob sube hasta el EMPÍREO sacro.

¡Ay de mí! Del rubor la llama enciende,
Si un momento contigo me comparo,
Mi pálido semblante, y mis flaquezas
Infúndenme pesar, cáusanme espanto.

Inquieto gimo, y lágrimas de sangre
Agólpanse á mis ojos anublados,
Y doblo confundido la rodilla
Cual si aguardára del ETERNO el fallo.

Héme, DIOS de bondad, héme contrito
Compasion y clemencia demandando,
Y mi plegaria fervorosa acoge
Por el gran sacrificio del Calvario.

Mírame tembloroso, arrepentido
Con inmenso dolor de mis pecados,
Y convierte la espada de justicia
En oliva feliz de perdon ámplio.

Mi frente de la santa penitencia
Cubrirá la ceniza luengos años,
Y el arpa de Sion me dará un ángel
Para ensalzar tu nombre soberano.

Y tú, á quien brindo de mi estéril vena,
De sincera amistad en justo pago,
Sentidos versos, chispas de mi alma,
Que el peso oprime de fatal quebranto;

Ruega al Adonaí de tierra y cielo,
Al descender á tus benditas manos,
Que me conceda, como á ti, en su alcázar
Dicha inefable y sempiterno lauro.

1860.

EN LA PROFESION

DE UNA MONJA CARMELITA

Al puro rayo de la FÉ cristiana
Que presta al corazon vívido aliento,
Al claustro corres, y el fugaz contento
Del mundo esquivas, y la pompa vana.

De cerrado vergel rosa temprana,
Crecerás sin temer sañudo viento;
Casta paloma en dulce apartamiento
Morarás libre de tormenta insana.

Ardiendo heróica en místicos amores,
Joyas truecas y ornato esplendoroso
Por áspero sayal y humilde velo:

Mientras corona de inmortales flores
Te previene, abrazada al SACRO ESPOSO,
TERESA DE JESUS en el Carmelo,
y de tu confesor el gran consuelo.

Á MURILLO,

en la ereccion de su estatua.

(A D. Manuel Cañete, de la Academia española.)

«¿Será que nunca bienhechora mano
Eleve perdurable monumento
En prez del grande artista sevillano?
¿Jamas rindiendo á su memoria honores,
Digno padron levantará orgullosa
De Bétis la magnífica sultana,
Que su cuna de flores
Orló, y de palmas su funérea losa?
¡Estéril anhelar! ¡Querella vana!
Y ¿en mengua de los timbres nacionales,
De las ínclitas artes en desdoro,
Al que en tumba descansa de laureles,
Númen de bendicion, genio fecundo,
Niegan pompa y decoro
Buriles y cinceles?
¡Oh mancilla! ¡Oh dolor! Sépalo el mundo.»

Así, al trémulo brillo
De opaca antorcha, desceñido el manto,
La sien de mustia adelfa circundada,
Prorumpe acongojada
Ante el sepulcro del sin par Murillo
La diosa de la mágica pintura.
Yo ví flotar al viento,
Cuando espiraba en occidente el dia,
Los pliegues de su negra vestidura;
Yo escuché, yo escuché su triste acento,
Que el eco en los espacios difundia
Turbando, oh noche, tu reposo augusto,
Y del lecho salté: mármoles, bronces
Corrí á buscar ufano y atrevido;
Que imaginaba entónces
Del célebre pintor forjar el busto,
Y mi nombre eximir de eterno olvido.

Loca ilusion! Quiméricos antojos
Del juvenil ardor! Tú, que solias,
Alumbrando mi lóbrego sendero,
Benévola acoger las ansias mias,
Pálida luna, en soñolienta calma;
Publica al orbe entero,
Que si burló mi afan destino crudo,
Á dicha el labio pudo
El entusiasmo revelar del alma.
Ignorado pöeta,
Ensayé tu loor, preclaro artista;

Y hendió las altas nubes
En las fogosas alas
De mi naciente inspiracion inquieta.
De tu pincel las galas
Que emulan el fulgor de los querubes,
Celebré arrebatado,
El arpa hiriendo de marfil sonora
Entre bosques de olivas y azahares;
Y hasta el Cisne divino de Eliodora,
Del polvo de la huesa levantado,
Repitió al universo mis cantares.

¡Oh, cuantas, cuantas veces,
Ya en las ruinas de Itálica famosa,
Ya en la cima gigante
De Osseth, ó del GRAN RIO
Reclinado en la márgen deliciosa,
Mi voz en tu alabanza
Solté, MURILLO insigne, al aura errante!
¡Cuantas, de la sencilla
Amistad noble desdeñando el ruego,
Y opíparo festin y alegre danza,
Tus cuadros contemplé fascinadores,
Que ostenta al mundo la imperial Sevilla!
Magnífica ciudad, mansion de amores,
Que de rosas ceñida y azucenas,
Y halagada por céfiros de aroma,
Aduna al genio de la sabia Atenas
El esplendor de la potente Roma.

Yo, sus antiguos muros,
De mi existencia en la fugaz mañana,
Saludé, fijos los vivaces ojos
En la arabesca torre soberana,
Que de un vuelo midió la osada mente;
Yo, avaro de emociones,
Penetré en la de Herrera
Fábrica esclarecida, recordando
De Colon el esfuerzo omnipotente,
De Pizarro y Cortes la saña fiera;
Yo, del grandioso Alcázar los salones,
Do la opulencia brilla
Del culto moro, recorrí, soñando
De la zambra escuchar los gratos sones;
Yo visité, del orbe maravilla,
Muda la lengua, atónito el deseo,
La soberbia Basílica triunfante,
Paladion de las artes suntüoso,
Del CRISTIANISMO colosal trofeo;
Yo... Mas nada ¡oh MURILLO portentoso!
Nada absorvió mi espíritu anhelante
Como las ricas, indelebles huellas
De tu genio inmortal, vivas centellas
De entusiasmo y FÉ pura,
Que los tipos afrentan de natura.

Á ti fué dado, seductor MURILLO,
La corona ceñir del grande Apeles,
Y aplausos alcanzar y bendiciones,

Con la suave espresion, el tierno brillo,
La gracia peregrina
Y hechicera beldad de tus pinceles:
Á ti los corazones
Embebecer, arrebatar las almas,
Difundiendo las tintas ideales
Y trazando las formas celestiales,
Que te cubrieron de gloriosas palmas.
¿Quién no admira en sabroso arrobamiento
Los dulces toques de tu diestra mano,
Los rasgos mil de tu creador talento,
Fecundo como en perlas Oceáno!
¿Quién no siente en sublime
Rapto elevarse á la radiosa cumbre
Del angélico Eden... Tus lienzos miro,
Donde la eternidad su marca imprime,
Tus lienzos, que destellan sacra lumbre,
Y extático suspiro,
Y aura fragante de virtud respiro.

Ellos, ricos florones
Del católico altar, que infunden celos
Al Vaticano, clásicos modelos
Que envidiosas codician las naciones,
Trompas son de tu fama
Y pedestal excelso de tu gloria.
Al orbe señorea
De tu númen feliz la diva llama,
Y eternizar logrando tu.memoria,

Centellante campea
Sobre el torrente oscuro de los siglos,
Como el sol en el ancho firmamento.
Contémplala brillar, patria querida!
Y con sonoro acento,
Armónicos loores
Tributa orgullecida
Al pintor de la gracia y la dulzura.
Y tú, que en esplendores
De inspiracion bañada y hermosura,
Entre jardines, mengua á los de Idalía,
Ostentosa descuellas,
La enseña de las artes arbolando;
Tú, que á Europa mostrando
El pasmoso TABOR, de la pintura,
Enaltecida Italia,
Blandes el cetro y tocas las estrellas;
Los ojos vuelve al horizonte hispano,
Y tu laurel divide refulgente
Con el ínclito emporio sevillano,
De ingenios cuna, de entusiasmo fuente.

Triunfo debido á ti, célebre artista,
Príncipe y fundador de su famosa
Escuela... ¿Quién jamas tu prodigiosa
Invencion, tu riqueza en los contornos
Igualó? ¿Quién la magia y el encanto
De tu vario y acorde colorido?
¡Salve! Cuando vencido,

Como piedra en volcan, al hondo averno
Cayó Luzbel de la region celeste,
Para doblar su oprobio y su quebranto,
Un ángel exclamó: «¡Gloria al Eterno
Y execracion á la ominosa hueste,
Que ruge y tiembla esclava en el profundo!
¡El solo, El solo es grande! Al ancho mundo,
Que en cánticos prorumpe de alegría,
Y su bondad proclama y heroismo,
Como prenda de amor, enviará un dia,
Para nueva ignominia del abismo,
Quien el lienzo animando,
Bosqueje de su rostro venerando
La fulgurante magestad y alteza;
La cándida belleza
De la madre del Verbo y la ternura,
De la inmortal Salen la lumbre pura.»

Enmudeció; y las célicas legiones
«¡Hossanna!» repitieron. Su carrera
Siguió rápida el tiempo, y tras el polvo
De cien generaciones,
El portento anunciado
Apareció en la bética ribera.
Murillo, sí! Murillo, que alejado
Del tráfago importuno, arrancó bellos
Matices al vergel, al sol destellos,
Y con heróico brio
Mostró al vicio halagüeño faz adusta:

MURILLO, que abrazado
De la vida en el páramo sombrío
Á la virtud augusta,
Aprestando el pincel remontó el vuelo,
Águila audaz, hasta el empíreo cielo.

Allí, supremo artista, en mudo pasmo
Los ángeles copiaste reverente,
Mientras vagando en torno desparcian
De aromas y de luz rico tesoro.
Para adornar tu frente
Su preciada aureola deponian,
Y en tu ebúrnea paleta
Los colores del íris derramaban,
Y con las plumas de sus alas de oro
Pinceles te formaban.
¡Quién, como tú, pöeta!
¡Quién grande como tú! Para consuelo
Legaste al bajo suelo
Vivos reflejos del sagrado alcázar,
Donde reina sin fin alma ventura.
¡Oh mortal predilecto! ¡Oh voz! ¡Oh lira!
Canta á la edad futura
El triunfo de su genio sobre humano;
Que si júbilo inspira
Al corazon cristiano,
Del arte encantadora
Que honró MIGUEL y sublimó EL DE URBINO,
Como su disco boreal aurora,

La pompa ensancha y el blason divino.

La hermosura admirad y gentileza
De la VÍRGEN, que espléndida quebranta
Con victoriosa planta
Del infernal dragon la vil cabeza;
De FELIX la espresiva
Actitud, el risueño y candoroso
Semblante, que colora la esperanza
Y augura bienandanza;
De TOMAS la mirada compasiva
Y plácido ardimiento
Al socorrer la mísera indigencia
Con larga mano y paternal cariño;
De ANTONIO el inefable arrobamiento,
En que de hinojos tiende
Los brazos á JESUS, esbelto niño
Que ante la turba angélica desciende;
Y al gran LEGISLADOR ISRAELITA,
Que dura roca hiriendo con su vara,
Brotar hace abundosa fuente clara;
Y en llano, selva y cumbre
De alborozo palpita
La sedienta, asombrada muchedumbre.

¡Oh cuadros inmortales! ¡Oh lumbreras
Del universo! ¡Oh santa,
Inspiradora RELIGION! ¡Dichoso
El que adormido en tu apacible seno,

Como en isla de flores,
Burla el furor del mar tempestüoso,
La saña de los vientos bramadores!
Bañado en la fragancia que atesoras,
De engaños libre, de ambicion ageno,
Tranquilo el fallo de la parca espera;
Y resbalando las fugaces horas
Acrecientan su júbilo sereno.
Tú, con manto de fértil primavera,
Cubres, madre amorosa, su camino:
Tú en sonrisa feliz truecas su lloro;
Y ya el mármol desbaste, anime el lino,
La pluma agite, ó pulse laud sonoro,
Torrentes de entusiasmo y pöesía
Tu mirada radiante
En su alma vierte, que romper ansía
Los terrenales lazos,
Y escalar en tus brazos
Del alto Olimpo el muro de diamante.

Ved en Murillo al justo,
Que apenas el postrer suspiro exhala,
Vuela á adquirir de perenal ventura
Incomparable galardon augusto.
Quedó, empero, á la tierra,
Á más del polvo que su tumba encierra,
De sus insignes obras el tesoro,
Y un nombre, de virtud símbolo y gloria,
Que la Fama grabó en columna de oro

Con el buril de fuego de la historia.
Y ¿suenan todávía
En su modesta losa los clamores
Que allá en los años de mi edad primera,
Al caer las sombras, escuchar solia?
Y ¿la reina oriental que el Bétis baña
Niega á MURILLO honores
Que demanda la voz de Europa entera?
No; que asoma el gran dia
En que la madre España
Con régia pompa y generoso aliento
Logra alzar el solemne monumento.

¡Oh triunfo! Coronando
Los votos de dos siglos resplandece;
Y un grito aclamador lanza Sevilla
Que el ámbito andaluz llenar parece.
Ya en la anchurosa plaza, saludando
Del arte egrégia al inmortal coloso,
Bulle y se apiña innúmero gentío.
Á rendirle homenage fervoroso,
De armónicas orquestas al concento,
Vistiendo galas, rebosando brio,
La opulenta CIUDAD ufana corre:
De su gigante torre
Los címbalos voltea,
Y en sus potentes manos
El estandarte nacional ondea.
Súbito cruzan por los aires vanos,

Del sepulcro el letargo sacudiendo,
VÁRGAS, VELÁZQUEZ, ZURBARAN, HERRERA,
Que «*¡honor y prez!*» exclaman,
Y «*¡honor y prez!*» retumba la ancha esfera.
Lumbre y lauros derraman
En la soberbia estatua; y al estruendo
De aplausos y cantares,
Sacro Guadalquivir, la frente elevas,
Y raudo el himno de alabanza llevas
Hasta el confin de los remotos mares.

Palmas traédme, y ornaré el gallardo,
Marmóreo pedestal; ara esplendente
Do rico aroma de loor humea
Para entusiasmo del novel artista
Y orgullo y gloria de la hispana gente.
Con muda envidia el universo vea
Que al genio siempre honora
Del Cid la patria que á MURILLO adora;
Y resuene mi acento
De la cálida zona al yerto polo,
Y en la bóveda azul del firmamento.
Claros hijos de Apolo,
Que en las béticas márgenes, pulsando
El arpa, don del cielo,
Suspendéis á los dulces ruiseñores,
El murmurio acallando
Del libre viento y del undoso rio;
En pindárico vuelo

Á Helicona hurtad flores,
Que en guirnalda gentil sirvan de ornato
Al busto excelso del pintor famoso:
¡Ínclita ofrenda á su recuerdo grato!
Con estro vigoroso
Sus timbres celebrad en coro unidos;
Y halague mis oidos
De vuestra voz la plácida armonía,
Que extienda el eco á términos lejanos.
Cantad, cantad! La inspiradora llama
Que vuestro noble corazon inflama,
Fuego preste á la mia,
Y brille en vuestros versos soberanos,
Como el fúlgido sol de Andalucía.

1862.

EN EL ESPLÉNDIDO BANQUETE

que dió en su casa D. Benito Rodriguez

A DON JOSÉ LUIS ALBAREDA,

electo diputado á Cortes

POR LA PROVINCIA DE CÁDIZ.

De mi olvidada cítara
Al eco sonoroso,
Al sacrosanto grito
De patria y libertad,
Ardiendo en llama vívida
De entusiasmo brioso,
Conmigo asid la copa,
Y á beber y á gozar.

Ved de inefable júbilo
Y noble orgullo henchido
Al que de hacer las leyes
Alcanza el alto honor:
Al que, arrogante águila
Que vuelo alza atrevido,
Del nacional Congreso
Se encumbra á la mansion.

Mas ¿qué rumor insólito
Esparce el raudo viento?
¿Qué voz sonar escucho
De gozo y parabien?
¿Oís? Sanlúcar férvida
En brazos del contento
Á su jóven patrono
Rinde alabanza fiel.

Sanlúcar..! Ciudad célebre,
La de la amena orilla,
La de las ricas aguas
Y cielo de zafir;
La que al fragante Cécubo
Con sus vides humilla,
Y con sus ninfas bellas
Á Ciprina gentil!

Sanlúcar..! Patria ínclita
De insignes trovadores,

De invictos capitanes
Digna madre inmortal,
Rosa del jardin bético,
Trono de los amores,
De los placeres cuna,
Lucero de ancho mar!

Vistiendo galas nítidas,
Flores á sus vergeles,
Perlas al Oceáno
Demanda con ardor;
Y afable apresta y ávida,
De palmas y laureles,
Cual merecido premio,
Glorioso galardon.

¿No adivináis que plácida
La frente orlará un dia
Del que ha de ser su escudo,
Su intérprete leal?
Sí; que ufano y solícito
Con hidalga osadía
De saber y elocuencia
Raudales verterá.

Fogoso, activo, intrépido,
Con celo infatigable
El bien patrocinando,
Combatiendo el error,

Aplauso obtendrá público
Y gloria perdurable,
Que extenderá su nombre
Por cuanto alumbra el sol.

Brindémos, pues, unánimes,
Brindémos con fé pura,
Brindémos á que en alas
De su ingenio feliz,
Como númen benéfico,
La opulencia y ventura
Logre de Barrameda
Acrecentar sin fin.



D. RAFAEL DE OTAOLAURRUCHI Y RODRIGUEZ,

EN LA MUERTE DE SU MADRE.

Siempre en la paz de los sepulcros hallo
De inspiracion fecunda
Recóndito venero misterioso;
Siempre cubierta de cipres mi lira
En mis ardientes lágrimas se inunda.
Pláceme del oscuro cementerio,
Cuando la tarde espira,
Recorrer el recinto pavoroso,
Y saludar en ecos funerales
Á los que duermen en eterna calma
De la muerte feroz bajo el imperio.
Allí suspensa el alma,
Detestando las pompas mundanales
Que el necio orgullo cria,

Á graves pensamientos se abandona;
Y á los que en torno de las tumbas gimen
En la noche sombría,
Puro, solemne y armonioso entona
Un himno de consuelo,
Que el Ángel de la Fé remonta al cielo.

Vosotros, que perdísteis caras prendas
Que en yerto polvo contempláis trocadas,
Y de ternura y de afliccion ofrendas
Rendís al pié del túmulo funesto,
Alzad la noble mente
De la eternal Salen á las moradas.
Divina Religion, cedro eminente
Que en la cima del Gólgota brotando,
Con sus ramas cobija el ancho mundo
De ventura inmortal frutos brindando;
Tú, del pesar profundo
En la llaga destilas calmadora
Esencia, y de esperanza
Eres, y de almo gozo
Inagotable fuente bienhechora.
Ciega y veloz la humanidad se lanza
Tras deleites que halagan un momento
Y súbito fenecen;
Hojas que arrastra el viento,
Ráfagas que al brillar desaparecen.

De la vida en el valle

Esceden los abrojos á las flores,
Y halla tumba el placer en los dolores,
Y en los placeres cuna
El dolor. Mas ¿qué lúgubre gemido
Á herir viene mi oido?
¿Quién misterioso y lento,
Cual lóbrego fantasma solitario,
Al tibio rayo de la opaca luna,
Penetra en el asilo funerario?
La planta incierta mueve,
Y exhala hondo lamento,
Nuncio elocuente de la pena impía
Que su agitado pecho despedaza;
Y á un sepulcro se abraza,
Abismo de su paz y su alegría.

¡Infeliz! La existencia
Devolver al cadáver fué negado
Del hombre á la sublime inteligencia.
Reina del universo dilatado,
De la gloria se encumbra á los altares,
Y al tiempo desafia.
Sus triunfos y laureles
Multiplicar consigue en nuestro siglo,
Y á impulsos del vapor hiende los mares,
Y abriendo férrea via,
La distancia convierte en dulce abrazo
Que el bienestar de las naciones labra;
Y uniéndolas con más estrecho lazo,

Como su luz el encendido Apolo,
Difunde en breve instante la palabra
Por alambre sutil de polo á polo!
Mas tímida, impotente,
Y confundida ante el invicto brazo
De la parca inclemente,
Humillacion y mengua alcanza solo,
Y hunde en el cieno la orgullosa frente.

¡Inútil, loco afan! La primavera
Agosta el ígneo soplo del verano,
Y el mayor astro de la azul esfera
Sepúltase en el férvido Océáno.
Mas torna alegre abril, y el suelo alfombra
Su manto de colores,
Y el sol, venciendo la nocturna sombra,
Vuelve á ostentar sus límpidos fulgores.
El suspiro postrer lanza el humano,
Y en eterno letargo sumergido,
Nunca despierta, ni jamas respira
El ambiente vital! El mármol yerto
Que en delirio febril besas de hinojos,
No tu clamor traspasa dolorido,
Ni ablandan los raudales de tus ojos.
Espinas el desierto
Ofrece agudas, y la fria huesa
Fétida escoria y hórrido quebranto.
En balde en mar de llanto
Tu corazon se agita; al cielo en balde

Elevas la mirada lastimosa;
Y en balde furibundo,
Sobre la infausta losa,
En sangre juras anegar el mundo.

Ya alivio imploras, de sufrir cansado,
En lúgubre querella,
Y á mí dirijes la pausada huella.
Mas ¡qué miro! ¿Eres tú? ¡Desventurado!
¿Qué buscas del *no ser* en las mansiones?
¿Qué intentas, Rafael? ¿La atroz herida
De tu aflijido seno
Dilatar? ¿Acrecer de tu amargura
El sañudo torrente,
Que la palma frondosa de tu vida
Baña en letal veneno?
¿Agotar de tus lágrimas la fuente
Y cavarte tu propia sepultura?
En el alcázar do la muerte fiera
Entre horribles espectros se levanta,
No esperes más que angustias sobre angustias,
Y á su aleve segur dar la garganta.
De la amistad sincera,
Que al tuyo mezcla enardecido lloro,
Escucha el noble acento,
Que fúnebre y sonoro
Penetra el estrellado firmamento.

«¡*Madre del corazon!*» convulso gritas,

Y los brazos me tiendes,
Y afanoso pretendes
Empaparte en el ámbar del consuelo.
Yo, desdichado amigo,
Más bien que mitigar tu amargo duelo,
Sabré sentir y padecer contigo.
¿Qué barrera, qué abrigo
Bastan contra el dolor que te devora?
¿Como templarlo? Llora
Á la que el ser debiste y yace inerte!
No al fausto y la altivez que inspira el oro,
Que á sus manos cedió próspera suerte,
Abandonó su espíritu sereno;
Que de modestia y humildad dechado,
En complacer cifraba su ventura,
Y en las virtudes su mejor tesoro.
De cariño filial recuerdas lleno
Su bondad y ternura;
Y en acerba congoja
De bárbaro pesar al férreo yugo
Mustia doblas la frente,
Cual desolada víctima inocente
Que aguarda la cuchilla del verdugo.

Grande afliccion que á concebir no alcanza
El desgraciado á quien negó el destino
De una madre el desvelo y las caricias.
Estrella de bonanza
Del doméstico hogar en las tormentas,

En nuestro bien fundando sus delicias,
Del deber el camino
Nos señala apacible y cariñosa,
Y enfurecida increpa y se abalanza
Al que un instante maltratarnos osa.
¿Quién mas digna en la tierra del tributo
De nuestro amor y gratitud? Permite,
Madre querida, que en mis versos suene
Tu dulce nombre en la mansion del luto.
Bellas, como las tintas de la aurora,
Para ti flores tiene
De inextinguible aroma el pecho mio;
Y si decreto impío,
Ántes que al hijo que te ensalza ahora
Y en tus ósculos tiernos se enagena,
Al sueño de la tumba te condena,
Mis labios beberán tu último aliento,
Y espiraré al rigor del sentimiento.

La tuya, Rafael, en noche aciaga
Que nunca olvidarás, cayó en la sima
De la insondable eternidad, que sorbe,
Callada y misteriosa,
Ya al humilde mendigo,
Ya al monarca triunfal, dueño del orbe,
Nacémos para hundirnos en la fosa,
Y de este ingrato suelo y enemigo,
De la mentira asiento,
Del infortunio presa,

Volar á ignotas, plácidas regiones
De lumbre y armonía,
De perdurable, arrobador contento,
Que tras la oscura huesa
Abre al justo, entre angélicas legiones,
La mano del Eterno, cuya sombra
Es el fanal espléndido del dia.
¡Dichoso, Rafael, quien en Dios vive,
Y amando á Dios se ufana,
Y de Dios al morir se eleva al seno!
Miel, que endulza el veneno
De tu angustia voraz, la Fé cristiana
Te brinda murmurando ruego pio;
Que si logró abismar la parca dura
A tu madre, de madres gran modelo,
En las tinieblas del sepulcro frio,
La virtud, envolviéndola en luz pura,
La alzó en sus alas al empíreo cielo.

En sacrosanto ardor allí se inflama
De ventura inmortal mecida en mares,
Y al dulce son de místicos cantares,
Te bendice y exclama:
«Acalla, Rafael, la triste queja,
Y dócil á mi acento,
De esa morada fúnebre te aleja,
Que en sucio polvo y lágrimas abunda.
Enjuga resignado
El llanto acerbo que tu rostro inunda,

Y al bien eterno aspira;
Que la mundana dicha es humo leve,
Grano de incienso en llameante pira.
No mi ausencia lamentes desolado;
Y en el amor de tu envidiada esposa,
Discreta á par que hermosa,
Y en las gracias y halagos seductores
De tu prole gentil ¡ángeles bellos
Que tanto idolatré! busca el asilo
Do conjures tranquilo
Las deshechas borrascas de la vida.
Exento de temores,
Con ellos goza, afánate por ellos;
Que ornando de azucenas tu camino,
Te servirán de impenetrable egida,
Hasta que ansioso de mejor destino
Sacudas libre los terrenos lazos,
Y del coro seráfico al concento,
Respires en mis brazos
Del PADRE CELESTIAL el sacro aliento.»

1866.

EL ARROYO.

¡Védme sufrir! Arroyo trasparente
Por ancho cauce de lozanas flores
Frescor brinda á las aves y pastores,
Jugo á las plantas, música al ambiente.

Mas si el invierno la aterida frente
Eleva entre huracanes bramadores,
Marchitos de su orilla los verdores,
Gime, presa del hielo, su corriente.

Así libre y ufano sonreia
De la ilusion por la radiante cumbre,
Rosas hollando en mi niñez serena.

Mas ¡ay! que huyó el placer del alma mia,
Y arrastro en perdurable servidumbre
De acerbos infortunios la cadena.

A

D. JOSÉ HIDALGO Y COLOM.

I.

Hoy que alientas victorioso
De la enfermedad aguda,
Que intentó con mano cruda
Arrastrarte al ataud;
Responde afable y gozoso
Á la voz del labio mio,
Al parabien que te envio
En ecos de mi laud.

Tu cara familia en llanto
De júbilo se deshace,
Y te halaga y te complace,
Y gracias rinde al Señor.
Tierno regocijo santo
Que tu gran triunfo proclama,
Y el estro lánguido inflama
De este oscuro trovador.

Pasó la tormenta impía
Con sus rayos destructores,
Y bañan vivos fulgores
De tu existencia el abril.
Salud cobras y alegría,
Y de ilusiones ceñido,
Ágil te lanzas y erguido
De Minerva en el pensil.

Estudia, y sus flores bellas,
Encanto puro del alma,
En horas de dulce calma
En galardon cogerás.
Estudia, y gózate en ellas
Su rico aroma aspirando,
Que de los siglos triunfando,
No se marchitan jamas.

Estudia, y del pensamiento
Disipa la niebla odiosa
De la ignorancia ominosa,
Que aborta males sin fin.
Y en las alas del talento
Que debiste á la fortuna,
Vuela del sol á la cuna
Y de la tierra al confin.

Y ya del radiante Apolo
Midas el ígneo volúmen,

Ó con inflamado número
Alces sonora cancion,
Ó arrostres de polo á polo
La soberbia de los mares,
Ó en los sagrados altares
Cumplas excelsa mision;

Ya penetres de natura
Los arcanos pasmadores,
Ó en cálculos superiores
Muevas severo compas,
Ó á la avara sepultura
Arranques al que padece,
Ó al cadalso que estremece
Un inocente quizas;

Ya la balanza de Astrea
Rijas al deber atento,
Ó en gallardo monumento
Luzcas mágico cincel,
Ó, fruto de ardua tarea,
Traces puente, férrea via,
Ó los timbres á porfia
Multipliques del pincel;

Ya imites en generoso
Bridon de Marte el ejemplo,
Ó pórtico, alcázar, templo
Consigas diestro elevar,

Ó combines ingenioso
Armonía regalada,
Ó en la tribuna encumbrada
Viertas de elocuencia un mar;

Aplauso y prez esplendente
Lograrás, y tu memoria
En los fastos de la historia
Ínclito, perpetuo honor.
Del genio la antorcha ardiente,
Unida al saber profundo,
De luz llena el vasto mundo,
Y alcanza eterno loor.

II.

Demóstenes y Homero sobre Grecia,
Ciceron y Virgilio sobre Italia,
La sien ceñida de radiante lauro,
Como altivos colosos se levantan.
La trompa de Ilion remeda Eurotas
De Aquíles proclamando las hazañas;
Tíber aplaude á Eneas repitiendo
La querella postrer de Dido infausta.
Aun en la tumba de Filipo truena
Y sus cenizas estremece heladas,
Como deshecha tempestad sublime,
Del orador vehemente la palabra.

Aun se escucha, al tender la noche el velo,
En la ciudad de Rómulo preclara,
Del grande acusador de Catilina
La voz solemne, persuasiva y sabia.
César, César allí! Su augusta sombra
Por el desierto Capitolio vaga,
El acero vibrando con que hundiera
Del Rubicon las formidables vallas.
Los timbres de Pompeyos y Scipiones
Eclipsa al par que al vencedor de Cánnas,
Y hasta al caudillo macedonio escede,
Ante quien mudo el orbe se postraba.
Allí tambien del cisne de Venuso,
Que al célebre de Tébas emulára,
Resuena el canto, y sus ilustres manes
Giran orlados de inmortal guirnalda.
Si de la antigua edad la vista aparto
Y en era más reciente oso fijarla,
Hallo al terrible Dante, á cuyo acento
Los monstruos tiemblan del averno y callan.
Tasso y Ariosto, que su lira heredan,
Admiracion al universo causan,
Y esplenden, y el de Urbino y Buonarrota
En el grandioso templo de la Fama.
Cual perínclito rey del ancho Ponto,
Domador de huracanes y borrascas,
Miro alzarse á Colon sobre su mundo,
Que ofreció humilde á mi querida patria.

Se eleva sobre el reino lusitano
El que los triunfos ensalzó de Gama,
Y el que alas diera al pensamiento y vida,
Insigne Guttemberg, sobre Alemania.
Fuerte leon sobre su rica presa,
Á Richelieu contemplo sobre Francia,
Sobre Inglaterra descollar á Mílton
Y á Miguel de Cervántes sobre España.
Murillo, Calderon... ¡Oh, cuantos genios,
El orgullo abatiendo de la parca
Y al tiempo dominando y al olvido,
Al orbe ostentan inmortales palmas!

III.

Sigue, jóven, sigue ufano
De las ciencias el camino,
Y un tesoro peregrino
De delicias hallarás.
Sigue; y laurel soberano,
De alabanza honroso emblema,
De gloria eternal diadema,
Á tu frente enlazarás.

¡La gloria..! Néctar fragante,
Del alma afan y alimento,
Que insólito y sacro aliento
Infunde al humano ser!

Bella maga rutilante
Que esclarece oscuro nombre,
Y convierte en dios al hombre
Que nunca ha de fenecer!

¡La gloria..! Preludio grato
De aquella á que nos convida
El que al mundo presta vida
Omnipotente CREADOR!
¡La gloria..! ¿Quién insensato
Desprecia su diva lumbre?
¿Quién á escalar su alta cumbre
No se arroja con ardor?

¡La gloria..! Tambien yo un dia
Corrí ansioso tras su huella,
Tambien yo cifraba en ella
Mi orgullo y felicidad.
Mas se empeña todavía
En negarme sus favores,
Y lamento sus rigores
En tediosa oscuridad.

¿Quién soy yo? Débil pöeta
Que para sufrir existe,
Arbusto ignorado y triste
Que azota fiero aquilon.
Y en vano la mente inquieta
En pos de triunfos se lanza,

Forja en vano de esperanza
Ensueños el corazon.

Como raudal entre abrojos,
Se desliza mi existencia,
Y en la paz de mi conciencia
Consuelo busco y sosten.
No más contemplan mis ojos
Que ingratitudes y engaños,
Y hasta el peso de los años
Comienza á abrumar mi sien.

No así tú; que orgullecido
Ardes, ganoso de fama,
Del entusiasmo en la llama
En alegre juventud.
Mas, triunfante y engreido,
No olvides que valen ménos
Los nobles lauros terrenos,
Que los de la alma virtud.

Nunca amancille tu frente
La sombra del ateismo,
No á falaz materialismo
Tributes adoracion;
Ni de Voltaire impudente
El vil sarcasmo secundes,
Ni en torpes dudas abundes
Por la senda de Pirron.

Sírvate la Fé de escudo
Y la Caridad de guia,
La Esperanza de ambrosía
En este valle de hiel.
¿Qué importa que dardo agudo
Vibre la impiedad artera?
La Cruz sacrosanta impera
Sobre el inicuo Luzbel!

Firme siempre y fervoros o
Á la Religion divina
Del Mártir de Palestina
Alza en tu pecho un altar.
Y con renombre glorioso
Y de virtudes modelo,
Lustre añade al patrio suelo,
Y vive para gozar.

1866.

PARÁBOLA.

TRADUCCION DEL ALEMAN.

La tarde espira.—El hijo
De Fingal, de Morven el cantor ciego,
En los riscos sentado
Que rodean su gruta pedregosa,
Yace en silencio: al lado,
Más que el azul del firmamento hermosa,
De su amor fruto, la gentil Malvina
Ni un eco, ni un suspiro exhalar osa.
—Prenda del corazon, dijo el anciano,
¿Despeñó ya su carro en occidente
El padre soberano
De la luz, y el crepúsculo en el cielo
Alza, teñida de ópalo, su frente?
—Sí! la doncella respondió abatida,
Un ¡ay! lanzando de congoja y duelo.
—¿Por qué suspiras? Díme...—Porque eterna
Sombra cubre tus ojos,

Y para ti no luce ¡suerte impía!
El monarca del dia,
Ni ostenta la natura
De sus galas la pompa y hermosura.
—Verdad, hija del alma! Si un instante
Pudiera tu semblante
Contemplar... Mas ¿acaso
No oigo tu dulce acento
Mezclarse al blando son de mis canciones,
Y á espíritus sin cuento
Que, al par que en repetirlas se recrean,
Entre las cuerdas de mi ebúrnea lira
Ledos revolotean?
—Y ¿como, padre mio,
De esos que en torno de tus sienes vagan
Númenes divos, invisibles genios
Que te aplauden y halagan,
Logras la peregrina
Voz armoniosa percibir?—Malvina!
Solo aquel para quien se hundió en profundo,
Lóbrego abismo el mundo,
Solo aquel á quien fiero
Hado negó admirar sus brilladores
Panoramas y excelsas maravillas,
El murmurio süave y delicioso
Escucha de los mundos superiores.
Ántes que al soplo de la cruda muerte
Sus ojos á la luz ciérranse tristes;
Y para el ciego la creacion entera,

De la noche en el manto luctüoso,
Cual mole inmensa, denegrida, inerte,
Envuelta yace en fúnebre reposo.
Mas así como el orbe se ilumina
Con el limpio fulgor de las estrellas
Cuando adormido y lánguido aparece
En tinieblas velado,
Así tambien, Malvina,
El que sin tregua mísero padece
En perdurable sombra sepultado,
Recibe en galardon del alto cielo
Puros rayos de lumbre rutilante,
Que entusiasmo creador y heróico brio,
Serpeando entre las cuerdas de su lira,
Infunden en su espíritu anhelante.
¡Dámela y cantaré: pulsarla ansío!
  Calló Ossian: Malvina silenciosa
La lira le entregó; y el bardo ciego,
De su ferviente inspiracion en alas,
Se elevó como raudo torbellino
De esplendoroso fuego.

A LA

ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

(A D. Francisco J. Matheu, D. Esteban Ruiz de la Cruz y D. Juan Pablo Matheu y Zarazaga.)

¿Quién á mi frente mustia
Ciñe espléndido lauro? ¿Quién coloca
En mis lánguidas manos
El arpa de los bíblicos cantores,
Que estremece á los déspotas villanos?
¿Quién en mi yerta boca
Vierte aliento divino
Sublimando mi ser? Tu imágen pura,
En carro diamantino,
Excelsa Religion, ante mis ojos
Se eleva revestida de hermosura;

Y bañado en tu aroma el labio mio,
Y en tu lumbre mi alma,
Celebro tu grandeza y poderío,
Y arranco al mundo inmarcesible palma.

Tú, de paz y consuelo
Y de ventura inagotable fuente,
Que en el monte brotó de Palestina
Á fecundar el dilatado suelo!
Aurora peregrina
De redencion...! Alborozáos, mortales!
Y en plácido concento
Aclamádla sin fin de zona á zona.
La cruz su enseña, la verdad su acento,
Su pedestal la cumbre del Calvario,
La Fé su escudo, el cielo su corona,
Y la inmensa creacion su santüario.
Á su soplo fecundo
Los ídolos del torpe gentilismo
Se hundieron como piedra en el profundo;
Y del puñal triunfando y de la hoguera,
Como cedro del Líbano frondoso
De fieros aquilones,
Arrastró invicta en su inmortal carrera
Diademas, tronos, pueblos y naciones.

Águila omnipotente
Que á sañudas tormentas desafia,
Paró el vuelo en el alto Capitolio;

Y ufana y ostentosa,
Añadiendo á sus galas
Del grande Constantino el áureo manto,
Recorrió victoriosa
Tugurio humilde y opulento solio,
Y cubrió el universo con sus alas.
Augusta RELIGION, tuyo mi canto,
Mi númen tú! De las virtudes madre,
Que del célico Eden brinda las flores,
Velada en resplandores,
De la IGUALDAD alzaste la bandera;
Y tu voz repetia:
¡TODOS HIJOS DE UN DIOS, TODOS HERMANOS!
Y absorta de alegría,
Cayó á tus piés la humanidad entera,
Y el alcázar tembló de los tiranos.

¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! Levantad la frente,
Y al gozo el pecho abrid los que sumidos
Yacéis en afrentosa servidumbre.
Vuestros hondos gemidos
Trocad en ledos himnos de alabanza,
Que retumben del orto al occidente.
La benéfica lumbre
Que el sagrado Evangelio al orbe envia,
Colma vuestra esperanza;
Y del error las nieblas disipando,
Desde el abismo del oprobio infando,
Á la eminente cumbre

De vuestra innata dignidad os guia.
Recobrádla; y decore vuestras sienes
La radiante aureola
Que al nacer recibísteis del Eterno,
Y arrancáros logró con garra impía
Execrable ministro del averno.

No ya, al eco de músicas guerreras,
Cristiana Roma, en tu sangriento circo
Sucumbir los verás, pasto de fieras;
Ni en alarde asesino
Cubrirás, de tus Césares gloriosos,
Con sus cabezas, el triunfal camino.
Regocijáos; que siervos y señores
Con vínculos se enlazan fraternales,
Y ante el SER INCREADO
Al excelso monarca sois IGUALES.
Regocijáos; que como abril devuelve
Al yermo campo aromas y colores,
Así, en amor bañado,
El último suspiro del Cordero,
Dicha anunciando, os vuelve,
Perdida joya, el esplendor primero.
Regocijáos; que su postrer mirada,
Como lampo solar la nieve dura,
De vuestra vil cadena
Derrite los pesados eslabones;
Y vuestro labio «¡Libertad!» murmura,
Y el ancho mundo «¡Libertad!» resuena.

¡Hija del Cristianismo,
Libertad sacrosanta, los espacios
Llena tu nombre! Déspotas infames,
Que en soberbios palacios,
De lisonja servil al vago arrullo,
Uncís á vuestro carro el pueblo inerme
Y su sangre bebéis en copa de oro;
Miéntras sumiso duerme,
Alzad bríndis sonoro,
Celebrando en opíparos festines
Su penuria y tormento,
Vuestros amaños torpes y ruines,
Y su mudo, oprobioso abatimiento.
Mas ¡temblad ¡miserables! si despierta!
¡Ay de vosotros si «*¡venganza!*» grita,
Y, alborotado mar que el cierzo irrita,
Se agolpa hirviendo y llama á vuestra puerta!
¡Huid! De justa indignacion henchido
Y de implacable encono,
Castigará vuestro espantoso crímen:
Como leon herido
Que los hierros quebranta que le oprimen,
Indómito y furente,
Trizas hará vuestro elevado trono,
Vuestra corona ceñirá á su frente.

¡Huid! Ante su esfuerzo
Poderoso ¿qué sois? Fantasmas vanos
Que ostentan vieja púrpura en los hombros,

Oropel irrisorio en la cabeza,
Frágil caña en las manos.
Vuestra opresion abominable acaba
Do, por entre cadáveres y escombros,
Á descollar empieza
La Libertad, que vuestro pié abismaba.
Y en balde lucharéis! Aprestad grillos,
Cadalsos levantad, blandid puñales,
Y hasta evocad los monstruos infernales
Para extirparla, y proseguir hollando
Altos derechos, santas prescripciones.
Afan inútil! Ella,
De valor tipo, de constancia estrella,
Inspiracion de grandes corazones,
Abatirá vuestro arrogante vuelo.
Caeréis, como del cielo
Satan! Morir matando,
Manchar con nuevos crímenes la historia
En vuestra hora postrera,
Alcanzaréis no más! Por cada tumba
Que abráis, cien campeones
Se alistarán en su ínclita bandera;
Y gozosa y ufana,
Execrando sin fin vuestra memoria,
De triunfo el himno entonará mañana.

¡Claro y hermoso dia
Que en breve ha de asomar! ¡Ilusion pura
Que arrebata mi jóven fantasía,

Bañándome en aromas de ventura!
El ave cruza LIBRE la ancha esfera,
LIBRE el pez vaga en las salobres olas,
LIBRE en inculto páramo la fiera;
Y ¿esclavo el hombre vivirá? Mas ¡cielos!
¿Qué lúgubres clamores,
Cual punzantes abrojos,
Mi corazon desgarran improviso
En alas de los ecos voladores?
¡Oh ignominia! ¡Oh dolor! Tiendo los ojos
Por las playas de América remota,
Y mi espíritu lanza horrorizado
Lastimosa querella
En profunda afliccion. Cesad, crueles!
Y ¿el hombre al hombre con furor azota?
Y ¿el hombre al hombre sin piedad degüella?
Y á la virtud negado,
¿En afrentar y herir busca laureles?

¡Inaudita maldad! Ábrete y sorbe,
Infierno, á los Caines execrables
Que envilecer y consternar el orbe
Procuran! Infelices
De negra tez que, á la esperanza muertos,
Sello infamante y largas cicatrices,
Para mengua del siglo diez y nueve,
Mostráis de polvo y de sudor cubiertos;
En mi solemne canto,
Que raudo el viento os lleve,

Los ayes recibid de mi sentida
Compasion y amargura,
De la indignada Europa el noble grito,
Y de la humanidad el triste llanto.
De miseria y tortura
En mar inmenso flota vuestra vida,
Como envuelta en las sombras del precito.
Tímidos, apenados os contemplo,
Mansos corderos que devora el tigre,
Sin familia ni hogar... y hasta sin templo!
Nacer, ¡solo nacer vuestro delito!

Pérfido engaño, fiera alevosía
Os circundan, humillan y atormentan;
Y para más escándalo y oprobio,
Objeto sois de lucro y mercancía,
Y siempre vuestros males se acrecientan.
¡Oh baldon! ¡Oh infortunio
Sin igual! ¡Presenciándolo, seria
Dulce el cadalso al temeroso reo.
Allá agitarse veo
Anciano suplicante
Que de rodillas trémulo solloza,
Miéntras cruza su espalda ensangrentado
El látigo estallante
De cómitre feroz que rie y goza;
Allí escuálido niño,
En cuadra hedionda sobre paja y cieno,
Al cansancio rendido y la fatiga,

Dormita apénas, y álzase azorado,
De aciago pavor lleno;
Este, aquí, débil jóven, gruesa viga
Á soportar forzado,
Como tronchada flor, cae sin aliento
Bajo la odiosa carga
Que magulla sus miembros doloridos;
Aquel, no léjos, con heridas ciento,
Lanzando horripilantes alaridos,
En abandono y agonía amarga
Convulso espira y yerto,
Como reptil inmundo en el desierto. ¡Ay Ruperto!

Mirad la angustia y anhelante lloro,
La terca lucha y espantosa ira
De la madre infeliz, que en su hijo tierno
Cifrando su tesoro,
Ve abalanzarse al mayoral sañudo
Que arrebatarlo intenta de sus brazos,
Y vencedor en el combate rudo,
Á su vista lo arroja hecho pedazos.
¡Infame atrocidad! ¡Maldito seas!
¡Oh, cuanta escena de ignominia y dolo!
¡Cuantos ayes do quier! ¡Cuantos horrores
Que á bosquejar no acierto! ¡Sentir, solo
Sentir! ¡No encuentra mi pincel colores!
¡Oh Dios! ¿Conque es en vano
Que su sangre en el Gólgota vertiera
Por vosotros Jesus! ¿Conque villano

El hombre, á impulsos de codicia artera,
Del hombre es el verdugo, no el hermano!
Y ¿su embotado corazon de roca
No ablandan los fecundos manantiales,
Cristiana CARIDAD, de tu doctrina?
Y ¿su ofuscada mente no ilumina
De la razon la antorcha y de la ciencia?
Y ¿siempre triunfará..? ¡Quimera loca!
Sin LIBERTAD, mortales,
¿Qué tormento mayor que la existencia?

¡Maléfica ambicion! Tú, que orgullosa,
Insaciable sirena,
Puñal clavaste agudo
En el pecho de CÉSAR alevosa
Y á BONAPARTE hundiste en Santa Elena;
De tu opulencia cara
Los lindes ensanchar imaginando,
Ciega giras y avara
Las leyes de JEHOVÁ pisoteando.
Tú, audaz y placentera al vil desdoro
Del esclavo y terrible sufrimiento,
Tu esplendor aumentar y tu grandeza,
Ardiendo en sed hidrópica de oro,
Sueñas con sus vigilias y sudores.
Mas ¿quién hermosas flores
Busca en seco erial? De la riqueza
Cuna es la LIBERTAD, que bienhechora
Vigor da al brazo, al pensamiento alas,

Y nuevos cauces á la industria abriendo,
Centuplica y mejora
Del trabajo los frutos, concibiendo
Y coronando empresas colosales.
Clara, abundosa fuente,
Rotos los grillos de ominoso hielo
Con que oprimió el invierno su corriente,
Dividida en raudales,
Alegre corre y fertiliza el suelo.

Horrenda esclavitud, monstruo gigante
Que la cerviz, de impía saña lleno,
Elevas arrogante
Vomitando mortífero veneno;
¿No habrá en el universo dilatado
Un Hércules que aplaste furibundo
Tu indómita cabeza?
¿Donde la dignidad y la nobleza
Estan de la criatura
Que á su imágen formó el OMNIPOTENTE?
¿Donde el honor, decídme, y la cultura
Y la conciencia de la edad presente?
Y ¿aun mudas las naciones
Contemplan ¡ay! en calma ignominiosa
Tan atroz espectáculo¿ Y ¿al viento
No despliegan los bélicos pendones?
Y no tragas, bramando turbulento,
¡Oh mar! la nave odiosa
Que vuela silenciosa

Á sorprender y encadenar..! ¡Oh mengua!
¡Oh rabia! De la tumba,
COLON, álzate, y logra en tu hemisferio
El comercio extinguir de carne humana,
Y respire la tierra americana
De la IGUALDAD bajo el feliz imperio.

Un CREADOR, una estirpe... Abyectos seres,
Desdichados autómatas, que al cielo
Debísteis, como el sol vívida lumbre,
Inteligencia y alma,
No lloréis como débiles mugeres,
Y del martirio la funesta palma
Convertid en acero centellante.
Llegue el terrible instante
De vencer ó morir! Armad la diestra
De indignacion latiendo y de esperanza;
Y ansiosos de venganza,
Haced de vuestro brio
Y heredado rencor cumplida muestra.
Ya del sepulcro frio,
Á impulsar y acrecer vuestros furores,
«¡LIBERTAD!» por los aires repitiendo,
La sombra de ESPARTACO se levanta,
Que abomina y espanta
A los que os vilipendian y torturan
Infames opresores.
Exterminarlos, en encono hirviendo,
Jurad de vuestros padres en memoria;

Y ceñida de lauros triunfadores,
La LIBERTAD os lleve á la victoria,
La LIBERTAD al templo de la gloria.

Pero no! Resignáos; que el divino
REDENTOR, del Calvario en la alta cima,
Perdonó á sus verdugos alevosos,
Y á padecer tormentos afrentosos
Con su ejemplo os anima.
¡Resignáos! ¡Sufrid! ¡Ese el camino
Que á su mansion os guiará gloriosa,
De perdurable bienandanza llena.
Ni vuestros brazos á romper bastáran
La que os abruma bárbara cadena,
Cuyo rumor siniestro, que baldona,
Cual sorda maldicion, y aterra al mundo,
De polo á polo suena.
Suena; y duelo profundo,
Y eterna, incomparable desventura,
UNION AMERICANA,
Como tañido fúnebre, te augura.
¿Te encumbras LIBRE para ser *tirana*?
Tú, que en honor de los paternos lares,
Sobre el hundido trono de los reyes,
Alzaste victoriosa
Á la sagrada LIBERTAD altares;
Tú, que envuelta en las orlas de su manto,
Sus venerandas leyes
Aplaudes jubilosa,

Y, seguro y tranquilo,
Das á la errante humanidad asilo,
Inquietud á los déspotas y espanto;
¿Osas, sin recelar destino adverso,
Sin temer el ardiente
Rayo de Dios qne abismará tu frente
En cenizas y escombros,
Elevarte á la faz del universo
De innúmeros esclavos en los hombros?

¡Sarcasmo! ¡Afrenta! ¡Crímen
Que al de Sodoma impúdica supera,
Y al de Salen proterva casi iguala!
¡Míseros! Tiemblan, gimen,
«*¡Piedad!*» clamando á la creacion entera
Que hondo lamento conmovida exhala.
Mas ¿qué voz la ancha esfera
De regocijo inunda,
Y aliento infunde á la cansada mia?
¿Qué insólita alegría
Del orbe por los ámbitos derrama,
Montes salvando, trasponiendo mares,
La trompa de la Fama
En torrentes de célica armonía?
¡Oh LINCOLN inmortal! ¡Salve! Tu labio,
Entre vivas, aplausos y loores,
«¡ABOLICION y LIBERTAD!» proclama;
Y raudo «¡ABOLICION!» repite el viento,
Y bañado en fulgores,

«¡ABOLICION!» devuelve el firmamento,
Y «¡ABOLICION!» retumba
Del gran WASHÍNGTON en la excelsa tumba.

Y al espontáneo, universal, solemne,
Grato clamor el mausoleo estalla;
Y el célebre GUILLERMO lo abandona;
Y de FRANKLIN, HANCORS y ADAMS seguido,
Con magestad severa
Que turba á los tiranos y avasalla,
Tributa de laurel digna corona
A vuestro SALVADOR esclarecido.
¡Oh dicha! ¡LIBRES sois! Erguid el cuello,
Olvidad sobresaltos y pesares
En el regazo de risueña calma,
Y al éter suba en férvidos cantares
El júbilo sin par de vuestra alma.
De vuestra faz el oprobioso sello
Con ósculos de amor borra serena
La LIBERTAD, que absorve mi albedrío.
¡Oh, si el acento mio,
De Africa y Asia en la distante arena,
Del Senegal y el Indo en las orillas,
Pudiera resonar...! ¡Aun hay esclavos!
Aun ultrajes sufriendo y cruda pena,
Trémulos de pavor besan la planta
De la diosa gentil de las Antillas.
Á tí vuelven de hinojos,
Apelando á tu honor y á tu conciencia,

Ilustre España, los hinchados ojos.
Tú, que enlazas la Cruz á tus blasones,
Y fecunda en magnánimas acciones
Arbolas el pendon de la clemencia;
La bárbara sentencia
Que los envuelve en hórrido quebranto,
¡Oh CATÓLICA Iberia! ¡Oh patria mia!
Revoca afable y pia,
Y del consuelo bríndales la copa,
Y acepta, arrebatada en gozo santo,
El parabien de América y de Europa.

¡Libertad! ¡Igualdad! Lozanas flores
Que en el almo pensil del Cristianismo
Á la anhelante humanidad ofrecen
Riquísimos olores..!
¿Será que siempre sórdido egoismo,
Vil ambicion y pérfida malicia
La arrastren, como el viento débil hoja,
De la ignominia al tenebroso abismo;
Ó que nunca palpitan nobles pechos,
Que la verdad amando y la justicia,
El usurpado, espléndido tesoro
Recobren de sus ínclitos derechos?
¿Oís? Eco sonoro
Que en sacro fuego el corazon inflama,
Y del bueno conforta la existencia,
De Sur á Norte sin cesar proclama:
«¡Virtud!» «¡Inteligencia!»

La Inteligencia y la Virtud escalen
La cumbre del poder; y augustas leyes,
De inmensos bienes manantial fecundo,
Al opulento y al mendigo igualen.
¡La Inteligencia y la Virtud! ¡Oh hermosa
Y suspirada union! Que el ancho mundo
Siglos y siglos imperar os vea;
Y apacible y dichosa
Una familia el universo sea!

1866

AL INSIGNE ARTISTA

D. CEFERINO GUERRA.

Si en los abriles de mi edad primera
Tributé ufano, al resonar tu acento,
Digna alabanza á tu creador talento
Y afecto noble á tu amistad sincera;

Marchita mi lozana primavera,
Tambien tu claro nombre doy al viento,
Y de orgullo suspiro y de contento
Al escucharte en mi natal ribera.

¡Oh triunfo! !Oh dicha! Dulces parabienes,
Insigne artista, y férvidos loores
En grata admiracion te rinde el alma:

Que de Iberia en honor cubre tus sienes,
De tu genio velado en los fulgores,
El laurel inmortal de Roscio y Talma.

MI HERMANA MICAELA,

en la muerte de su hija Mercedes,

FALLECIDA DE CORTA EDAD.

La mísera humanidad
Sin tregua sufre abatida,
Y en balde en loca ansiedad
Busca la felicidad
Por el valle de la vida.

Felicidad! Sombra errante,
Humo leve, sueño vano,
Flor peregrina y fragante,
Que vémos siempre delante
Y jamas en nuestra mano.

Felicidad! Astro hermoso
Que nunca alumbró la tierra,
Árbol que brota frondoso
En el almo Eden glorioso,
Que dicha inmortal encierra.

Tú, que ayer, lozana rosa
Entre pimpollos, vivias
Para gozar orgullosa,
Y halagada aparecias
Tierna madre y digna esposa;

Hoy, hermana, sin vigor,
Pálida, trémula, herida,
Cual la imágen del dolor,
Gimes, de afliccion transida,
Por la prenda de tu amor.

Esclava de angustia fiera,
Su cadáver acompañas;
Que en la eternidad te espera
Tu Mercedes hechicera,
Pedazos de tus entrañas.

Como azucena de un dia,
Sucumbe donosa y bella:
Su aliento aroma esparcia,
Lumbre á sus ojos pedia
Del candor la clara estrella.

Golpe atroz! Con lastimero
Semblante, infeliz hermana,
Con ¡ay! que espresa *¡yo muero!*
Tu pena anuncias tirana,
Que es mayor que el orbe entero.

Y cual paloma inocente
Que, espirar viendo en su nido
Cándido pichon naciente,
Busca en los otros doliente
El consuelo apetecido;

Así, las palmas alzando
Y suelto el blondo cabello,
Vas á tus hijos llamando,
Que te responden llorando
Y se abrazan á tu cuello.

De despecho entonces loca,
Lanzas profundo gemido
Que conmoviera á una roca,
Y al apagarse en tu boca
Pierdes la accion y el sentido.

¡Grande, inmenso es tu dolor
Que no alcanzo á describir!
¡Ay, padecer y morir
Ves al fruto de tu amor
Cuando empezaba á lucir!

Madre, á quien la parca impía
Nubla improviso la aurora
De su paz y su alegría,
La pena que te devora
¿Qué pena igualar podria?

¡Ah! Yo tambien, Micaela,
Te acompaño en tu tormento;
Y mi fraternal lamento
Á tus piés lúgubre vuela
En alas del sentimiento.

Vuelves al fin del desmayo,
Y gemir te oigo y llorar,
Y en voz cortada exclamar:
«¿Por qué de la muerte el rayo
No me ha de pulverizar?

Mercedes! Luz de mis ojos!
Tesoro de mi ilusion!
Héme regando de hinojos
Tus virginales despojos
Con sangre del corazon.

De tus mejillas la rosa
No borró la parca dura;
Que, al abrir tu sepultura,
Respetar quiso piadosa
Las galas de tu hermosura.

¡Oh Mercedes! ¡Oh dolor!
Por tu existencia daria
Mi existencia... ¡Aciago dia!
¡Corre, llanto abrasador!
¡Cual crece la angustia mia!

¿Donde alivio, donde calma
Lograr? Mi incesante lloro
Sirva á tu huesa de palma,
El fuego con que te adoro
De pira, de altar mi alma.»

Cesa, hermana, y no demente
Desgarres mas tu honda herida,
Y eleva oracion ferviente
Al que es de consuelo fuente
Y en el infortunio egida.

No indiscreta y despechada,
Rienda dando á tus pasiones,
Al cielo acuses airada;
Que, ángel nuevo, en sus mansiones
Esplende tu hija adorada.

Ella, pagando el forzoso
Feudo á la caduca tierra,
El yugo rompe ominoso
Del falso mundo insidioso,
Que solo engaños encierra.

Y en nube de ópalo y grana,
Vestida de lumbre pura,
Gentil asciende y ufana
Á la region soberana
De la paz y la ventura.

Allí con doble beldad
Gozo inefable respira;
Que abandona en tierna edad
Las sombras de la mentira
Por el sol de la verdad.

Allí, consonando al coro
De los sacros serafines,
Cántico entona sonoro
En fulgurantes jardines
Que ostentan pomas de oro.

Allí, ante el solio de fuego
Del que nos rige y auxilía,
Murmura sentido ruego
Por la salud y el sosiego
De su apenada familia.

Por tí intercede, por tí
Que en tu seno la tuviste,
Y aun la amas con frenesí...
¿Qué esperar pudiera aquí
Sino un desengaño triste?

¿Qué ofrece el mezquino suelo
Más que tedio, afliccion cruda?
Convertid, almas de hielo,
Vuestras miradas al cielo
Y execrad la impía duda!

La santa Fé, Micaela,
Manantial de la virtud,
Te fortalece y consuela:
El espíritu á Dios vuela,
Queda el polvo al ataud!

Ahoga, pues, la queja vana,
Y dí á tu prole querida:
«La dichosa es vuestra hermana,
Que triunfó en edad temprana
De los males de la vida.»

Á ESPAÑA,

CON MOTIVO

DE LA REVOLUCION DE SETIEMBRE.

(A D. Manuel Gutierrez Agüera y D. Joaquin Leonar.)

Desolada matrona,
En sangre tintas las dolientes palmas
Que al cielo eleva, en soledad suspira.
Roto á su lado mira
Su blason, entre el polvo su corona,
Y en lágrimas se anega de amargura.
Marchita su hermosura,
Y su vigor exhausto y su tesoro,
Trueca su manto en fúnebres crespones
Y hasta en báculo vil su cetro de oro.
Á sus plantas los bélicos leones,
Cuyas garras dos mundos abarcaron,
En letargo fatal contempla hundidos;

Y lúgubres gemidos
Trémula exhala en ansiedad creciente;
Y para colmo de su horrible pena,
Abruma su cerviz atroz cadena,
Y sello de opresion mancha su frente.

Védla humillada por sayones torvos
Que su penuria acrecen y tormento;
Védla ocultar sus males,
Reprimir su lamento!
Espectros y vámpiros infernales
Vagan en su redor... Patria aflijida!
Mi corazon, que férvido te adora,
Tus infortunios llora,
Y de cólera al par late violento.
¡Ah! Si mi inútil vida
Bastára á tu consuelo... Ya imagino
La queja lastimosa
Oir, que ataja el miedo en tu garganta,
Y nunca pronunciar tu lengua osa.
¿Cuando ¡aciago destino!
Romperé el férreo yugo
Que á indigna servidumbre me condena?
«Jamas! Sucumbe y pena;
Que un ignorante pueblo envilecido
Siempre besa los piés de su verdugo.»
Así clama en mi oido
Y de espanto me llena
Siniestra voz. El cielo

De implacables esbirros me abandona
Á la impudencia y al furor impío,
Que me ulcera y baldona
Abatiendo mi brio,
De mi ventura hollando la guirnalda;
Y en ominoso duelo
Y mortal postracion yace sumida
La que de orgullo y magestad ceñida,
De Otumba á Arauco y desde el Pó al Escalda,
De sus victorias dilataba el vuelo.

¡Oh ignominia! ¡Oh pesar! De Europa entera
Escucho la insolente carcajada,
Que mi ignorancia insulta y mi bandera.
Extinguirse parecen
De mi industria y comercio los raudales;
Los ecos enmudecen
De la prensa, abismada
De rigores injustos bajo el peso,
Y de mi ilustracion y mi progreso
Quiébranse las palancas colosales.
El árbol, seco ya, de mi opulencia
Talaron insaciables mandarines,
Que no acatan mas ley que sus antojos;
Y ahogar de su conciencia
Intentan los clamores
En el licor de lúbricos festines.
¿Á dó volver los ojos
En tan grande afliccion? ¿Quién la coyunda

Me arrancará, que ataron á mi cuello
En nombre ¡oh rabia! de Isabel segunda?
¡Ay de mí! Ni un destello
De esperanza... Prolijos
Mis afanes y crudos sinsabores
Crecen, y anhelo en vano
Favor y amparo de mis tristes hijos.
Unos en negro calabozo insano
Gimen, al deudo y la amistad ocultos;
Errantes otros en remota orilla,
Lavar no pueden, respirando saña,
Con sangre odiosa y vil tanta mancilla.
Y ¿por candente plomo atravesados
Cayeron... ¡Maldicion! ¡Insigne hazaña!
Aleves y menguados
Déspotas, de mi oprobio y mi rüina
Gérmen espantador, desenfrenados
Monstruos abominables, que, sedientos
De exterminio y matanza,
Consumáis vuestros bárbaros intentos;
Al rayo de la cólera divina
Fio mi salvacion y mi venganza.»

Así, de angustias devorantes presa,
La madre España en su interior murmura,
Sin vislumbrar reposo,
Ni término á su inmensa desventura.
Mas ¿quién, rasgando el viento
En el nítido carro de la Fama,

Vuela á su lado, alivia su amargura,
Y en su espíritu infunde heróico aliento?
Espléndida y hermosa,
De Pálas embrazando el fuerte escudo,
Frescos laureles á sus piés derrama
Omnipotente diosa,
Que enardecida exclama:
«Yo soy la LIBERTAD! Enjuga el llanto,
Alanza de tu pecho los temores;
Que aun hallarás celosos vengadores
De tu mengua y quebranto.
No más humillacion! Álzate y brilla,
De tus labios arroja la mordaza,
Empuña el noble acero de Padilla,
Y ese tropel de inicuos opresores,
Ese enjambre de tigres despedaza!
Basta de padecer! Al aire ondea
La augusta enseña mia!
Combate y vencerás! Á la pelea!
Suene al punto el clarin! Seré tu guia!
Radiante de heroismo,
Seguida lucharás de hueste brava,
Y el dragon de la horrenda tiranía
Hundirás destrozado en el abismo,
¡Ántes morir que respirar esclava!»

¡Momento celestial! Patria querida,
Como bomba que estalla fulminante,
Ó cual rebienta la preñada nube,

Tu letargo sacudes afrentoso,
Y animosa y pujante,
De voraz furia henchida,
Hondo pavor en tus verdugos pones
Y fatídico espanto.
Súbito con la voz de sus cañones
Tu intrépida MARINA les anuncia
Tu bélico ademan, tu anhelo santo,
Y orgullecida «¡LIBERTAD!» pronuncia;
Y Gádes la famosa
Responde «¡LIBERTAD!» alborozada,
Y entre vivas y férvidas canciones
Á TOPETE y á PRIM las puertas abre,
Rindiendo á su valor palma gloriosa:
Miéntras, de perlas y coral orlada,
Atónito levanta el Oceáno
La arrogante cabeza,
Y hasta las playas del confin indiano
Repite de ola en ola
De la escuadra española
El patrio amor y la ínclita proeza.

De Hércules la ciudad, que en fausto dia
De nuestros fueros promulgó el sagrado
Código, los tiránicos furores
Provoca la primera y desafia.
A pérfidos traidores
Amedrentando su entusiasta grito,
Del Lete zumba en la vecina arena,

Y «¡Libertad!» resuena
El opulento emporio jerezano,
Que audaz irgue la frente,
Y al hierro tiende la robusta mano.
Veloz la nueva suspirada cunde
Como en secas espigas llama ardiente;
Y «¡Libertad!» retumba en la ribera
Del Bétis, y con régio señorío
Parando su carrera,
Devuelve «¡Libertad!» el claro rio.
Ya Córdoba, ciñendo
De Gonzalo inmortal el yelmo duro,
Como invicta amazona,
«¡Libertad!» clama desde el alto muro
La ponderosa lanza requiriendo;
Y al par de la adorada
Libertad el pendon al viento agita
Sevilla excelsa, y «¡Libertad!» pregona,
Y de Fernando la triunfante espada,
Terror de los feroces mahometanos,
Blande en su diestra y grita:
«¡Execracion y muerte á los tiranos!»

¡Oh, como en llanto de placer deshecho,
En la vandalia tierra,
Enhiesto y victorioso el estandarte
De la anhelada Libertad admiro.
Númen de bendicion, al invocarte,
Las fibras de mi pecho

El entusiasmo inflama y estremece,
Y de gozo suspiro,
Y mi espíritu osado se engrandece.
Tu vivífico soplo, pöesía
Y júbilo esparciendo, impulsa y guia
Al humano linaje
Del saber por la senda y de la gloria;
Y la faz de los pueblos abrillanta
Tu benéfica lumbre,
Y los anales de la eterna historia.
Pura, sublime, santa,
Flor desprendida de la empírea cumbre,
Del increado SER centella viva,
Al pié naciste de la CRUZ. Tu cuna,
Rodando por la fúnebre montaña,
Bañóse en SANGRE DIVA,
Que fiera derramó en ciego delirio
Judá. ¿Quién, pues, estraña
Que tus más esforzados adalides
Por galardon alcancen en tus lides
La funesta corona del martirio!

Tú, empero, vigorosa
Y magnánima luchas. Do quier llevas
Calma y dicha. No importa que un instante
Vandálica opresion tu cerviz doble,
Si obtienes sin cesar victorias nuevas
Y nuevos timbres. Arrebata acaso
El aquilon impío

Hojas y ramas al añoso roble;
Mas con lozano brio
Torna á brotarlas y á las nubes toca.
Tambien lanza al ocaso
Y de su trono espléndido derroca
El genio odioso de la noche oscura
Al monarca del dia;
Mas pronto en el regazo de natura
Animacion vertiendo y alegría,
Por la anchurosa esfera,
Con rica pompa y magestad radiante,
Magnífico y triunfante,
Emprende ufano su inmortal carrera.

Libertad sacrosanta,
Al orbe imperarás! La ilustre Iberia,
Bañada en tu almo aliento
Y protegida por tu brazo fuerte,
Del cieno del oprobio se levanta,
Y á ti encomienda su futura suerte.
Mas ¿qué rumor los ecos voladores
En la region vacía
Difunden? ¡Oh villanos!
¿Atacar á la libre Andalucía?
¿Del *saqueo* entregarla á los horrores?
Déspotas inhumanos,
Escándalo del mundo,
Venid, corred, luchad... El polvo inmundo,
Del bronce asolador al trueno ronco,

Morderéis, sucumbiendo al patriotismo
Y esfuerzo de invencibles campeones,
Que romperán en vuestro helado tronco
El cetro del infame despotismo.

Venid, corred, luchad... ¿Como, al hirviente.
Devastador torrente,
Que atruena con bramidos monte y valle
Abriéndose ancha calle,
Ó al pujante y sañudo
Torbellino que zumba,
Y árboles troncha, alcázares derrumba
Sembrando terror mudo,
Lograréis enfrenar? De ira rugiendo,
En vano concitáis á numerosa
Falange belicosa
Botin, honores, grados prometiendo.
Mas ¡qué miro! De luna amarillenta
Al tibio resplandor acampa lenta
En los tendidos llanos
Que Córdoba domina, á quien acorre,
Al frente de indomables veteranos,
El períncito DUQUE DE LA TORRE.
Y hermanos contra hermanos,
Y aun padres contra hijos... ¡Criminoso
Ardor! ¡Bárbaro intento!
Y ¿la nativa tierra
Mezclada á rios vuestra noble sangre
Empapará entre víctimas sin cuento?

Nunca! En dulces abrazos
Truéquese el fiero encono;
Que, en grata paz ó en espantosa guerra,
Siempre la LIBERTAD hará pedazos
De Isabel de Borbon diadema y trono.

¡Inútil lucha! ¡Estéril sacrificio
Que hasta al más duro corazon perverso
Diera angustioso horror! El justo fallo
Que con tremenda voz fulmina España
No basta á revocar el universo.
Mas ¡ay! ¡descarga horrenda!
Y de la LIBERTAD cien adalides
Moribundos... ¡Oh duelo!
¡Miserables! ¡Oh rabia! Aunque os defienda
Terrífico Satan envuelto en ira,
Caeréis bajo la planta de los Cides,
Que brindan LIBERTAD al patrio suelo.
¡Atras, servil canalla!
¡Asesinos, atras! «*¡Perezcan!*» grita,
Suelta al corcel la brida, espada en mano,
Intrépido SERRANO;
Y el cañon nubes de letal metralla
Incesante vomita
Estragos en los viles difundiendo.
Redóblase el estruendo,
Crece el furor, do quier la sangre humea,
Hasta que al fin los liberales bravos
Arrollan á los pérfidos esclavos

Que en tropel vergonzoso van huyendo.
¡Oh gloria! ¡Oh LIBERTAD! ¡Oh patria mia!
Tuyo es el triunfo en tan atroz pelea,
Y tumba de la infanda tiranía
El PUENTE memorable de ALCOLEA.

Regocíjate, pues, y eleva altares
Á la sagrada LIBERTAD, que alegre,
En el recinto de la egrégia Mantua
Y en las fértiles playas de Barcino
Y del Turia al Nervion, del Tajo al Segre,
Entre vítores, salvas y cantares,
Ostenta vencedora
Tu hermoso lauro y su blason divino.
¿Do fué la asoladora
Turba de monstruos fieros,
Que apurando el placer en copa de oro,
Odiosos grillos á tus piés ceñian,
Y en impudente coro
Tus riquezas sorbian?
Espantados büitres carniceros
Que del águila temen los furores,
Asilo buscan en extraña arena:
En tanto que serena
La LIBERTAD en deslumbrante arreo,
Al partir Isabel, vuela á la cumbre
Del alto Pirineo,
Que envuelve en mar de lumbre,
Y de júbilo henchida y arrogancia,

Dice á la culta Francia:
«Acógela en tu seno, y sus dolores
Calma, que surcos en su rostro imprimen:
Grandes sus culpas, grandes sus errores;
Mas fué la *ingratitud* su mayor crímen.
Niña tierna, tras lucha encarnizada,
La encumbré al solio, la inundé en ventura;
Y reina idolatrada,
Me abismó despiadada
De baldon y quebranto en sima oscura.
¡Digno premio! ¡Insensata! En balde ahora
Favor y auxilio implora!
Ante el orbe asombrado, su áureo trono
Gozosa vuelco, y trizas su esplendente
Corona y trizas hago su esperanza.
Si su vida perdono,
Y el insulto mi labio no consiente,
Suya es la mengua, noble mi venganza.»

Adios, madre infeliz, y en tu despecho
No á la patria de Bravo y de Lanuza,
Que esclavizaste, acuses: llora y gime,
Miéntras el pueblo hispano,
En ledas, inefables espansiones,
Se aclama soberano.
Victorioso, magnánimo, sublime,
Borra con su clamor tiranas leyes,
Saludable leccion dando á los reyes
Y sin segundo ejemplo á las naciones.

Sus hidalgas acciones
Aplaude el universo. Si á la diosa
Ensalza y reverencia
De la preciada LIBERTAD augusta,
Abomina y combate á la insidiosa
Hidra crüel de la fatal *licencia.*
Coloso armipotente,
El férreo yugo al sacudir valiente,
Revuélvese y espáciase y vocea;
Y su opresion y afrenta recordando,
Irrítase y bravea
Y corre y desbarata,
LIBERTAD y heroismo rebosando,
Cuanto invade y ataja su camino;
Mas no roba ni mata;
Que nunca fué ladron, nunca asesino.
Tal, hirviendo y bramando proceloso,
Azota y despedaza el Oceáno
El esquife orgulloso
Que resistir sus iras osó en vano;
Mas no asalta y destroza
La que divisa allá torre altanera,
Ni aun la cercana choza
Que guarece al pastor en su ribera.

Ese es tu pueblo, Iberia enaltecida!
Tu pueblo, que reprime sus enojos,
Que el órden ama y el talento honora,
En flores convirtiendo tus abrojos.

Frondosa palma erguida,
La LIBERTAD, que excelsa resplandece,
Frutos sin fin de ilustracion te ofrece.
Del trabajo y la industria productora
Te encamina al sendero,
De la virtud y el bien ínclita hermana,
Y fecundo venero
De abundancia te brinda y de riqueza.
Y hollando su grandeza,
Ingrata á sus inmensos beneficios,
¿Intentarás mañana
Que de escudo te sirva á torpes vicios,
A crímenes que manchen tu alta gloria?
Invocando su nombre,
¿Olvidarás la célica doctrina,
Paz y dicha del hombre,
Tantos siglos grabada en tu memoria?
Y ¿entre escándalos feos
Alzarás en inmundas bacanales
Á la *impiedad* trofeos,
Vomitando blasfemias infernales?
¡Horror! ¡Nunca! ¡Imposible!
¡Oh CATÓLICA España!
Del MÁRTIR enclavado en Palestina
Siempre tu diestra elevará triunfante
El lábaro, que al mundo en fulgor baña;
Siempre, como volcan inextinguible,
En tu pecho arderá la FÉ DIVINA!
La FÉ, la FÉ DIVINA á quien gigante

Valor debiste, esfuerzo sobre humano
Para abatir la redoblada furia
De las temidas huestes agarenas,
Y tremolar el pabellon cristiano
De la grandiosa Alhambra en las almenas!
La Fé, la Fé divina, en cuyas alas,
Siguiendo al hijo insigne de Liguria,
La Cruz plantaste invicta y redentora
En ignoto hemisferio,
Del ocaso á la aurora
Los lindes ensanchando de tu imperio!
La Fé, la Fé divina, que en Lepanto
Y Orán... Patria querida,
La Libertad sin Fé... ¡Vana quimera!
¡Avilantez! ¡Discordia! ¡Vandalismo!
La Libertad sin Fé... ¡Duelo y espanto!
Como el sol en la esfera,
Nace la Libertad y reverbera
En el seno feliz del Cristianismo.

¡Religion! ¡Libertad! Consorcio augusto
Que aterra y hunde á la anarquía impura,
Que nunca romperá tirano adusto,
Que siempre engendrará calma y ventura.
Vuestra magia y dulzura
Prestad, arpas del cielo,
Á mi lira, á mi voz... Mas ¿quién las gradas
Subirá del vacío
Solio? Responde, oh patria! La que ostenta

Cultura y esplendor y poderío,
Union americana, ¿es el modelo
Que ávida estudias y copiar ansías?
Ántes las nieblas frias
De la ignorancia ahuyenta,
Y hábitos desarraiga y tradiciones.
Intrigas, conmociones
Evitarás, y luchas incesantes,
Si rey eliges de tu nombre digno.
Mas no tornes á vástago extrangero
Los ojos anhelantes;
Que en Villalar triunfó Cárlos primero.
Benigna madre que en amor se inflama,
«*¡Perdon y olvido!*» jubilosa clama;
Y de mar á mar suene
Y desde Norte á Sur: «*¡Perdon y olvido!*»
No haya más que un partido:
Un partido que colme tu esperanza,
Que la mision esclarecida llene,
Sincero, honrado, firme, laborioso,
De asegurar tu plácido reposo,
De acrecer tu naciente bienandanza;
Y absorto el mundo vea
La España en ti de Flandes y Pavía,
Y en tu estandarte lea:
«¡Religion, Libertad y Monarquía!» (5).
¡Petróleo, Combustion y Sacristía!

1868

Este versificador es tonto.

NUEVE MESES DESPUES.

Herido en mi amor propio y despechado
(Por causas que espresar no necesito)
De la *Revolucion* acogí el grito,
Y su triunfo canté regocijado.

Mas, viendo lo que pasa y ha pasado,
Confieso sin ambages mi delito;
Pues ya de *Libertad* estoy ahito,
Y de sufrir y enmudecer cansado.

¡Oh, cuantos desafueros! ¡Cuantos males!
¡Cuanto audaz ambicioso! ¡Cuanto ateo!
¡Cuantos pillos, y todos... *liberales!*

Mas yo, que en paz vivir solo deseo
Y á caza nunca fuí de credenciales,
Mi gloria cifro en que me llamen NEO.

A

María Santísima de Regla,

EN EL ANIVERSARIO

DE LA REVOLUCION DE SETIEMBRE.

Torna los divos ojos, oh MARÍA,
Á la nacion magnánima y valiente,
Que, arbolando la CRUZ, ciñó á su frente
Palmas de Otumba y lauros de Pavía.

Muévante su infortunio y agonía
Y los horrores que sin fin presiente,
Y trueca de sus lágrimas la fuente
En raudales de calma y de alegría.

Haz que al punto se encumbre al trono ibero
Quien, de virtud sublime ejemplos dando,
Rasgos muestre de clara inteligencia!

Quien impávido y fuerte y justiciero
De la *impiedad* acalle el grito infando,
Y abata al monstruo vil de la *licencia!*

MI ÚLTIMO CANTO.

A D. Manuel Colom.

No esperes fragante aroma
De flor que deshoja el viento,
Ni de cárabo sombrío
Dulce trino lisonjero.
No fresca rosa gallarda
Busques en árido yermo,
Ni en ábrego proceloso
Blando murmurio halagüeño.
No pidas á opaca estrella
El rico esplendor de Febo,
Ni á raudal imperceptible
Las olas del Ponto inmenso.

No á mí, entonacion robusta,
Sonoros cánticos bellos;
No á mí, sublimes arranques,
Vívidos lampos del genio.

Pobre linfa en tardo giro
Rinde al mar el arroyuelo,
Y yo á tu amistad sincera
Humildes y rudos ecos.

Aun no he cumplido ocho lustros,
Y ya la lira desdeño
Que vibrando acompañaba
Mis placeres y mis duelos.

Cien veces pulsé sus cuerdas
Con fogoso, audaz aliento
En las márgenes del Bétis
Y en las playas del Lucero.

Sanlúcar...! patria querida,
La de los frondosos huertos,
La de los gayos vergeles,
La de los limpios veneros,

La que encierra en su recinto
Néctar que vence al Falerno,
Y entre flores el alcázar
Del grande Guzman el Bueno!

Sanlúcar...! ciudad hermosa,
De la primavera asiento,
Concha en que durmió Ciprina
Al nacer sabroso sueño,

Morada de serafines,
De las ilusiones templo,
Eden de amor y ventura
Que deja atras al deseo!

Sanlúcar...! Yo te idolatro
Como á su madre hijo tierno,
Perla del undoso Atlante,
Diosa del vandalio suelo!

Yo te idolatro, y conmigo
Espirará tu recuerdo,
Si admites el homenage
De mi cariño y respeto.

Tú mi primer canto oiste,
Nuncio de risas y juegos,
Y hoy, de desengaños fruto,
Escucharás el postrero.

Acéptalo, caro amigo,
Cual muestra de noble aprecio,
Como de lánguido cisne
Solemne y último acento.

No más trovas ni cantares;
Que, gastado mi cerebro,
Falta á mis labios el brio
Y á mi corazon el fuego.

De mi juventud el astro
Declina en rápido vuelo,
Y odiosas canas empiezan
Á matizar mi cabello.

Cada hora que resbala,
Cada minuto que cuento,
Arranca mas de una hoja
Al árbol de mis ensueños.

¡Cuanto vigor he perdido
En pocos años! El estro
Huyó de la mente mia,
Como la paz de mi pecho.

Y aunque imagino cobrarlo
Cuando la gloria contemplo
Del lírico de Venuso,
Del épico de Sorrento,

Mi ilusion se desvanece
Si al arpa la mano tiendo,
Y frívolas son mis ansias
Y estériles mis esfuerzos.

Harto canté en otros dias,
Que en la eternidad se hundieron,
Las concepciones del alma
Y del alma los afectos.

Mas débil mi voz ahora,
Y de inspiracion ageno,
Solo suspirar me es dado
Y condenarme al silencio.

Así no extrañes, amigo,
Que, en vez de armónicos versos,
Tétrico y mudo te ofrezca
Puro y cordial sentimiento.

Recíbelo; y ya que adunas
La erudicion al ingenio,
Y la cítara hechicera
Hurtas al dulce Anacréon,

Pondera alegre y ufano
De amor el grato embeleso,
Y redimirás tu nombre
De injurioso olvido eterno:

Miéntras ignorado el mio,
En la corriente del tiempo
Se perderá, cual la huella
Del relámpago en el cielo.

NOTAS.

(1) *La eminente actriz, con quien me unieron lazos de verdadera amistad, nació en Granada.*

(2) *Esta composicion, que, como la mayor parte de las que contiene este libro, vé ahora la luz pública, fué escrita para un album que cierto amigo mio imaginó dedicar á la Emperatriz de los franceses, cuyo pensamiento no llegó á realizarse por causas que aun no han llegado á mi noticia.*

(3) *Este virtuoso sacerdote, con quien contraje íntima amistad desde los albores de mi juventud, y cuyo buen gusto literario he procurado imitar, es sin duda uno de nuestros primeros poetas contemporáneos. Sus producciones pueden considerarse como otras tantas joyas del Parnaso español. Algunas de ellas se publicarán traducidas á la lengua de Göethe y Schiller por D. Juan Fanstenrath, literato y poeta distinquido de Colonia, en una coleccion de lujo que saldrá á fines de Mayo ó principios de Junio próximo. El Sr. Zapata ha merecido siempre grandes elogios de la prensa de todos matices y plácemes entusiastas de las personas competentes é ilustradas. No puedo resistir á la tentacion*

de trasladar á este sitio su escelente Soneto «A DIOS» *y algunos trozos de su magnífica Oda* «AL TIEMPO.»

A DIOS.

—

SONETO.

No hay más que Tú: la tierra, el firmamento,
El sol, que en anchos mares reverbera,
Son, como el hombre y la creacion entera,
Ráfagas fugitivas de tu aliento.
De la nada se alzaron á tu acento
Mil mundos, publicando en su carrera,
Que otros mil y otros mil formar pudiera
Una palabra tuya, un pensamiento.
Dó quier contemplo tu insondable ciencia,
Velada en magestad y en amor puro,
Dando esperanzas al mortal proscrito;
Y me pasma, que abrace tu existencia
Lo que fué, lo presente, lo futuro,
Y aún mas allá... lo eterno, lo infinito.

AL TIEMPO.

—

ODA.

. . . .
. . . .

¿Dónde está de Salén el templo santo,

De la hermosa Sión muros y almenas,
De Corinto y de Nínive el encanto,
Y las plazas y pórticos de Atenas?
¿Dó Ménfis la liviana? ¿Dó Palmira,
Babel con sus dominios altanera,
Sodoma, objeto de celeste ira,
Reina del Asia, Troya la esplendente,
Tébas la ilustre, Esparta la guerrera,
Y en la falda del Líbano eminente
Sidón al par que la ostentosa Tiro?
¿Dó Cartago y Sagunto? ¿Dó Numancia,
Del romano terror, de España gloria,
Por su valor y bélica constancia,
Que con ígneo buril selló la historia?
¿Y á dónde aquí brilló... ¡Ay! ¿Dó se alzaba,
Del Padre Bétis en la sacra orilla,
Itálica la bella, que entre flores
Sus cunas de oro y de marfil mostraba,
De este suelo envidiada maravilla,
Vírgen henchida de placer y amores?
Yo las busco anhelante, y no descubre
Mi vista lacrimosa
De su antiguo esplendor débil centella,
Y sí entre el polvo que sus restos cubre,
Entre abrojos y yerba ponzoñosa,
Grabada ¡oh tiempo! tu espantable huella.

. . . .

. . . .

Suspende ¡oh tiempo! tu veloz carrera,

Y al contemplar tu reino de despojos,
Por dó hiciste corriera
En copiosos torrentes nuestro llanto,
Apaga para siempre tus enojos,
Movido á compasion, lleno de espanto.
Nazca todo en tus brazos,
Sin que á la destruccion camine luego.
¡Cede una vez á mi ferviente ruego,
Antes que rompas los endebles lazos
De mi cansada vida,
Cual frágil nave por hirvientes ondas,
Ó por el huracan débil arbusto,
Por tu mano de hierro combatida!
Y sigues, y te agitas furibundo,
Precipitando el pavoroso dia,
En que, rotos sus ejes, caiga el mundo
Del hóndo cáos en la tiniebla umbría...
¡Desolacion universal! Entónces,
Entre horrendos y lúgubres gemidos,
Arrollarás en tu potente vuelo
Los astros en pavesas convertidos,
En deleznable polvo el bajo suelo,
En lava ardiente los extensos mares,
Cual término fatal de tus victorias;
Qué allí súbito acaban los azares
Y los estragos de tu recio encono,
Dó en inmensa region y firme asiento
Alzó la grave eternidad su trono.

(4) *Alusion á las ruinas del castillo del Espíritu Santo, situado en una pequeña al-*

tura sobre la misma barra del Guadalquivir. Este castillo fué ocupado en 1812 *por las tropas inglesas, nuestras aliadas, quienes, al dejarlo, colocaron cuatro hornillos de pólvora en sus ángulos y lo volaron, haciendo este servicio á nuestra nacion.*

(5) *Yo, que nunca he sido hombre político, creí que la revolucion de Setiembre habia de traer inmensas ventajas al pais, y poseido de esta idea, y, á mayor abundamiento, instado por mis amigos D. Manuel Gutierrez Agüera y D. Joaquin Leonar, escribí este* CANTO *dirigiéndoles la carta siguiente:*

Mis queridos amigos:

He complacido á VV. hasta donde han alcanzado mis débiles fuerzas, no sin consignar, aunque someramente, mis principios y convicciones. Alistados VV. bajo la enseña de la democracia en el ardor de la juventud, madre de los rasgos generosos y de los heróicos sacrificios, no será extraña la divergencia en algun punto. Acaso esté yo equivocado; mas nunca se imagine que me muestro tibio, ni ménos contrario, á la aparicion y desarrollo de la LIBERTAD bien entendida. Unicamente los insensatos ó los malvados pueden ser sus enemigos. La LIBERTAD, guiada por la antorcha de la razon y

de la justicia, ha sido, es y será siempre un manantial inagotable de ilustracion, de riqueza, de engrandecimiento y bienestar para los pueblos. Por eso celebro su triunfo con todo el fuego de mi fantasía, con todo el entusiasmo de mi corazon, con toda la vehemencia y el amor de mi alma.

Mucho me holgara de que este CANTO, hijo á la vez del noble deseo de VV. y de mi pobre inspiracion, brillase como rica perla en la corona de la poesía contemporánea, y fuese de lo mas hermoso y sublime que se haya escrito en el idioma de Cervantes. Por desgracia es humilde y de ningun mérito, sin que me sea lícito invocar como disculpa el poco espacio en que lo he hecho. Quédame, sin embargo, la inmensa satisfaccion de que, si no le está reservada una página gloriosa en el libro de la inmortalidad, servirá siempre para dar un público y solemne testimonio de mis vivas simpatías por la verdadera LIBERTAD, y principalmente del cordial afecto que á VV. consagra

EL AUTOR.

Sanlúcar, 26 de Octubre de 1868.

ÍNDICE.

